



Cuvina

literatura ~ arte

1
Enero-Febrero de 1996

*mínima
antología del cuento
corto*

- Paula Santiago, Relicarios
- Líneas y sombras en el ojo avizor de Félix Vallotton
- La ciudad de los niños perdidos
- La sabiduría de los placeres idos

\$15.00



Color Digital

TECNOLOGÍA Y EXPERIENCIA

NUEVAS INSTALACIONES

SERVICIOS PROFESIONALES DE PREPrensa DIGITAL

JUSTO SIERRA 2387 PB., ESQ. LUIS PÉREZ VERDÍA
COL. LADRÓN DE GUEVARA, GUADALAJARA 44680, JAL.

TEL. (31630 0271 FAX (31630 0289



PROMUEVA SUS PRODUCTOS Y SERVICIOS

publiper

tiene espacio para Usted

cuquina
literatura ~ arte

Revista
Universidad de Guadalajara

**DESCUBRA LOS BENEFICIOS DE
CONTRIBUIR EN LA DIFUSIÓN DE LA
CULTURA Y LA CIENCIA**

publiper

Av. Enrique Díaz de León 514-2
Tel. 827-21-05

Revista Universidad de Guadalajara

Buscamos suscriptores

70

años de la
Revista
Universidad de
Guadalajara

N\$15.00 ejemplar
6 números al año
N\$ 90.00 en el país
\$ 20.00 U.S. dlls.

publiper

Vallarta 1668 Tel. 825 48 68 Fax 826 77 23 o en
TonoContinuo, Av. Enrique Díaz de León 514-2.
Tel. 827-21-05

Colección
La Bahel

2

El espacio académico
en la ZMG

La construcción
de la democracia
en México

Luvina

literatura ~ arte

1
Enero-Febrero de 1996

EN TALLER

Paula Santiago. Relicarios

Baudelio Lara

6

MÍNIMA ANTOLOGÍA

DEL CUENTO CORTO

9-43

SALTATEXTO

44

EREBUS

49

ENTRECEJOS

Artes plásticas

Líneas y sombras en el ojo avizor de
Félix Vallotton

Francisco Arvizu Hugues

54

Cine

La ciudad de los niños perdidos

Arnulfo Eduardo Velasco

55

Libros

La sabiduría de los placeres idos

Cecilia Jaime Guillén

57

El imaginario novelado de

Homero Aridjis

Carmen V. Vidaurre Arenas

58

PRÉCIS

60



Universidad de Guadalajara: Rector general, Víctor Manuel González Romero; Secretario general, José Trinidad Padilla López; Vicerrector ejecutivo, Misael Gradilla Dami; Coordinador general académico, Salvador Acosta Romero; Coordinador general administrativo, José Ramón Aldaña González; Coordinador general de extensión, Roberto Castelán-Rueda.

Luvina: Coordinador editorial, Francisco Arvizu Hugues; Consejo editorial: Raúl Aceves, Arturo Azuela, Martha Cerda, Jorge Orendáin, Víctor Manuel Pazarín, Arnulfo Eduardo Velasco, Gloria Velázquez; En Taller, Baudelio Lara; Saltatexto, Gilberto Domínguez; Erebus, Blanca Brambila.

Publicaciones periódicas universitarias (publiper): Coordinador general, Armando Zacarías Castillo; Editor, Francisco Castellón Amaya; Asistente de edición, Marisa Martínez Moscoso; Cuidada de la edición, Brígida Botello Aceves; Comercialización, Juan Manuel Anaya Z. Oficinas: Enrique Díaz de León sur 514-2. Tel./fax 827 21 05.

Preprensa, Color Digital, Justo Sierra 2387; Impresión, Doble Luna editores e impresores, S. A., Ing. Hugo Vázquez Reyes núm. 24, Los Belenes, Zapopan, Jal., Tels. 656 62 68 y 656 62 18.

Portada: *El vidrio roto*, 1994, de Jacobo Borges

Publicación
apoyada por



FOMES - U de G

publiper

publicaciones periódicas universitarias

Servicios Impresos

**Papelería comercial e industrial
y participaciones sociales**

- Diseño gráfico
- Autorizados por la S.H.C.P.



**Andrés Terán 966, S.H. Guadalajara, Jal.
Telfax 825 95 10**

BARSAM

Arte • Marcos • Molduras



Marcos rústicos, tablón, apollillados
o en cualquier presentación

Venta de litografías, óleos,
grabados y posters

**En la mención de este anuncio
obtenga 15% de descuento**

Atención de lunes a domingo

Andrés Terán 244
Pedro Buzeta 519-A



RADIO UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Información, cultura, música...

PARA OIDOS ATENTOS

104.3 FM

Nadir

PRODUCCIONES

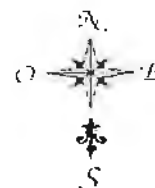
**Video • Diseño gráfico
Fotografía • Impresos**

Pedro Moreno 1186-4

Sector Juárez

Tel. (3) 826-40-19

CP 44160





co desde hace algunos
ayeres próximos, hoy.
Luvina inicia una vida por
los ojos lectores de aquellos
que entienden la creación
literaria como una necesi-
dad imperiosa en estos
tiempos de incertidumbre y
avidez por la difusión cultu-
ral. Igualmente, otras coin-
cidencias.

Son diez años ya de la desa-
parición física de Juan
Rulfo, situación no dejada
de lado, pues, obvio es
decirlo, de algún modo u
otro es nuestro ángel tute-
lar para estos menesteres de
la letra literaria en publica-
ción periódica, surgida hace
algunos años dentro de las
páginas de la *Revista*
Universidad de
Guadalajara, sección que
vino a aglutinar, por varias
ediciones, nombres y pro-
ductos de la creatividad
literaria en sus diversos ros-
tros y vestiduras.

Hoy tenemos la encomien-
da de continuarla, pero con
su vida propia y un objetivo
fijo: ser vía de la expresión
literaria. Finalidad que no
pudiera ser tal sin el apoyo
irrestringido de la Universidad
de Guadalajara, por medio
de su Coordinación General
de Extensión.

En este número de comien-
zo la meta no se ha perdi-
do; máxime cuando no nos
imponemos como barreras
los falaces límites entre
patria chica y cosmopolitis-
mo, la provincia y la
nación. La literatura es
todo un vasto mundo de
hallazgos y desencuentros.
marcados por la mente
abierta ante la novedad y el
no temor a equivocarnos.

Iniciamos con lo visual
devenido en verbo escrito:
"En taller", sección breve a
cargo de
Baudelio
Lara, con

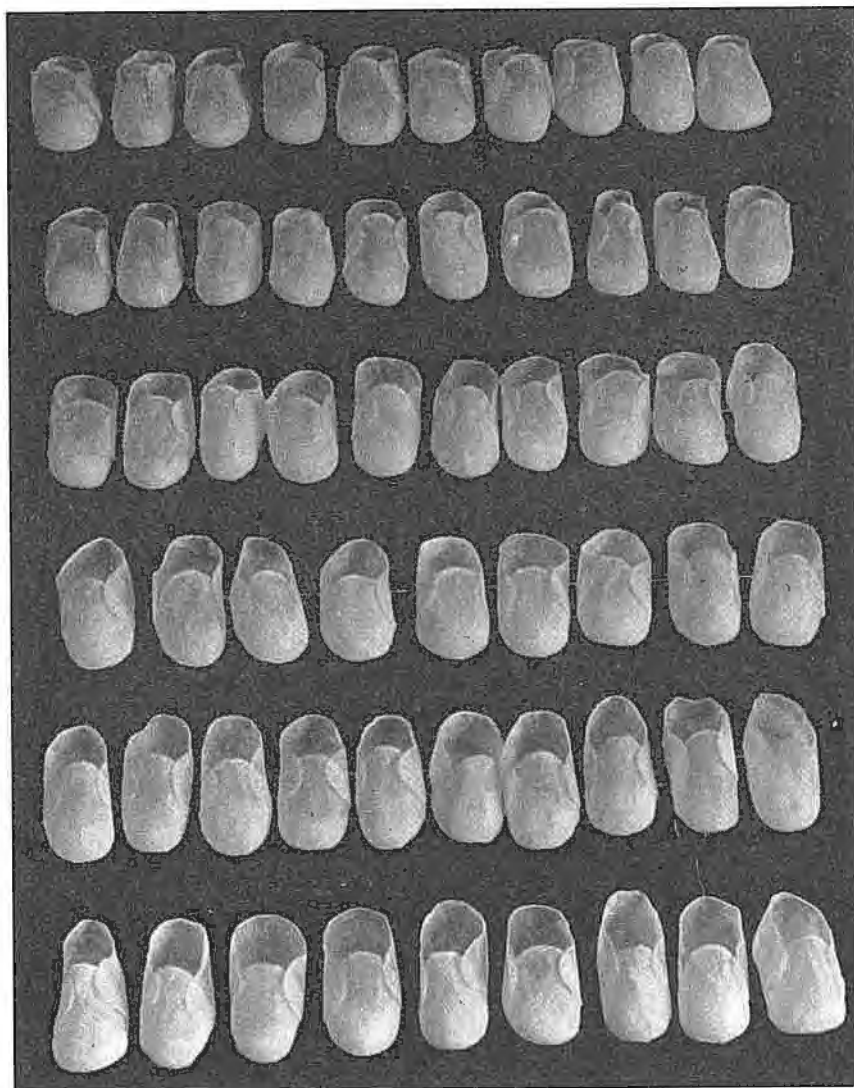
existencia desde la etapa
anterior de la revista; segui-
mos con el grueso de la
publicación, que aglutina,
en forma monográfica, cada
uno de los géneros de la
escritura, en este número
está dedicado al cuento
corto; proseguimos con
"Saltatexto", espacio para
los niños y sus particulares
visiones, tanto en materia-
les escritos como visuales;
"Erebus" contendrá textos,
productos plásticos de un
particular proyecto denomina-
do Tierra Media, y termina-
mos con "Entrecejos", sitio
destinado a la reseña cultu-
ral. La plástica también
tiene su lugar, preponderan-
temente el grabado y la
fotografía.



Paula Santiago Relicarios

De alguna forma empecé un poco buscando el camino adecuado; es decir, mi propio camino, a través de los medios tradicionales, como el lienzo y el papel. Por otra parte, desde hacía mucho tiempo que confeccionaba objetos para mi uso personal: vestidos, bordados, tejidos, pequeños objetos inclasificables. Estas actividades ocupaban un espacio mío íntimo y los objetos eran, de algún modo, relicarios.

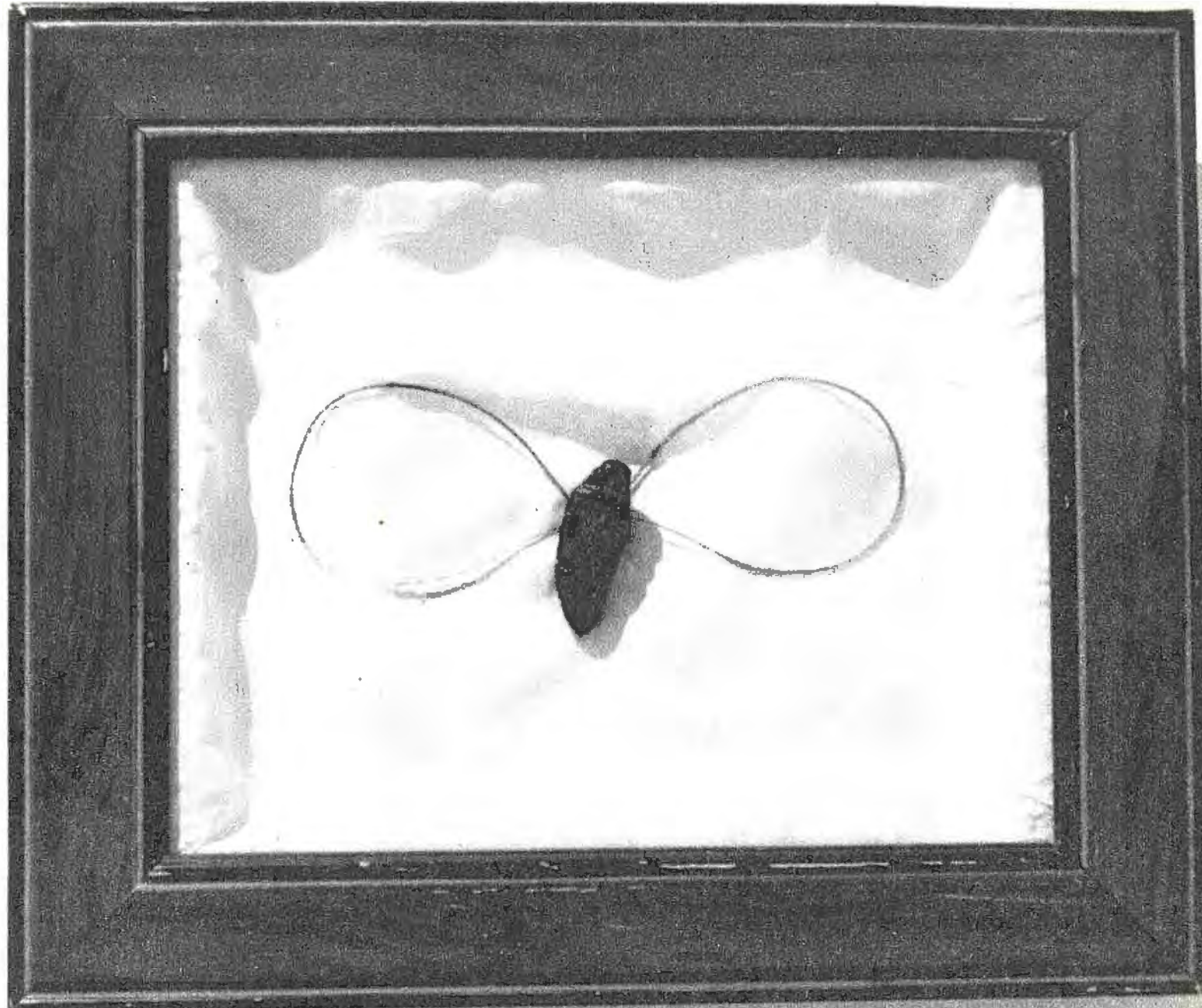
Durante mi formación pasé por un proceso ortodoxo. Estuve en Artes Plásticas por más de un año, tomando clases de pintura, dibujo anatómico, perspectiva, cosas así. Hacía trabajos académicos, pero llegó un momento en que me empecé a angustiar ante la sola presencia del cuadro. Me molestaba, ya no encontraba satisfacción al hacerlos, me irritaba estar bordando sobre imágenes en cierto modo recreadas, retomadas buena o malamente de modelos archiconocidos. En fin, ahora lo veo como parte de un proceso. Por ello, abandoné la tela pero no dejé el dibujo (de esa época guardo todavía veinte bastidores que mandé hacer pero no pude darles uso, objetos vacíos que conservo simplemente por eso, por su calidad de objetos). Me dediqué a dibujar, a bosquejar



registros de los días en pequeñas libretas que todavía conservo. De ese material surgió mi primera exposición, con trabajos sobre papel en los que utilicé por primera vez cabellos y ceras, elementos que siempre me han dicho mucho, me conectan conmigo misma.

Trabajar con cabellos ha sido —desde siempre— una costumbre loca o muy personal, en todo caso, una coincidencia extraña. En mi casa, de pequeña, era a la única que le guardaban el cabello cada vez que se lo cortaban. Quizás esta “distinción familiar” me hizo advertir en él características que de otra manera no hubiera descubierto. Al estar trabajando exclusivamente con objetos, los cabellos me permitieron salir de esa clase de espacios conflictivos en que se habían convertido para mí los cuadros y las imágenes planas.

Los zapatitos
Cera, papel arroz, cristal. 40 x 35 x 40 cm 1994



Sin embargo, hasta ese momento no me había atrevido a “elevar” mis objetos a la calidad de formas artísticas. Sucedió que tenía que hacer una exposición en una fiesta y tenía varios cuadros, pero no me satisfacían del todo. Dos días antes, cuando no encontraba ya una salida, una persona que quiero mucho me convenció que expusiera lo que había estado trabajando desde pequeña. Tenía un vestido confeccionado en papel arroz y un cabello que vivía conmigo desde hacía tiempo, suspendido distraídamente del techo. Me fascinó (y al mismo tiempo, por qué no

decirlo, me atemorizó) la idea de mostrar algo mío, algo íntimo, oculto, inadvertido, algo que raramente se muestra e, incluso, siendo tan simple y obvio puede tener una carga emocional contenida muy fuerte. Eso fue lo primero que mostré: un vestidito de papel suspendido y encerrado en una frágil y delicada caja de cristal.

Trabajar con cabello es a la vez muy elemental y complejo, por todas las connotaciones que un objeto común y propio puede des-pertarnos. Puede ser muy voluptuoso, muy sensual y, al mismo tiempo, un objeto asexual, neutro, no referido al hombre o la mujer. La cera tiene otros signifi-

cados: puede remitirte a la muerte, a un hilo de vida brillante que poco a poco se te va de las manos.

Mis materiales evocan al mismo tiempo la fragilidad y la fuerza. El papel arroz es tan puro que temes tocarlo. Cuando vences la tentación, te das cuenta que tiene cierta consistencia propia, se resiste al tacto.

Me gusta lo que de trabajo manual y artesanal tienen mis objetos y, al mismo tiempo, que este proceso tiene que ver con ciertas estructuras culturales, ciertas formas de ver y sentir las cosas. Trabajar con los zapatitos implica el gozo de cortar todo con un mismo patrón pero individualmen-

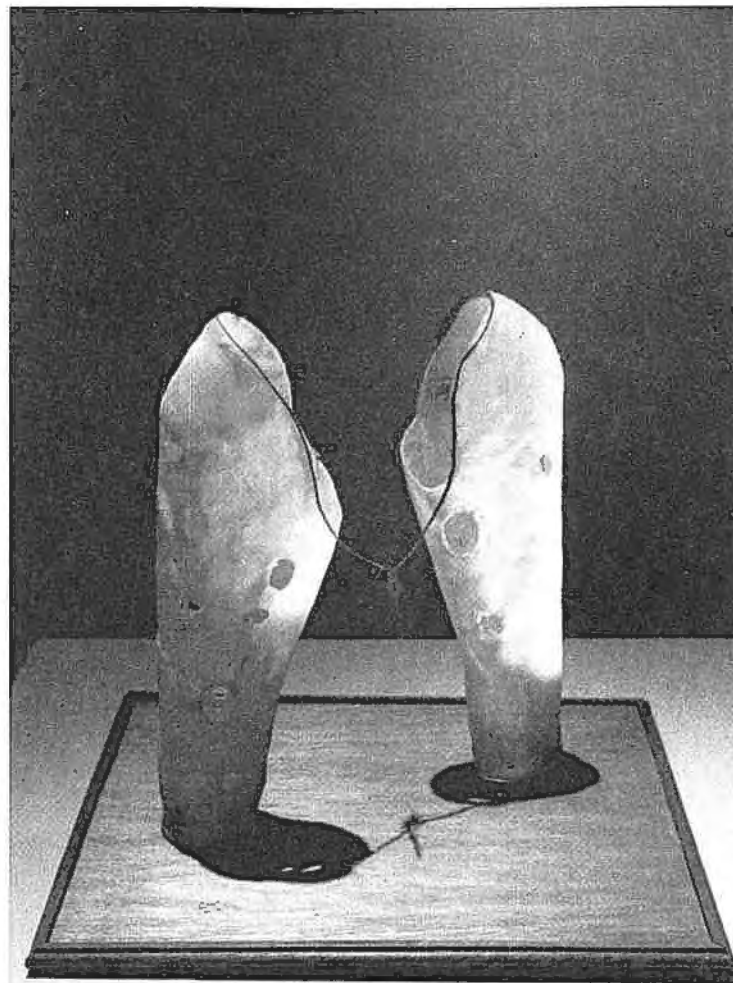
te, pues aunque se parecen, nunca son exactamente iguales. Al cortar, en cierto modo, vas invadiendo un espacio, construyendo objetos similares pero esencialmente distintos. Al cubrirlos con cera (un desecho orgánico, vivo, la saliva de la abeja) los voy encerrando en un espacio o, también, los confino a un espacio particular al ponerlos sobre una escalera de cristal. Todo esto lleva por varios caminos, uno de los cuales puede ser la experiencia mística, la evocación de ciertos objetos religiosos.

Paula
Santiago

Relicarios



Para protegerte mejor
Cabello y cera sobre papel arroz. 39 x 35 x 28 cm 1994



“ ”
papel arroz, cabello y sangre. 1994

Paula Santiago (Guadalajara, 1969).

Exposiciones individuales:

Dibujos sobre papel. El Venero. 1993.

“Plenum”. Galería Jorge Álvarez, Arte Contemporáneo. 1994.

Exposiciones colectivas:

Primera Bienal de Pintura Alfonso Michel. Colima, Colima. 1993.

Galería Martv's. Nuevo Laredo, Tamaulipas. 1994.

Expo Arte. Colectiva de la Galería Jorge Álvarez. 1994.

Colectiva “Crema y Nata”. Galería Jorge Álvarez. 1994.

Seleccionada en la Bienal de Monterrey (instalación). Monterrey, Nuevo León. 1994.

Fotos de Mito Covarrubias



antología del *mínima* cuento *corto*

- Las campanas

Luis G. Abbadié

- Lágrimas para su muerte

Arnulfo Álvarez García

- Ausencias

Efraín Amador Sánchez

- Imagen

Guadalupe Ángeles

- El último escrito trágico

Rosa María Blanca

- Cuatro dedos te señalan

Jorge Martín Bocanegra

- La separación

Lourdes Bueno Macías

- Hipótesis

José Israel Carranza

- Cada que llueve me

acuerdo de Lety

Martha Cerda

- En el circo

Gabriel Cerda Vidal

- La sogá

Salvador Encarnación

- Fábulas para niñas oscuras

Bernardo Esquinca

- Luna doble

Sergio Figueroa

- Cantar de sordomudos

Juan Manuel Galaviz Herrera

- Más allá del sueño

Amalia Guerra

- Sueños espirales

Flor Gómez

- Turquesa

Benito Gómez López

- Paseo dominical

Lucero Gurrola

- La isla

Francisco

Javier Ibarra

- Narraciones

de agosto

María Dolores

Jiménez

- La cita

Marco Aurelio

Larios

- Sueño que te

sueño

Elsa Levy

- La llama doble del rey

Luis Medina Gutiérrez

- ¡Bolita, por favor!

Ica Patricia Medrano Miranda

- Aparición

Hilda Morán

- Juntos

Godofredo Olivares

- El forastero

Víctor Manuel Pazarín

- Jardín de amapolas

Enrique Pedroza

- El túnel

María Cristina Preciado

- Alimentad toda esperanza

Silvia Quezada

- Suicidio

César A. Ramírez Fregoso

- Carta de navegación

Teresa Rikken

- Entre cuentos anda el cuento

Blanca Estela Ruiz

- Una voz

Alejandrina Torres

- Acercamientos

(Minicuento que quiso ser cortometraje)

Luis Martín Ulloa

- Nacida para gustar

Jorge Valdivia

- Caídas

Margarita Valdivia

- El ánima del carrizo

Gloria Velázquez

- El Rey de Oros

Roberto Villa

- La muerte desde el principio

Leticia Villagarcía

- No pudo contenerse, y se besó

Martha Vogel





Unas líneas de alivio

El cuento breve jalisciense, o el cuento corto en Jalisco, manifestaciones de una narrativa que, lejos de menguar ante el acoso de los minúsculos terrenos liminares de la tecnología y la comida rápida, hoy parece emerger en cada cierre o clausura de algún proyecto editorial determinado, independientemente o no, oficial o extraoficial.

Mayor fuerza para estar aquí, en las soledades acompañadas de *Luvina*.

Los autores reunidos (en una asamblea igualitaria más que en un intento de antología bajo el escrutinio de categorías, análisis y ópticas axiológicas provenientes de la academia) responden al interés de la hoja en blanco como un territorio no perdido de la imaginación, el recuerdo, la anécdota, una historia, muchas historias. Algo capaz de ser puesto en las vestiduras del tiempo

literario; un habitáculo narrable, en suma.

Posiblemente causará escozor en más de un ojo clasificatorio el hecho de que se localicen hermanados nombres familiares con otros no tan conocidos o, incluso –herejía de las herejías–, plumas que en un golpe de suerte nunca volverían a tomar el camino de las letras, lo que añadiría una desgracia más a los infortunios acostumbrados de nuestra Matria. Eso no importa. De ahí que de antología sólo tenga el nombre; más bien, si nos ponemos estrictos, lo justo sería llamarla simplemente “compilación”, pero la consonancia rompería el encanto de ver reunidos unos tantos de los muchos que han apostado un esfuerzo para y por las letras.

Interesa la producción aquí y ahora –de ahí que los escritores presentes no respondan a un interés arqueológico o de recuento– en este universo

vital

llamado Jalisco. Por eso hay autores nacidos en otras latitudes pero que han hecho de Guadalajara y sus alrededores el ámbito de preocupaciones, habilidades, padeceres y creencias de sus tiempos en la Tierra.

Una mención especial para Jorge Orendáin, Gloria Velázquez y Víctor Manuel Pazarín, pues sin ellos, y sin su amistad, esta compilación antológica no existiría; gracias a sus ayudas y a sus paciencias al recopilar los materiales –la mayoría inéditos– primarios para dar forma a esta colección. El documento final es de mi estricta responsabilidad y criterio.

FRANCISCO ARVIZU HUGUES

Las campanas

Hay un pueblo —me contaba anoche un viajero encanecido— donde las campanas del templo cantan siete veces entre luna y luna, y siete veces más entre sol y sol; pero al oír las, la gente tiembla y gime en un coro de pavor... Pues las campanas de ese pueblo sólo tocan a muerto. Nunca, nunca cruces el puente de ébano que conduce al otro lado del río Zikhan, pues dicen que las campanas profieren sus

risas de ecos al cantar para los forasteros, y que se les oye doblar con mayor fuerza cuando un soñador ingenuo cruza el puente negro. Todo esto lo escuché en mi juventud más remota, de labios de un sabio que me eligió como su aprendiz, de modo que no desoigas el consejo que ni él ni yo obedecemos.

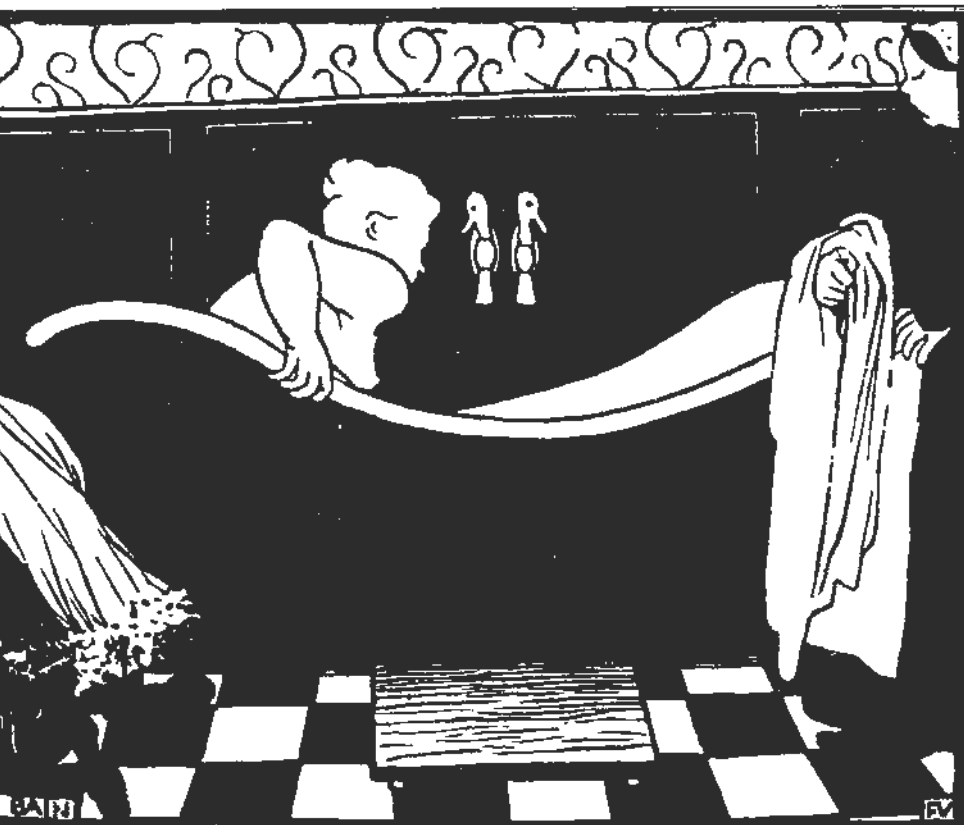
“Sí, yo mismo pisé una vez el puente de ébano, siguiendo a mi maestro, el mago Indrafel; él me condujo desde la remota Kramphok, con propósitos cuyo recuerdo murió dentro de mi mente junto a una porción de mi espíritu, que ya no estaba conmigo cuando huí de regreso por ese puente maldito. ¿Qué sucedió en ese pueblo infernal? Eso es algo que los dioses piadosamente borraron de mi memoria; recuerdo tan sólo la negra madera del puente bajo mis sandalias, los susurros burlescos de los invisibles espíritus que acechaban en las aguas turbulentas del Zikhan, las barbas negras de mi maestro Indrafel ondeando en el viento de las praderas malditas que rodean aquel cauce que

nadie, aparte de mí, ha cruzado de regreso... Y luego de eso, nada recuerdo...

”¿Acaso fue Indrafel quien, antes de sucumbir al ignorado destino que lo reclamó, me protegió con algún hechizo ansiosamente musitado? ¿O fueron los dioses mil veces benditos quienes me arrancaron de esa morada de demonios? O... ¿serían acaso las propias campanas, las malditas abominables campanas de fúnebre cantar, las que me dejaron ir con algún propósito inconcebible?

“No lo sé... No lo sé, mas todavía, en mitad de la noche, cuando las nubes ocultan la luna y el viento del desierto me envuelve como un frío sudario, a veces me parece escuchar un eco remoto, ¡un frenético tañer de campanas demoniacas, cantando para mí!”

Acabado su relato, el viejo calló, mirando hacia el horizonte ensombrecido... Y yo no podía apartar la mirada de la lisa piel cobriza que cubría su cráneo en los sitios donde deberían encontrarse sus oídos.



Lágrimas para su muerte

Silvia estrenó luto y salió a caminar su "pena" en las pulidas calles de la ciudad, entre gente que, pródiga de halagos para el difunto, intercedían con Dios los defectos del muerto, ante la severa figura del notario que se ocupaba de alejar a Feodor: un testarudo acompañante de don Máximo, para quien no sólo había muerto el hombre más importante del lugar, también el amigo que le diera un sitio especial, donde ya no sería el blanco preferido de los niños.

La viuda no lloró entonces, ni después, pero escondió la juventud de sus ojos con el artificio de unos lentes caros.

Y es que su vida fue a la inversa: de niña no jugó, ni sus labios esbozaron siquiera una sonrisa, y le faltó todo, hasta su madre; en la adolescencia, en cuanto el trabajo hormonal moldeó su cuerpo, fue víctima de un matrimonio negociado que le endureció el alma y le agotó las lágrimas cuando supo que su padre la había comprometido en matrimonio (sin su consentimiento) con un vejete tan

podrido como su dinero; por eso no lloró al enviudar, porque ahora se le presentaba la oportunidad de vivir la infancia y juventud al mismo tiempo, para viajar, conocer, gastar el cariño guardado y amar, para olvidar las caricias de un viejo que fétido de esfuerzo recorrió su piel cuando dispuso. Y todo por dinero, el mismo que su padre invirtió en mujeres de buen sueldo y en vinos de etiqueta que lo mandaron a otro mundo.

La víspera, don Máximo llamó al legista, al sacerdote, a parientes y amigos, para asegurarse un entierro sin soledad; en seguida, fumó su muerte.

En el lujoso panteón, los más hábiles se apostaron sobre las bóvedas de las tumbas vecinas; los otros, donde pudieron.

Hubo rezos, discursos, cantos de mariachi; paladas de tierra polvorienta y coronas de flores, que marcaron la terminación del molesto requisito, sin que Feodor entendiera tales actitudes. Luego, se cruzaron las miradas; las moscas se dejaron oír; se escuchó una voz que leía. Silvia sonrió, el obispo se ganó el cielo de rodirio,

llas y los demás, sin cordura, abarrotaron la puerta con el punto final del testamento, mientras, con lenguaje garbancero en sus labios, agredían al recién sepultado.

Feodor permaneció en el lugar, y esperó a estar solo para ladrar su dolor, porque el perro, sin haber heredado, le querría siempre y prefirió morir sobre su tumba.



* El Palmar de San Antonio, Jalisco, 1962. Egresado de la Escuela de Agricultura Regional de Aulán, Universidad de Guadalajara; este texto pertenece a *La Chiguana* (Aulán de Navarro; edición del autor, 1995).

Ausencias

Saliste de la regadera con el cuerpo empapado, nadie estaba en casa, ni siquiera los curiosos vecinos que se asomaban constantemente por la ventana del segundo piso que daba a tu casa.

Dejando un rastro húmedo llegaste hasta la habitación.

Habías tomado la ruta hacia el tocador, al jalar el cajoncito tu elección fue un discreto labial. Con el estuche de maquillaje y un poco de rubor, en algunos minutos dibujarías una nueva cara sobre tu rostro. Luego enfrentaste una difícil decisión, la falda que se entallaba al cuerpo con la

suave y holgada blusa o el vestido bordado en lentejuelas y chaquiras.

Finalmente, te pusiste un vestido corto en color rojo. No importando que las pantimedias te quedaran cortas, tomaste las zapatillas más altas y tu imaginación transformó la recámara en una pasarela.

Sólo el sonido de alguien que abría la puerta de la casa terminó con la fantasía: tu esposa y tus hijos habían llegado.



* Guadalajara, 1968. Estudiante de la maestría en Letras por la Universidad de Guadalajara.

El último escrito trágico

GUADALUPE ÁNGELES*

Imaginemos esto: una fiesta. Una pareja baila, a su alrededor lo que usualmente hay en estos casos: bebidas, risas, otros bailando. La pareja decide ir al jardín. Y de la más oscura de sus esquinas surge una figura blanca, iluminada por un brillo interior (ya que no hay luna llena), pero ellos no la han advertido, porque se besan, cerrados los ojos recuerdan su infancia, un árbol mutilado al nacer la primavera; cuando sienten la mano fría de la figura del jardín es tarde, ambos son ya ramas nuevas del árbol de limas.

Todo lo que escribía se cumplía, por eso había desistido, no quería volver a saber nada relacionado con literatura, ni con palabras, ni con tinta. Apenas soñar y matar esos mismos sueños, con whisky u otras drogas asesinar sus pensamientos, ideas o intuiciones, para que si por azar en algún momento tuviera oportunidad de escribir cualquier cosa, nunca fuera cierta.

El problema era que sólo la tragedia se infundaba ante la materia de sus adentros.

Lo último que había escrito era el desenlace de un romance en el que ambos, tanto él como Mariana, terminaban heridos emocionalmente. Poco tiempo después la relación con su esposa tomó el mismo curso de la historia.

Extraño era que en un principio él ya había imaginado, escrito y publicado el encuentro con Mariana. Era cuando sus cuentos eran cotidianos, y todos con soluciones agradables, sanas y rosas, a veces triste, a veces no, pero jamás fatídicas.

Por aquel tiempo había simulado crónicas de viaje, y de inmediato el destino lo depositó en naves de tierra, viento y mar. En este sentido, había sido privilegiado de su propia literatura, pero ahora, ahora que todo había cambiado, y que su mente era sólo tragedia, detestaba el haber descubierto las palabras, incluso hasta aborrecía el hecho de saber escribir y, en ocasiones, hasta de pensar.

Cuando a su mente acudían cuentos aptos para niños, de inmediato los

escribía, pero al acercarse el final, la narración encontraba la tormenta. Era como en la ópera. Entonces, con espanto, arrugaba el papel y lo quemaba.

Borracho y sin rumbo, con las intenciones castradas, desmemoriado y con la sonrisa extraviada, renunció a lo que más le gustaba: escribir. Viaja en camión junto con otros albañiles a las nuevas carreteras, y tira las distancias entre una orilla y otra, sobrevolando los ríos, para que nadie caiga en los precipicios abstractos de la vida.

F I N



* Pachuca, Hidalgo, 1962. Autora de *Souvenirs* (Guadalajara: Mala Estrella, 1993) y *Sobre objetos de madera* (México, DF: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994).

* México, DF, 1965. Escribe en el suplemento *Tentaciones* del diario *Siglo 21*.

Cuatro dedos te señalan

La separación

JORGE MARTÍN
BOCANEGRA*

De pronto una mañana, cuando estás ante el espejo, reconoces que el mundo no existe. No existe el mundo que te habían dibujado los adultos. Descubres que no estás en el mundo, que es el mundo lo que está dentro de ti. Pones crema de afeitar en la cara y te dices: "El mundo no existe". A los pocos minutos te arde la mejilla izquierda; palpas ahí con dos dedos y luego los miras: la sangre se confunde con el agua. Enjuagas la cara y te arde la herida, continúa sangrando. Levantas la mano y apuntas con un dedo al que está dentro del espejo. Dices: "Tú no existes". Cuando abandonas el cuarto de baño; ciertamente, el que estaba rasurándose ya no está en el espejo. Pero es entonces cuando el mundo se hace presente. Existe.

* Guadalajara, 1960. Doctorando en Lingüística por la Universidad de Córdoba, España.



¡No me la quites!, gritó. Y en un susurro como aliento moribundo balbuceó: por favor... no me dejes. No podré vivir sin ti, sé que no podré... eres mi fuerza, mi posibilidad de ser. Eres mis ojos y la estructura que me sostiene... eres la única conexión que tengo con el mundo... eres la movilidad para alcanzar la vida, para alcanzarlo todo. Has llegado a formar parte de mí tan

estrechamente que la separación significa cortarnos a los dos en partes; quedar truncos, fraccionados en segmentos inservibles, porciones desgajadas de dolor y de ausencia.

Irremediablemente llegaron, vestidos de blanco, fríos e insensibles, y se la arrebataron, arrancaron de su cuerpo las manos amorosas de su amado, sin piedad, sin misericordia. Ella

pálida, se dejó ir, el don de la palabra le era negado y, sin embargo, unas gotas que hubieran parecido lágrimas corrían por la superficie de su ser; estaba tan acostumbrada a su amor, preguntas sin fin la atormentaban: ¿qué sería de ella ahora? ¿Habría alguien que la acariciara como lo hacía él, que la necesitara como él? Le gustaba tanto conducirlo con suavidad,

llevarlo por senderos ciertos, siempre cuidada por su fuerza... a pesar de su debilidad. Nunca supo quién era más dependiente del amor que se profesaban, nunca supo cuánto lo necesitaba hasta ahora y, sin embargo...

Fue subida en un enorme camión, casi aventada en la parte posterior, gritos de desesperación muda se perdieron en la nada. Él quedó desmadejado en el suelo; ella arrojada sin misericordia como carga sin valor.

En la distancia, él trataba de incorporarse con el coraje que le daban la desolación y la ira; sostenido apenas del dintel de la puerta, dijo para sí: ni modo, mañana tendré que comprar otra silla de ruedas.

* México, DF, 1947. Articulista del periódico *El Informador*.

Hipótesis

Mi hipótesis es la siguiente. Esa tarde, de pie en el umbral de su casa, asediado por un frío completamente inexplicable y gastando en mirar la calle los que serían los últimos minutos de su aburrimiento cotidiano, el ingeniero resolvió olvidar. Olvidarlo todo, sin concesiones. Tal vez consideró que su edad se lo permitía, pero lo ignoramos. En todo caso, estaba harto. Acto seguido, comenzó.

Cerró con llave y se dirigió a la sala. Tuvo dificultades para encontrar el interruptor de la luz, pero la tarde no había caído del todo y un final resto de sol iluminaba más que bien los muebles, el piano, los retratos. El ingeniero buscó el foco desnudo que colgaba del techo, siguió la línea del cable hasta una pared, luego bajó la vista por ella y dio por fin con el interruptor. La sala quedó aún en la penumbra, porque el foco nunca se encendió. El ingeniero rodeó los muebles, pasó una mano indecisa por el teclado amarillento del piano y, sin quererlo, tocó una nota grave, prolongada, que lo hizo estremecerse, primero, y luego quedarse con la boca abierta mientras el sonido terminaba de desaparecer.

Fue después hacia los retratos, que lo miraban de la misma manera inocente en que él los iba descubriendo, extraños como eran esos rostros ante sus ojos carentes de curiosidad.

No sabía quiénes eran, por qué estaban ahí. Un silencioso movimiento del gato lo hizo voltear, contener la respiración en una suerte de azoro primitivo al ver que el animal se dirigía hacia él. De su garganta salió un grito de terror ancestral, y el gato retrocedió velozmente para ir a perderse en la oscuridad de la cocina.

El ingeniero permaneció largo rato en la sala, los brazos colgantes, la mirada fija en un rincón del piso. Luego sus piernas torpes y entumecidas lo llevaron a las escaleras. Subió por ellas y se detuvo frente al baño.

Al fondo, el espejo le regresaba la imagen de otro desconocido; fue hasta él, intentó tocarlo y desistió cuando, por accidente, abrió una de las llaves del lavabo. El agua fluyó libremente y pronto empezó a inundar el piso. El ingeniero salió del baño con los zapatos mojados, miró sin comprender el agua que corría por las escaleras y, casualmente —ahora todo era casualidad—, entró a su recámara.

La falta de coordinación se iba imponiendo en sus miembros, cada vez más rígidos. Alcanzó a llegar al balcón. Su cuerpo se desplomó pesadamente, y quedó tirado con la cabeza vuelta hacia la calle, por donde se veía correr ya el brillante arroyo del agua proveniente del baño.

Fue cosa de unas dos horas para que, finalmente y tal como lo había previsto, el ingeniero olvidara también que tenía que respirar.



* Guadalajara, 1972. Autor del libro *Las magias inútiles* (Universidad de Guadalajara, 1993); el presente texto forma parte de *La sonrisa de Isabella y otras conjeturas* (Premio Nacional de Literatura Salvador Gallardo Dávalos 1995, Aguascalientes, Aguascalientes).

Cada que llueve me acuerdo de Lety

Mi prima Lety y yo íbamos a llevarle flores a la abuela cada domingo. Mi madre llevaba a Lety de una mano y a mí de la otra, al llegar a la tumba de la abuela nos soltaba, con la condición de que yo no fuera a hacer llorar a mi prima. A las niñas no se les debe lastimar ni con el pétalo de una rosa, decía mi madre. Pero Lety no era igual a las demás. No se asustaba con los chapulines ni chillaba si se caía, y hasta se animaba a coger los huesos de los muertos si encontrábamos alguna tumba abierta. Por eso me gustaba jugar con ella, y porque cuando la vistieron de angelito para una posada se veía rete bonita.

Mamá no sabía que entre semana, al salir de la escuela, también íbamos al panteón. Era como una ciudad sólo para nosotros, a la medida de nuestros diez años, con calles y árboles, casas. Conocíamos todos los senderos por sus olores y por las flores. Especialmente por las flores. Las había marchitas y malolientes; de papel desteñido, de hojalata y, algunas, frescas, siempre gladiolas, siempre blancas. Jugábamos a cambiarlas de lugar. Había tumbas abandonadas de las que

nadie se acordaba, Lety y yo mirábamos para todos lados, si nadie nos veía, quitábamos las flores de la familia Terrazas y las poníamos en la de los Ochoa. Aún recuerdo sus nombres: Antonio Ochoa: 1891-1940; Dolores Ochoa: 1880-1910; María de Jesús Sierra de Ochoa: 1872-1949.

Lety y yo aprendimos a restar de memoria, en el aire para sacar las edades de los muertos. Así supimos la de la abuela, porque en vida nunca nos la quiso decir. Su tumba era un pequeño templo, con altar y cruz. En la lápida estaba escrito: "1880-1950, recuerdo de tus hijos y nietos". Lety y yo jugábamos a decir misa en latín y a confesarnos frente al altarcito; yo siempre era el Padre. Lety se enojaba porque ella también quería confesar y decir misa, yo le explicaba que no podía porque era mujer. Ella se enojaba más y me gritaba: "Vamos jugando un juego en que seamos iguales". Yo no sabía qué contestarle, pues para mí no había diferencias. Lety no tenía miedo ni siquiera de que nos quedáramos hasta tarde en el panteón, para ver las luces fosforescentes que salían de las tumbas. Pero al poco tiempo Lety fue

pareciéndose a otras niñas, dejaron de gustarle los sapos y ya no me ganaba a las vencidas; lo que seguíamos haciendo juntos era ir al panteón. Pero hasta eso fue cambiando. Lety se fijaba en cosas que antes no se fijaba, por ejemplo, en el ángel. Junto a la tumba de la abuela estaba la de una niña que, en lugar de cruz, tenía un ángel de piedra, vestido con una túnica de la cintura para abajo y una inscripción que decía: "Recuerdo de sus papás". La niña tenía al morir la edad de Lety y se llamaba igual a ella. Cuando Lety se dio cuenta me preguntó si yo creía que ella también iba a morir. Estuvo pensando en la niña muerta. Imaginándose cómo habría sido, si le habría dolido mucho. Después empezó a decir que si la niña no se hubiera muerto ya sería grande y estaría casada. ¿A ti no te da miedo morirte y no llegar a ser grande?, me preguntó, y luego me dijo, ¿jugamos a casarnos? ¿Ahorita?, le contesté, y de repente sentí ganas de hacer pipí, nomás que no hice, entre las tumbas, como las otras veces, porque me dio vergüenza. ¿No te animas?, me retó Lety. ¿Y si no nos morimos?, le respondí. ¿Y si

sí?, me dijo con los ojos llenos de lágrimas. No la había visto llorar, no quería verla llorar; las ganas de hacer pipí eran más fuertes, dije bueno, lo más recio que pude.

Nos hincamos frente al altar, nos tomamos de la mano y nos dimos un beso en la boca, con los labios cerrados y los ojos abiertos. Las lágrimas de Lety me hacían cosquillas, la veía muy cerquita de mí y la sentía valientita, pero tenía las manos heladas. Mientras se las sobaba, Lety me dijo que ya no tenía miedo ni tristeza porque estábamos casados, y entonces cerró los ojos y abrió la boca. El suelo estaba muy frío, yo no podía aguantar las ganas de hacer pipí, afuera empezó a llover, no sabía que los calzones de las niñas fueran de piedra: duros y pesados. Lety me ayudó a bajárselos hasta las rodillas; se le salió un zapato y se le deshizo una trenza, pero no abrió los ojos hasta que dejó de llover.

Nos quedamos dentro del mausoleo un rato más, oyendo cómo, por alguna ranura, caía agua dentro de la fosa. ¿Se estaría mojando la abuela?

* Guadalajara, 1945. Autora de *Juego de damas* (México: Joaquín Mortiz, 1988), *La señora Rodríguez* (Joaquín Mortiz, 1990), *Y apenas era miércoles* (Joaquín Mortiz, 1993) y *Las mamás, los pastores y los hermeneutas* (Ediciones Castillo, 1995).



En el circo

Se llamaba Evaristo... o no sé qué diablos... trabajábamos dentro de la misma carpa calurosa: en las tardes nos entraba un sol cuajado desde sus intestinos; eso sí, no daba sombras. Todo lo demás, aparte de nosotros, también provocaba ascos mutuos y mágicos. Vendíamos entradas a planetas poblados de elefantes tristes, de leones amargados y quitados de su orgullo.

La vez que se cortó la mano no fue tan importante como cuando lo que tú me dices. Salió sudoroso de su claustro, lleno de mariposas negras en todo el cuerpo. Parecía que la piel se le había acartonado. Parecía que toda la piel gritaba su dolor cuando las mariposas movían las alas. Su cuarto lo llamaba para continuar el encierro: por la pretensión de una labor incompleta. Se había pasado todo el día ahí, adentro, tocando el cuerpo de su violín, que contestaba con ansiosos gritos, con llantos, como si no le gustara la manera de querer de Evaristo. Fue cuando encontró el eje de su brazo en el filo de un cuchillo; ya te había dicho que éstos le llenaban de fascinación. Después, cuando aquello, dijo que la mano no era suya, que quería matarlo, que se le convirtió en garra y después en pezuña; que lo golpeaban, que tenían tiempo haciéndolo, y que nadie le importaba tampoco a él. Que lo perseguían o algo así: caminaba a través de una calle bañada de sombras, llena de basura y agua que le flotaba su grasa hasta la cintura. Llegaba hasta un tambo con pedazos de carne y comía a esa gente muerta;

terminaba muchas veces para otras tantas vomitar y volver a comer. Volteaba de vez en cuando al cielo, que se llenaba de paracaidistas que bajaban por él. Se lo llevaban hasta arriba y lo soltaban cuando lo inundaba el miedo y su tremendo vacío. Allí defecaba más.

Ese día, desde una ventana se asomó una cara que no tenía cuerpo y le pedía a Evaristo el suyo. Lo invitó a subir. A través de los ladrillos pelados y las salientes del edificio, subió Evaristo con las piernas convertidas en dos escobas. Al llegar no encontró ventana ni cara, había una oreja gigantesca incrustada en el muro, por la que entró resbalando. Lo vi llegar; adentro, en la oreja, estaba yo también.

Era violinista, y decían que al tocar su violín tocaba también los cuerpos de todas las mujeres que lo escuchaban. Dejaba su cara junto al violín y arrimaba un rostro de serpiente cerca de cada una de las que dejaban su composición descomponerse. Todas las que lo habían oído, lo seguirían oyendo para siempre, cuando dejara de tocar.

Nos peleamos la última vez.

No traía yo más que el filo aguzado de mi machete y él sus brazos de violinista. La mano izquierda —que era la única que le quedaba— ese día aún traía amarrada la vara con cerdas, con la que raspaba las cuerdas; con ella quiso primero pegarme. Era muy fuerte; todavía después de que lo partí, con los brazos seguía arras-

trándose hasta donde yo lo esperaba para multiplicar su cabeza con mi machete. Resistió hasta el tercer machetazo. De su boca quieta salieron dos ranas aún vivas que acababa de comerse.

Quedó mi casa toda llena de sangre verde, y todavía sus piernas muertas siguen saltando nerviosamente en donde lo maté.



* Guadalajara, 1969. Miembro del taller de Mala Estrella.

La sogá

SALVADOR ENCARNACIÓN*

No tardé mucho en encontrarla. Ni siquiera lo suficiente como para decir que caminé bajo el peso del sol. No. Ni siquiera eso puedo decir. Antes de llegar al mercado, de lejos la miré, enroscada en un clavo. Ella ahí, serena, esperándome. Inmóvil. Desde ese momento casi nada recuerdo. Me acerqué, sí. El mercader de seguro intuyó mi compra, porque como obedeciendo, la descolgó y la puso en mis manos.

“... extrañamente tibia como debe ser la muerte. Sí. Un lazo firme. Como traer el alma herida por siete espadas y luego encontrar un último temblor.”

El mercader movió los labios como para decir algo: sus dientes, su lengua ahorcada en sí misma. No sé lo que dijo. Saqué dinero y lo puse en sus manos. Este hombre trae la muerte encima. ¡Este hombre trae la muerte encima! Leí en sus ojos. Caminé hacia atrás y me eché a correr con ella en los brazos. Con ella en mi pecho, con su palpar en mi palpar.

Hoy es el día. La luna está en lo alto y es viernes. Allá, ellos, lo decidieron: “El viernes de luna llena es el día”.

Estoy sentado, esperando. Desde aquí alcanzo a oír los gritos de la turba y por mi ventana entra el resplandor de sus hachones. Estoy aquí esperando. Ya están en el camino que conduce a mi casa. Los oigo pisar las hojas secas de los olivos. Ya los oigo aquí. La luz de sus antorchas ilumina por completo mi cuarto. Estoy aquí. Todo está listo: la sogá, la víctima y la puerta entrea-bierta.

* Zacoalco de Torres, Jalisco, 1961. Cronista de su ciudad natal.

Fábulas para niñas oscuras

BERNARDO ESQUINCA*

VIII

Partiste hacia el campo con la mirada igual de limpia que el cielo llovido de aquella mañana. La hierba era un incendio verde y te acariciaba por debajo de la falda. Te acercaste a las tristes vacas que rumiaban bolsas de plástico, como si supieran que eso les bastaba para morir. Buscaste con paciencia los tiernos setos que nos regala su excremento, y entusiasmada llenaste una canasta.

Los comiste sola y acompañada, en el bosque y el cuarto de tu casa, durante el día o la noche. Después creíste que lo habías visto todo, que el horizonte cabía en tus pupilas aun con los párpados cerrados. Fuiste feliz, intensa, dueña absoluta de tus sensaciones. Y continuaste alimentándote...

Un día florecieron los tumores de tu alma y supiste del abismo, de sus labios que succionan sin tregua; viste al demonio y el demonio tenía tu rostro.

Comprendiste que todo era parte del viaje, luz y oscuridad: un tren que no se detiene.

Has estado alejada de aquello. Pero hoy, que escuchas el trueno profundo que anuncia el retorno de las lluvias, tu mirada se ilumina y el musgo brota en tu dilatado corazón.

* 1972. Autor de *La mirada encendida* (México: Fondo Editorial Tierra Adentro, 1994); el presente cuento forma parte del libro en proceso *Fábulas oscuras* (UNAM).



LE MONT-BLANC

FV

Luna doble



En el momento que vi a la mujer supuse lo que pasaría. La luna empieza a surgir entre la niebla. La calle apenas se vislumbra. Él camina con las manos metidas en las bolsas del saco. Ella está a unos metros delante bajo un enorme árbol. En seguida el ligero coqueteo, la sonrisa seductora. Adivino la maldad encarnada, deseo gritarle a él que no acepte, que se vaya. Es inútil, dedos acusadores apuntarían hacia mí. Él se detiene y le habla muy cerca del oído. Ella también murmura algo. Ríen. Arriba, la luna se opaca entre las nubes. Ahora se besan, se acarician. Él decide llegar a fondo. Ella lo detiene y apunta hacia adelante. Caminan tomados de la

mano. De pronto, se escucha música salida de alguna parte, les mueve algo por dentro. Pasan por bares mal iluminados, por charcos y por calles vacías. Ni un alma. Otra vez el silencio. Se detienen en el resquicio de una casa abandonada. Quiero gritarle, me angustio, las manos me tiemblan. Él mordisquea su cuello. Ella con desesperación le arranca la camisa. Él levanta la falda y le araña las nalgas. Gime, se mezclan en un solo ritmo. Es el momento en que los cuerpos funden luz y sombra, agua y fuego, amor y odio. Me desespero. Ya empecé a comerme las uñas. Ahora la luna ilumina completamente a través de la niebla. Es el previo instante en que los

astros chocarán en un orgasmo. En pleno frenesí saca de su peinado una larga horquilla. Él le muerde el cuello casi al borde del éxtasis. Ella alza el alfiler sobre le espalda musculosa. Estallo en un grito.

Mi grito retumba por todos lados. Empieza la rechifla. Lo sabía: voyeurista y masoquista. Me levanto de la butaca avergonzado y me detengo en la cortina. Volteo a la pantalla. Él yace en la banqueta, entre líquido viscoso. Ella se acomoda la falda y la horquilla vuelve a su pelo. Camina hasta perderse en la niebla. Mejor me largo.

En la calle, el frío me obliga a subir el cuello del abrigo. Meto mis

manos sudorosas en los bolsillos. Me parece ver que la niebla lo cubre todo. Miro el cielo. Adivino una luna grande que me traspasa.

* Guadalajara, 1964. Egresado de la Facultad de Filosofía y Letras; ha publicado poesía y narrativa en *El Occidental*, *Trashumancia*, *Tierra Adentro*, *Estrasa* y en la revista *El Cuento*.

Más allá del sueño

¡Ya deja de mirar ese cuadro que la brisa salada está borrando! ¡Qué hermoso era Orfeo! Más bello que Apolo, su padre. No llores más sobre la tumba de arenas movedizas donde yace su Eurídice. Orfeo adormecía fieras con su divina cítara, usted sólo tiene un viejo violín que arranca a sus cuerdas jirones de un sueño.

¡Soy Orfeo y guardafaros, insensata! Eres tú quien vive un sueño.

Vamos al puerto, padre, consultaremos a la zahorina, la que lee en los astros y escucha en el caracol los secretos que el mar guarda con celo. Llévame con el brujo que conjura sortilegios, el que volvió a su juicio a la infeliz mujer que en noches de tormenta recorría el malecón en espera del barco que le traería a su amante. Quiero ir a la playa del norte donde otros retozan como los peces en el fondo del mar.

No regrese al pasado, viejo, los faros nuevos no requieren guardián y al puerto siguen llegando barcos. Orfeo cautivo en el pasado. ¿Dónde, en verdad, está su Eurídice?

Yo sé, sólo yo lo sé, escucha mi cítara y calla. ¿No ves que rompés el encantamiento?

¡Responda, padre! ¿Quién la vendió, qué la llevó al desvarío, qué filtro venenoso la mató?

Anoche andaba por la orilla el maligno que llegó de tierras lejanas, el que compra y vende mujeres en el puerto, se sentó en la escollera, a poco apareció un desconocido, cambiaron palabras, algunas monedas y se fue. Me acerqué preguntando por ella y una silueta negra se fue perdiendo tras las dunas, altas...

Otra noche llamó a mi puerta la vieja que vende amuletos: corales de todo color, conchas nacarinas, sortijas para el bien y el mal; inquirí sobre ella y en vez de responderme incrustó en mi pecho la perla negra que hace sangrar mi corazón. “Ella era del misterioso océano y en él debe encontrarse”.

¡Calla, huérfana! Escucha mi cítara. Chist... chist... chist.

Padre, por qué me castiga cuando voy al pequeño montículo que cubrió de argamasa y en la superficie escribió:

“¿Orfeo llora a su Eurídice? Mis horas son lentas, tristes, escuchando su violín llorón. Dígame, por piedad, ¿cuál es la que viene cuando la luna llena se derrama trazando su camino sobre el espejo negro del mar?”.

Camina lento, sus pies alados acarician el trémulo rielar de los luceros... se silencia el rumor del oleaje y un canto de ausencia se ahoga como pez fuera de su elemento.

¡Anda quimérica! Vuelve al mundo, yo voy a cuidar mi faro, no sea que los navegantes pierdan el rumbo y Tolomeo Filadelfo me castigue.

Dígame, viejo perdido en su extravío:

¿Ha ido hasta el infierno en busca de su amada? ¿Yace en verdad bajo el montículo donde cada noche quemán mis ojos fosforescencias azules?

... Acaso sea ella la que trajo entre el pico una gaviota, dejándola caer al pie de mi ventana, pececilla que encerré en el cristal del alma.

¡Te ordeno no leer más cuentos de hadas, ni los versos que ella escribió!

¡Padre!, ¿miró la luna pasada?, era rosa, violeta, blanca... Las olas estallaban en las rocas, la espuma se deshacía en estrellas y sólo una subía... subía... ¿es ella la cierta, por cuál llora?

Ayer regresó más sombrío que nunca, aún no alboreaba; en lontananza los barcos eran

puntitos negros. Al fin, el sol alto iluminó las playas. Cruzando el malecón, Miramar se pobló de bañistas, yo deseaba ir con ellos pero estaba en mi prisión mirando a través del cristal de mi ventana un sol que cruzaba su camino y se hundía. Aguardaba la noche para verla llegar caminando por el listón de plata y escuchar su canción, el tiempo se iba sin marcador... Antiguo guardafaros, Orfeo, ¿cuál de las dos?

¡Loca, loca! Te hechizaron mi cítara, los versos, las hadas y los dioses antiguos que viven en los libros.

Ande, pues, a buscarla, viejo, llévese el secreto, déjeme en Playa Sur con mi pececilla encerrada en el alma, con la perla negra que sangra mi corazón, con las fosforescencias azules que despide la tumba de su Eurídice. Mis ojos seguirán escrutando lejanías.

Que cese al fin su llanto guardafaros sin luz, Orfeo que jamás tuvo cítara. Déjeme la herencia de ese violín que adormeció mi vida, sola, en esta playa solitaria, en la espera...

* Mineral de Tlalpujahua, Michoacán, 1916. Ha asistido a los talleres literarios de Juan José Arreola, Elías Nandino, Ernesto Flores y Arturo Rivas Sainz. Son sus libros: *El vuelo* (Guadalajara: Departamento de Bellas Artes, 1974); *Las ataduras* (México: Katún, 1985); *La fiesta* (Guadalajara: Ágata, 1994).



Sueños espirales

FLOR GÓMEZ *

Ella no piensa más que en su rutina, en amasar la harina, en preparar el caldo, en rociar con gotas de agua el suelo empolvado. Ella, al pie del pozo, mientras sube el balde cargado, chorreando en todas las direcciones el frescor, la vida, piensa en ese hombre que la sigue todos los días, en su viaje al agua. Ahí está él, de ojos babeantes, que la busca a diario, el que dice las mejores palabras, las más dulces, aquellas que pueden entrar con mayor facilidad a su cuerpo, que también es un pozo, pero cerrado, una cisterna enorme de la que regresa siempre sediento, frustrado, respirando hondamente para domesticar el deseo que después es ira que crece y estalla en el conjuro. Ella dice no, ella ha dicho no mil veces, ella dijo no ayer y él tomó la forma de un caracol y subió silencioso por su falda.

Sus padres le han dicho que el cuerpo es malo, que el calor de su edad debe apagarse en la faena doméstica, en la oración, bajo las faldas largas. No le convenía ese hombre, su forma de mirar le sacaba la vida por los ojos. Él amenazó, le dijo: soy hechicero, de cualquier forma serás mía. Ella no teme a la magia, él, de carne blanda trepa hasta su cuello.

El viaje al pozo, el único ejercicio erótico del día, la caminata ajena a la mirada de sus padres, el posible encuentro con el placer, la rutina evasiva a sus fiebres nocturnas, a sus sueños espirales. El hombre que hoy no se aparece, ¿por qué no habrá venido?, ¿será su salud? Siente que lo extraña, mientras el molusco avanza, cuando llega a su oído cae el balde cargado de agua al fondo. Ella se frota la sien incrédula, atribuye el susurro al cansancio de la jornada. El hombre viscoso navega en los sonidos, se incrusta en la materia gris que le sirve de alimento todos los días, hasta que la bella que viaja al pozo se olvida de la vida y de la magia posible para siempre.

* Guadalajara, 1967. Egresada de la carrera de Letras, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Guadalajara; antologada en *Flor de poesía de Guadalajara*, editado por el Ayuntamiento de Guadalajara.

BENITO GÓMEZ LÓPEZ *

Turquesa

En mi pueblo la gente es azul. Allí no hay güeros, morenos ni negros; todos son azules. Los que nos visitan se ven asombrados por el color de nuestra gente. Sin embargo, para nosotros, los viejos que conocemos la historia, no es nada sobrenatural.

Resulta que hace muchos años hubo una sequía que acabó con los animales, secó árboles y arrasó con la vegetación del campo. Salía uno en la tarde a caminar por los antiguos sembradíos y encontraba en aquel terreno árido el reguero de osamentas de res tiradas por el suelo, como si las hubieran puesto a propósito para asustar a los cobardes. Porque estaban feas. Así, con las cuevas vacías en donde hacía poquito estuvieron los ojos. La piel peluda todavía pegada en la frente y restos de pellejo y carne a medio secar, untados a los huesos y un hedor que penetraba en la nariz y hacía cosquillas adentro de la cabeza: olía a muerte.

No había leche, queso ni carne y la gente empezó a tener hambre. Hambre verdadera, de esa que duele. Con la que se duerme uno y amanece con ella pegada en el estómago. Las mujeres se prestaban las últimas tortillas, algún pedazo de cecina, una bolita de masa para el atole de los niños. Estaba feo aquello. Para todos lados el mundo se veía como untado de ceniza. Sólo sobrevivieron esas plantitas llamadas Buenasmariás, que se daban en los peñascos y tomaban el color desteñido de las rocas para pasar desapercibidas. Era la única vegetación.

La resequedad hizo que comenzaran a abrirse grietas en la tierra. Se veía como un adobe inmenso con

líneas quebradas, dibujadas por la mano de un niño. El cielo resintió también la

sequía y se llenó de grietas; parecía un cascarón de huevo resquebrajado.

La gente pensó que había llegado el fin del mundo porque a la falta de agua y comida había venido a sumarse aquel cielo quebradizo que amenazaba con romperse. Y empezó a caer a pedazos.

Al principio nos causó extrañeza ver aquellas piezas azules tiradas por las calles. Y allá arriba, el cielo azul agrietado, con unas manchas negras en donde le faltaban los pedazos que se le habían caído. Luego se acostumbraron y los chiquillos jugaban a patearlas como si fueran pelotas.

Los hombres andaban por las calles desesperados y hambrientos, porque su alimento consistía en algún par de tortillas con sal y un vaso de poca agua que sólo alcanzaba para tomar. Y como la mayoría de ellos se dedicaban al campo y a los animales, ahora no tenían ocupación y eran presa de profundos sentimientos de culpa al no poder conseguir alimentos para sus familias.

Una mañana, Clemente el molinero, sin duda en un desvarío producido por el hambre, recogió un pedazo de cielo de los muchos que había tirados en la calle y lo llevó a su molino de maíz. Estuvo ahí toda la noche moliendo y remolendo aquella cosa azul, que por cierto estaba durísima, pero las piedras de su molino estaban preparadas para eso. Molió y molió hasta que tuvo



polvo fino, suave como harina. Con dos dedos tomó un poco y se lo llevó a la boca: no está mal, se dijo. Luego, en un vaso sirvió dos cucharadas grandes, copeteadas, de polvo. Llenó el vaso de agua y lo batió. Tras haber paladeado el primer trago, apuró el contenido del vaso. En seguida sintió cómo su cuerpo se llenaba de energías, le nacía una nueva vitalidad y el hambre había desaparecido. Esto es una maravilla, exclamó. Eufórico salió a la calle a pregonar ahora: polvo de cielo para su batido, en lugar de masa para las tortillas.

Los transeúntes hambrientos abarrotaron el local del molino con ollas, baldes, jarras, para comprar aquel polvo azul que mitigaba el hambre y sabía a cielo.

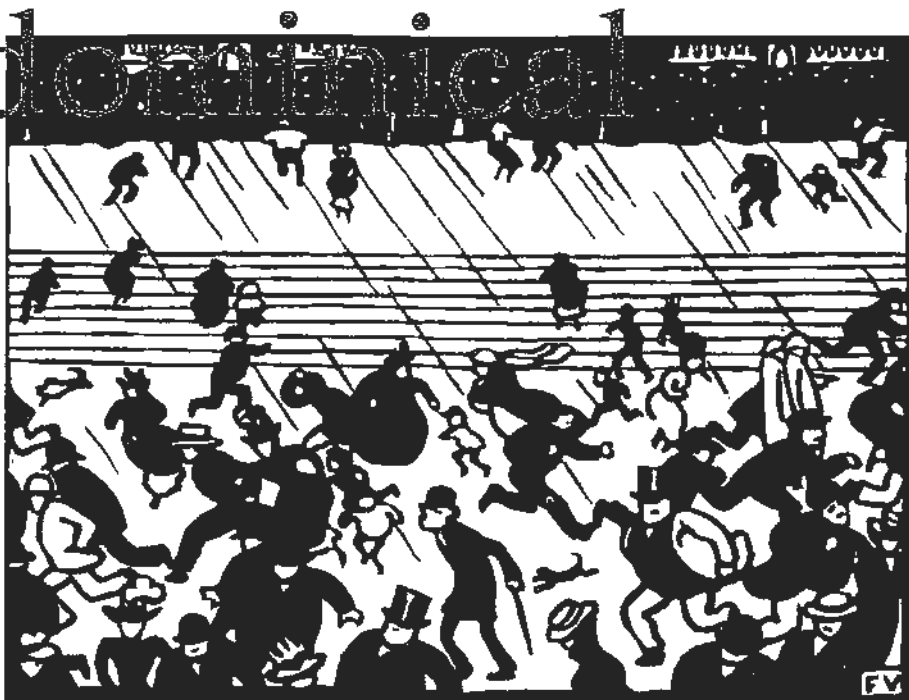
Pasaron los días y el hambre se olvidó, pero bastaban dos cucharadas de polvo servidas en un vaso de agua para preparar una bebida que devolvía al cuerpo la alegría y proporcionaba nuevos bríos para las tareas diarias.

Pero conforme pasaron los días, la gente empezó a tomar un color azul como el de la bebida. Al principio era una tenue tonalidad que sólo se veía contra la luz del sol, pero después todos quedaron completamente azules, del color del cielo, como si sus rostros hubieran sido ciucelados en piedra de turquesa.

Por eso en mi pueblo la gente es de color azul y tiene los ojos negros.

* Toluimán, Jalisco, 1951. Abogado de oficio; participó en talleres literarios con Edmundo Valadés.

Paseo dominical



Por los corredores del patio grande se desliza Amalia. A través de arcos de cantera se introduce a las habitaciones.

Mediodía. El momento apropiado. Los naranjos en el centro del patio languidecen y chupan su propio líquido, el que sobra luego que ha bebido un inclemente sol. La tierra roja y calcinante ha ahuyentado a los perros, que haraganean al amparo del zaguán.

La familia de Antimo, habitante del ala izquierda del patio, igual que la de Ginés, de la derecha, están fuera de la casa. El segundo patio y la huerta también han quedado solos, están fuera de la casa. El segundo patio y la huerta también han quedado solos.

“Maldito corazón”, se escucha a Cuco Sánchez desde el megáfono del cine, que anuncia mediante el rayado disco el inicio de la función, donde los niños y los jóvenes vivirán dos horas de balazos, palabrotas, canciones y encuerados. Sobre enclenques y astilladas sillas plegadizas aspiran el olor a creosota con que ha sido desinfectado el serrín del piso y se rascan la piel asediada por las pulgas.

Las mujeres, en el sitio que les corresponde: la iglesia, el mercado, el cementerio. Los viejos, apretujados en los bancos de la plaza, tratan de escuchar la marimba que afanosamente disputa en el quiosco central contra la música del cinematógrafo.

Amalia se sabe la causante de la prosperidad de la región. Medio siglo de comercio, dueña de cientos de hectáreas, el control de precios en la venta de granos, el foco de atención

de agricultores y políticos. Y la finca frente la plaza. Casó a sus hijos con las herederas de don Teopropio, a quien exigió una considerable dote y la renuncia de las nueras (en favor suyo, por supuesto) a todo derecho sobre las tierras de su padre.

Desde aquel momento entraron a formar parte del personal de servicio, aunque con categoría, pues se encargaban de supervisar la atención a sus maridos e hijos, pero con ciertas limitaciones. En el gran comedor se sentaba Amalia rodeada por sus hijos varones y sus dos yernos. Las mujeres (incluyendo a sus propias hijas) servían en silencio los platillos, las tortillas, las salsas, el postre y el agua fresca. En seguida pasaban a la cocina, donde vigilaban la alimentación de los dieciséis nietos de Amalia, y al final se sentaban a comer. Era el único momento en el que podían cambiar impresiones.

A veces pienso que mamá exagera —se había quejado Jaquelina—, no es justo que mi marido la acompañe a su mesa, si sabe bien las tranquizas que

me da, pero se hace la disimulada.

Lo que te hace falta es ser mejor cristiana —se santiguó Rosa—, ayer mismo nos decía el cura que debemos llevar nuestra cruz con resignación y se nos premiará. Fíjate en mí. Me ha tocado el mejor esposo y un magnífico padre.

Eso sí, de muchos hijos que no son tuyos, se burló Jaquelina.

No te permitiré calumniarlo, se levantó encolerizada.

Las cuñadas habían intervenido con rapidez, a fin de evitar que se golpearan las hermanas, lo que llamaría la atención de Amalia y estallaría en cólera. Ellas, por su parte, ni siquiera se atrevían a hablar de la situación, pues cualquier palabra o gesto en contra de la madre de sus esposos podría acarrearles desgracia.

Desde la desaparición de don Teopropio, pertenecían en cuerpo y alma a Amalia. “Una buena esposa debe planchar cuidadosamente la ropa de su marido”, les decía, cuando se dignaba dirigirles la palabra. “Tu mujer está usando ropa indecente,

debes obligarla a vestirse con discreción y usar colores serios”, ordenaba a Ginés.

Amalia, en el ritual del domingo, pasa revista al interior de la casa, abre roperos alcanforados y arroja las prendas que no están acomodadas en su lugar. Cuenta el dinero del arcón. Rompe los frascos de las conservas que no fueron cuidadosamente sellados. Pasa su índice sobre los objetos, dejando en el polvo su conocida huella.

En el segundo patio, en las casas de sus hijas, sobre las mesitas de noche, deposita novenarios y penitencias.

Pasa a la huerta abandonada y remueve los resacos tablonos que ocultan la vieja noria. Ahí se asegura de que los restos de don Teopropio sigan descomponiéndose. Un medio día como éste, en que la casa está sola, ella le había asestado un feroz palazo en la nuca y arrojó el cuerpo al negro agujero. “Viejo tacaño, conque querías deshacer lo pactado; conmigo no se juega”, repetía cada semana al mirar hacia el fondo en donde se iba pudriendo lo que antes fue su consuegro.

Satisfecha, cubre de nuevo la noria y se dispone a desaparecer.

Como todos los domingos por la tarde, regresarán todos los habitantes de la casona, después de haber derramado lágrimas y flores sobre la tumba de Amalia.

* Durango, 1947. Tomó parte en talleres de narrativa de la SOGEM Guadalajara; ha publicado en *El Informador* y en las revistas *Convivir* y *El Cuento*.

Narraciones de agua

La isla

FRANCISCO JAVIER IBARRA *

Una princesa siguió un rastro de agua en su jardín secreto. No se atrevió a tocar el líquido, debido a su infinita precaución. Tenía miedo de que el agua se rebelara y conquistara su reino. El hilillo de agua poseía una humedad en tonos esmeraldas y turquesas que seducía a la princesa. Ella avanzaba entre la niebla, fascinada y temblorosa, al comprobar que su castillo, a medida que continuaba andando, cada vez quedaba más lejos. La bruma aumentaba y apenas le dejaba vislumbrar el insignificante arroyo que tanto la cautivaba. Nunca había caminado en terrenos tan alejados de la sede de su reino entrañable, amado. Siguió durante todo un día y una noche el rastro de agua. Desfallecida, cuando iba a renunciar a la persecución, la princesa se maravilló ante el final del riachuelo. Desembocaba en un mar violáceo que ella desconocía. Abrazó el agua salada, se revolcó en la arena, felicísima, como quien ha encontrado su tesoro más anhelado. Hasta esa luminosa mañana se dio cuenta que vivía en una isla verde, silenciosa.

* Guadalajara, 1967. Diplomado en Lenguas Inglesas por la Universidad de Londres; sus textos han aparecido en *Trashumancia* y el suplemento *Armario* de *El Occidental*. En la actualidad, colaborador del diario *Siglo 21*.

Solía contarme largos cuentos antes de dormir, largos y amplios como blancas sábanas atadas al murmullo de aguas de verdad. -¿Cómo va el río?, la primera interrogante del día, de todos los días, después de que la más sedienta corriera a abrir la ventana. La clavija en una mano y en la otra la madera de opresión. Una hoja hacía el pecho y la brisa del río no hacía más que entumecerme. -¿Cómo va el río? Sabe cuántas y cuántas veces me interrogaban las voces adormiladas.

Tras las rejas, frotándome los ojos, como método adoptivo de credibilidad -nunca creía lo que estaba viendo-. El oído sordo después de contar tantas aguas en los sueños, era indicio de que los sentidos paulatinamente había que recuperarlos.

Al más leve movimiento de la mano para sujetar la clavija, la ligera camisola que rozaba los dedos de los pies dejaba enfriar mi "bajo vientre" en el fresco del cemento. -¿Cómo va el río? Decían que el río verde lo nutría, para mí era como no saberlo: no lo conocía, ni su descendencia. -¿Cómo amaneció el río? Fuerte, profundo, inmisericordioso.

Amanecer, para nosotras, era integrarnos a la casa, a la familia mediante el desayuno y previo rezo. Con la sed a medias y un té amargo. Con la sed a medias y la humedad rozando entre las piernas. Pero aquella mañana, ya no digamos de aguadales perdidos de cauce, sino con la humedad hasta el tuétano. La omnipotencia de la presa se había reducido a un oleaje más y nadie preguntó, como en años pasados, si los maderos y soldaduras de ropa

vieja resguardarían a sus espaldas el río.

Todo era gris. Habíamos olvidado que también el sol calienta el cuerpo, que las ranas y la tierra toman otro tono a su proyección. Todo era gris, pero visible. No había motivo para distorsionar las visiones.

Intentábamos almorzar, y nuestras miradas a través de aquella ventana que hacía cruz con el río, eran tan frecuentes como nuestro deseo, o tal vez nuestro reconocimiento al origen.

Si veíamos algo raro que arrasaba el río: apoyábamos un brazo al quicio de la ventana y nos desvanecíamos como el humo que negándose a salir por la chimenea se esparcía por cocina y comedor, regodeándose sin más remedio que desaparecer a las chispas de lluvia que ya lo preservaban.

Después de ver conducirse por la corriente algunos trozos de jacal, vacas o caballos que ya no hacían ni el más mínimo esfuerzo por buscar un asidero, regresábamos con cierta nostalgia de no conocer aquellos lugares de árboles tan grandes, haciendas tan prósperas de ganado tan fino, paraguas y ropa que sabe quién los llevaría algún día.

Aquella mañana durante el almuerzo, en el rescoldo más tibio, pero capaz de distender las tortillas de mi madre, aparecieron. Creía que era la primera en verlos, pero mi madre ya había salido a su encuentro. Ellos como tortugas recién salidas del cascarón, se dispersaban: mientras unos subían ya la cuesta empedrada, otro aún luchaba contra corriente, y otros

más, contra lodazal que llegaba hasta sus rodillas. Daban la impresión de venir de muy lejos, tal vez de alguna costa, por los harapos grises igual a su cuerpo, que se adherían sobre todo al tronco, dejando extremidades al descubierto. Su musculatura y movimiento en remanso me ofrecieron la posibilidad de pensar en pescadores en disertación a las propuestas de lo que debiera pescarse. Su paso sigiloso, tranquilo, pesado, entre tortuga y elefante. Su pensamiento pegado a la tierra, como atraídos; atraídos por las aguas a la deriva.

Me contaba cuentos cada vez más melancólicos: primero porque los funestos cantos con mezcla de llanto que ejecutaban por las noches, me dolían, y después, porque dejaron de oírse.

Se apaciguaron las lluvias y volvió el tiempo de estío. El río que reposaba a fuerza de anchas presas, contrastaba con el ansia de correr, o por lo menos de escapar por un "ojo de agua". Presa tras presa mantenían nuestra alma en vilo. Sujetos los maderos con nuestra más íntima ropa, ceñida a intersticios dolorosos en donde si acaso el agua se filtraba lentamente, no tardaba en evaporarse.

Quise por lo menos abrir los ojos, o jalar una bocanada de aire, pero un brazo fuerte y con ligeras escamas me sujetó, obligando a sumergirme en otros sueños.

* Jalostotitlán, Jalisco, 1961. Licenciada en Letras Hispanoamericanas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara; publicó en la revista *Simas* y *Cimas* núm. 3.



Cantar de sordomudos



Chapultepec. Calzada de Gandhi. Jardín con abedules. Desvié mis pasos, atraído por aquel grupito de gentes y me sumé a la insospechada asamblea: unas veinte personas, sentadas en semicírculo, tenían la mirada fija en una mujer de rostro intenso que gesticulaba delante de ellas; que movía sus manos como si tejiera una tela de ensueño. En realidad era un canto, la música inaudita del silencio, con el acompañamiento de los ojos, en la cuerda templada de los músculos, con el ritmo armonioso de suaves vibraciones que no penetraban por los oídos, pero que chocaban en las pupilas como la brisa que hace desbordar las aguas de un estanque.

En aquel festival de silencios era yo el único intruso, el único incapaz de descifrar el mensaje de los gestos vitales. El grupo de sordomudos estaba embelesado ante aquella declamación sin palabras, y coreaba con los ojos la actuación de la diva silenciosa. Era el momento culminante, el *crescendo* final de aquel poema inusitado que no logré comprender, aunque una red sutil, cautivadora, envolvía mi espíritu.

Me retiré sigilosamente, aprovechando el aplauso callado de pañuelos que se agitaban, y por el resto del día me obsesionó el deseo de advertirles a todos que no es el lenguaje de los sonidos lo que une y vivifica, sino el abrazo de las almas.

* Aguascalientes, Aguascalientes, 1941. Autor de *Sor Juana Inés de la Cruz, heroína del entendimiento* (Madrid: Historia 16/Qnorum, 1987). Desde hace tiempo vive en Guadalajara.

MARCO AURELIO LARIOS*

L
a



c
i
t
a

Ella no quería nada. Él la quería un poco. Se citaron en un parque por citarse nomás. Ella era bonita a pesar de sus feos zapatos rojos. Él tampoco un príncipe. Luego cada día una cita en sitios diferentes. Ella no dice nunca donde vive. Él sólo su nombre. Ella que los besos dulces. Él por puro placer. Dependían de la cita. Si uno desesperaba en esperar, si a otro se le hacía tarde. Si ella porque la niña, los camiones, la media se rompió, esperé a que amainara la lluvia; si él no llega a tiempo, han pasado treinta minutos, doy una vuelta y regreso, compro enfrente el periódico; si ella me encontró a Fulanito, había en una

vidriera unos zapatos lindísimos, se descompuso el camión, no tenía dinero para el taxi; si él dice ya estuvo bueno, si uno piensa hoy no voy. Pero siempre llegaban a la cita en el sitio diferente. Dependían de un no escuché bien la hora, qué no era en la esquina de la farmacia, mi mamá se enfermó. O de las copas estaban sabrosísimas, deja que termine el juego, ya es la hora pero puede esperar. La cita era el cordón umbilical. Así nomás para inventarse cada día, por jugarle al destino a que no viene hoy, a que sí llegó, o simplemente

por ver qué pasa hoy, ¿vendrá esta vez? Finalmente nadie quería a nadie pero sí demostrar que puedo. A que no me quieres, a ver del uno al diez, ¿cinco? No, tres. ¿Y hoy cuánto? ¿Ya cinco? No, cuatro. Así estaban. Diario con sus feos zapatos rojos, pero al príncipe, que no lo era, pues no le importaba. Después de todo llegó, o bien, después de todo aquí estoy. Así era la vida: una cita, una equivocación, un fastidio, una llegada tarde y ya no estás, un mejor número dos, o uno, o cero. Porque puede ser siempre un desconocido, un invento del demonio, una ilusión. Porque a pesar de la lluvia el aire se respira, o la tarde creció demasiado. Uno no sabe, el amor renueva los objetos. Ayer la cita era aquí mismo, mañana que no era el sitio allí como antier. Tú no sabes qué sucede, hasta que de pronto ella no llega más, y él, bueno, la quería un poco realmente, y ella no quería nada, pues.

* Guadalajara, 1959. Doctorando por la Universidad de Viena, Austria; autor de *La música y otras razones para contar* (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1994).

Sueño que te sueño

ELSA LEVY*

Es de noche, los rayos de la luna traspasan la ventana, deshacen la negrura. Me veo ahí, dormida y huérfana; mi cabeza encima de la almohada, el cuerpo laxo y un hueco entre las manos. Mi respiración se aletarga minuciosa, mis párpados resbalan por el tobogán del sueño. /¡Despierta, Anaís!, te prometiste no volver a soñarlo./ Así será. No está en mis pensamientos, no vive en mis sueños. / ¡Cúmplole!, él destruyó vuestro amor./ Fue una ofrenda abrazada en un ara de miedos y ataduras. / Que tú no conocías y necesitaste descubrir para entender su abandono. / Hiedras trepadoras cubren mi corazón, ahora soy fuerte, no más llantos, no búsquedas, soy irrompible. / Anaís, ¡cuidado!, el corazón es más poderoso que el orgullo. / Orgullo, ¿qué es el orgullo? Orguullo... qué ess el... or...gu...lloo...

Sueño que mi sueño ha comenzado. Te sueño, Gamaliel. Te encuentro una vez más pegado a mi costado. Sólo mi cuerpo y tú. Sólo tus manos. Mi respiración enredada con tu lengua. Sueño que mi sueño y tu sueño oscilan juntos, callados. Un espejo. Cuatro flamas. La penumbra enciende transparencia en los pétalos rojos de las rosas. Te sueño, Gamaliel. Te sueño atado, esclavo prisionero de brazos y de piernas, mis brazos y mis piernas. Hundiéndote, resurgiendo, cabalgando. Te sueño escultura, hombre perfecto, cincelado por mis labios.

¡Despierta, Anaís!./ has fracasado./ Mientes./ Lo has soñado./ Eso es falso, veo mi rostro encima de la almohada; mi cuerpo laxo y un hueco entre mis manos. Sueño que me veo dormir, sueño que mi sueño está a punto de romperse. Sólo ha sido un sueño de mi sueño. Sigo siendo indestructible.



La llama doble del rey

LUIS MEDINA GUTIÉRREZ *

Amanece y el silencio levanta su campamento de sombras para desnudar el color de tu mujer. Acercas tu oído y su respiración es la brisa suave del

sueño. Vive. Los dioses la vistieron en tu cuerpo, su saliva hace espuma con la tuya.

Ella que brotó del cascarón de la roca, con la sangre y la ambrosía, con el árbol que da su flor al pico de un colibrí. La mujer del nicho oscuro en que brotarán los hombres formados por una constelación en la profundidad de un lago.

¿Y qué fue mejor para ti, rey de Chipre?

La imagen de la adoración, la mujer de ojos invidentes y bocas burdamente selladas, que platicaba con las ollas, los bancos y las plantas. A la que podías hablar sin que interrumpiera tus palabras, tus miradas y tus caricias. La mujer muerta que respira en tus pulmones, libre de las perversidades de la mujer. Así como el hombre venera a su Dios y espera para siempre.

O la piedra que rueda, se yergue y toma vida: mujer de calor, fragancia y descomposición; con su mirada de pantera, con la melodía de su andar sobre la tierra. Ataviada de colores, como la ventana abierta que da al campo, con el aviario desatado en la colina de su sombra. Apagando con su fuego las llamas de tu pecho, hasta que la madera del bosque repose su sueño de ceniza en la noche.

Hoy la veo levantarse por el lado izquierdo de la cama, ella que fue hecha de una costilla de la tierra y no de un hombre, con la gota de tu sudor, el humo de la chimenea y la salutación del árbol; su halo circular empaña el espejo; el río del aire es desviado por sus brazos; sus muñecas mordidas por pulseras de oro; la fuente entrando por sus ojos, sus manos tocando la cítara del agua.

Todo lo que vive se acerca a ella: mujer que anda, mujer de tierra, mujer de Pigmalión.

* Colima, Colima, 1941. Incluida en la compilación *Poesía peregrina* (Guadalajara: La Luciérnaga Editores, 1994).

* Guadalajara, 1962. Premio Nacional de Poesía Elías Nandino (1989) y Premio Nacional de Poesía Ramón López Velarde (1994).

¡Bolita, por favor!

¡Bolita, por favor!

¿Cuántas veces, sin pensarlo, sin importar que tus zapatos limpios (que hoy los boleaste porque tenías una cita de trabajo) se ensucien, te vale, y corres tras la pelota que un grupo de niños lanzó fuera de la cancha, para regresarla con una soberbia patada que echas fuera del campo de juego por el lado opuesto, y te queda una gran satisfacción de poder demostrar tus todavía virtudes futbolísticas?

Y te vas recordando con una media sonrisa de cuando eras el portero de la cuadra y nadie te metía ningún gol. Bueno, al menos así te gusta recordarlo. Ahora tienes que correr porque ahí viene el camión y tú ya te mueres de hambre. Después de diez cuadras y un montón de apretones y empujones logras conseguir un asiento, a pesar de que disimulas no ver a la mujer mal encarada que se te queda viendo con ojos de odio y un niño de cinco años en brazos.

Mientras tú, para disimular, volteas con tu compañero de asiento que va leyendo el periódico; te concentras en las noticias: Zedillo dice que la vamos a hacer; Hacienda dice que el 15% de IVA; aumento en los energéticos, gasolina, luz, teléfono y demás. Después de un largo suspiro, te das cuenta que ya estás sobre la cuadra en que te tienes que apeaar.

Con un brinco felino alcanzas la puerta, no sin antes el consabido “¡bajan chófer!”. Volteas de reojo al ir descendiendo para comprobar que el forcejeo que dejas en el camión es con la señora del niño y un muchacho con la cara llena de barro que le está ganando la batalla, un vez más, por el asiento que acabas de dejar libre.

¡Culero!, te bajas pensando. ¡Qué gandaya!

Ya con la llave en la cerradura de tu casa, escuchas a través de la puerta una gritería descomunal. Niños.

¡Quiobo!, ¿qué traen?, sálganse a jugar afuera. Martha, ¿qué onda?, vengo bien cansado, ¿no puedo tener un poco de tranquilidad en mi casa? ¡Fregado!

Niños, sálganse, que su papá viene muy cansado y no estén jugando pelota dentro de la casa, ¿no ven que me van a romper algo?

Y así transcurre tu día entre broncas, gastos, gritos y niños.

Papá, ¿me ayudas a hacer la tarea?

¿Cómo?!, ¿todavía no has hecho la tarea? No, hazla tú solo, que para eso te compré la enciclopedia que me costó recara. Con ustedes no se puede, ándale, terminala, cómete tus “con fleis” y ya váyanse a dormir, ¿no ven que estoy muy cansado y tengo muchas broncas?

Son las doce de la noche y no puedes dormir. ¡Qué broncas, y yo sin chamba! Escuchas el rítmico respirar de tu mujer y la abrazas esperando alguna respuesta de su parte, para sólo encontrarte con un estirón de cobijas de parte de ella, que te deja medio destapado y sientes mucho frío.

Tengo que arreglar esa pinche ventana –suspiras–. Después de un rato de forcejear con ella para que te ceda un trocito de cobija, desistes y mejor te levantas al baño; sin cobijas y con tanto frío no tienes otra alternativa. Te levantas sin encender la luz para no despertarla, pero casi inmediatamente te arrepientes, porque te acabas de dar un fregadazo en el dedo chiquito del pie con una de las patas de la cama.

Maldices.

Martha, en la cama, masculla algo. Tú le dices que no pasó nada. Duérmete, hombre.

Ya de regreso del baño, pasas por el cuarto de los niños, entras para cobijarlos, ya que sus mantas están en el suelo y duermen bien pegaditos abrazados uno al otro y acurrucados. Los cubres y tocas sus cabecitas, al

momento recuerdas que, hoy en la tarde, Raúl el mayor te pidió que le ayudaras con la tarea –no le ha ido bien en la escuela, va en tercer año y todo mundo dice que es el más difícil, el tercero– y casi al instante te arrepientes. Lo besas en el pelo y le prometes en silencio que la próxima vez lo harás, te quedas un largo rato mirándolo y pensando que ya hace mucho tiempo que no juegas con él, ni le hablas, ni lo escuchas, a pesar de saber que él piensa que tú eres capaz de ganarle a los “Súper Campeones” en el fútbol, porque cuando tú eras chico eras el mejor portero de la cuadra, nadie te metía ningún gol; tú se lo contaste el otro día. Te prometes que vas a convivir más tiempo con él.

Finalmente, ya en tu cama, te logras dormir con una sonrisa en los labios.

Al día siguiente, son las siete de la mañana, no te tienes que levantar temprano, puesto que la cita de trabajo que concertaste ayer para hoy es hasta las doce de medio día. Pero te despierta el llanto de Raúl, angustiado porque no hizo la tarea y la maestra lo va a regañar.

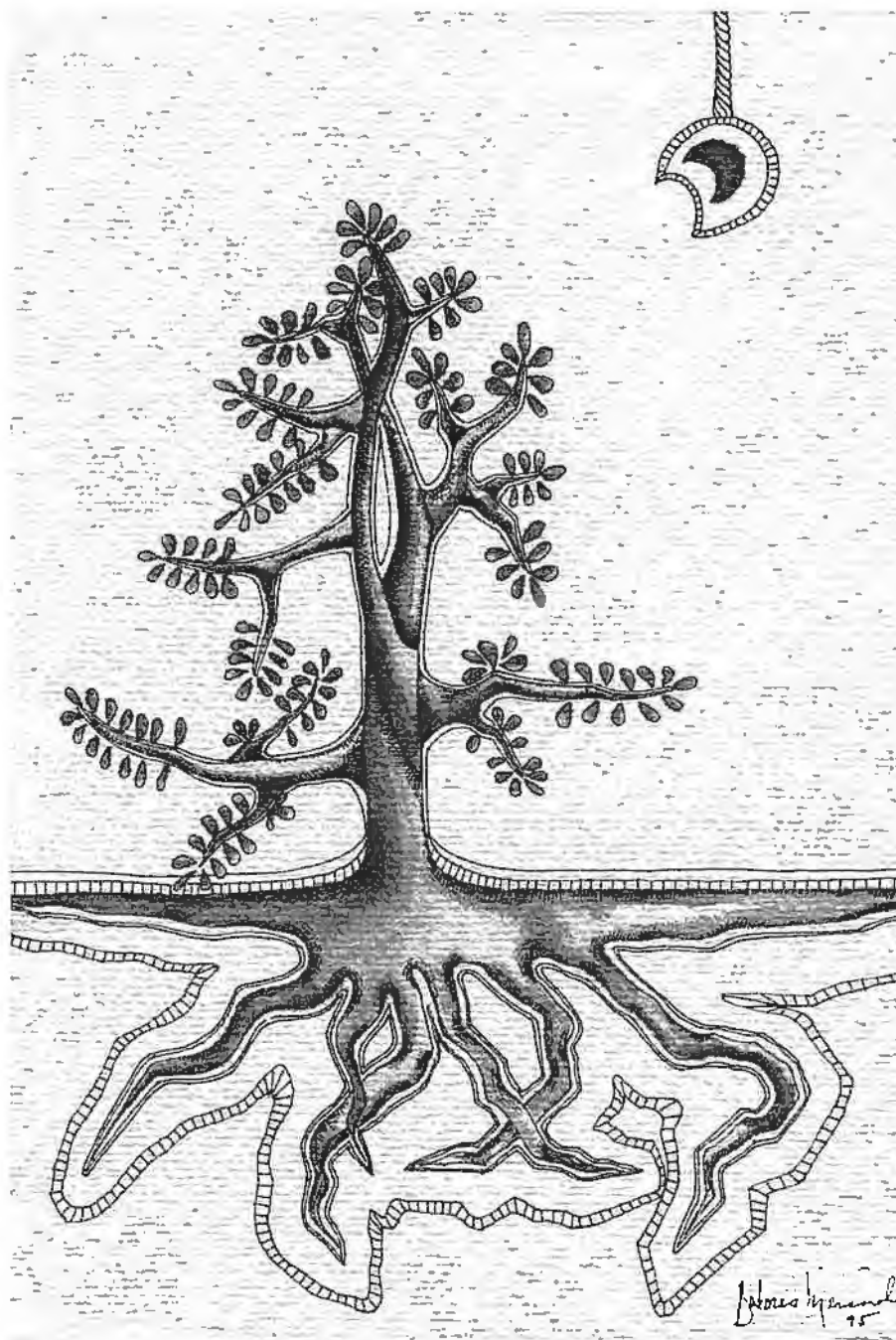
¡¡Marthaaaaa!!, ¿qué no puedes callar a ese muchacho?, ¿qué no ves que estoy muy cansado? Anoche no pude dormir nada con tantos problemas. ¡Carajo!

* Nogales, Sonora, 1961. Diseñadora videográfica; ha publicado en *Agora*, suplemento cultural del *Diario de Colima*.

Juntos

GODOFREDO OLIVARES *

Los cinco la sacan de su sombrío escondite. Palpan su cuerpo acerado, su frialdad los estremece. Uno de ellos destraba el seguro opresor. Juntos la suben ladeándola a la derecha y atrás, encuentran el apoyo certero. Vacilan con temblor. El segundo de la mano sentencia la fuga. Un rugido atruena el silencio. Al sucumbir, los cinco concurren en la unión permanente del puño.



* Morelia, Michoacán, 1957. Escribe en revistas y periódicos locales, radica en Guadalajara desde 1979.

Aparición

HILDA MORÁN *

Ahora ya no espero la complicidad de la noche para volver a existir...

Después de todo, sólo hay una aparición que habitó el sueño de los hombres, con el loco anhelo de que su abrazo me convirtiera en mujer...

* Guadalajara, 1950. Periodista cultural, autora de *Al fin y al cabo es la muerte* (edición de autor, 1987), *Itinerante. Crónicas de la cultura* (Guadalajara: Ágata, 1991) y *Eros y Ulises* (Guadalajara: Ágata, 1992).

El forastero

Al llegar al pueblo se alojó lo mejor que pudo. Alquiló una habitación en el único hotel. Ya instalado, pidió al encargado un directorio telefónico, lo que no pudo ser posible.

Hay tan pocos teléfonos en este lugar, que no ha sido necesario que la compañía imprima uno -le dijo el encargado. Luego agregó: "Puedo decírselos de memoria, si quiere".

Ante la negativa del forastero, el hombrecillo se retiró, no sin antes echar un vistazo al equipaje abierto.

Ya solo, se recostó en la cama; miró, por el cristal de la ventana, un rayo de luz que entraba. En seguida, de la maleta, sacó un fajo de hojas con inscripciones caligráficas, y una fotografía. Miró por largo rato la parda imagen de un hombre y una mujer. Podían distinguirse al fondo los desvaídos edificios, y una antigua casona donde el jardín era una pequeña selva. Alargó el brazo y alcanzó una botella con estuche ornamentado en plata. La destapó y dio un largo trago. Arrugó el rostro, se limpió con el dorso de la mano la boca. Volvió a mirar la fotografía. Después cerró los ojos y se quedó dormido.

Ya era de noche cuando despertó. Se levantó y pudo constatar en su reloj, puesto en el buró, la hora.

Las siete -dijo. Fue al baño y peinó su cabellera. Salió, dejó la llave en la administración y se encaminó a la calle. Caminó por los portales, se distrajo en las tiendas. La gente todavía hacía sus compras. Miró a todos sin detenerse a observar su rostro. Por su parte, los moradores lo veían con recelo, no era usual que un extraño visitara el pueblo. No en tiempo normal, cuando no se celebraba ninguna fiesta.

Después, se dirigió hacia las afueras. Buscó el lugar donde, le habían dicho, estaban las cantinas. Entró a una de las tres que estaban abiertas. Pidió una botella de whisky. Extrajo del bolsillo del saco la fotografía; y, conforme bebía, se dedicó a mirarla profundamente.

A las doce del día, como le había pedido al encargado del hotel, fue despertado. Al escuchar los toquidos, se levantó y abrió la puerta; descubrió que el hombre no era el mismo que el de la tarde anterior.

Encontré un recado en su casillero con las instrucciones de despertarlo a esta hora -dijo. También le compré un ejemplar del semanario del pueblo, ya lo cargué a su cuenta.

El forastero, conforme el hombre se alejaba por el pasillo, cerró la puerta. Buscó en su maleta la botella; no la encontró.

¡Malditos ladrones! -dijo. Y hurgó en las páginas del dominical. Leyó, con una gran sonrisa, un encabezado:

ANOCHÉ, EN LA INTIMIDAD DE SU RECÁMARA, FUERON ASESINADOS LOS RECIÉN CASADOS...

Escudriñó la nota plena en detalles. Volvió a sonreír. Guardó el periódico en la maleta. Intentó encontrar la botella, y recordó la mirada del primer hombre.

¡Malditos ladrones! -refunfuñó. Se apresuró a recoger sus pertenencias.

¡Ladrones! -repitió.

Alcanzó a mirar las hojas del periódico; dijo para sí: "El trabajo está terminado".

Salió de la habitación. Entre las cobijas brilló una punta del estuche de la botella.



Jardín de amapolas

Se acercó al pueblo como una aparición. Tenía los labios rotos por la sed y la fatiga; un trapo rojo le ceñía la cabeza, acosado siempre de una migraña implacable. De cerca lo seguía una mula vieja y sarnosa, que tenía la virtud de hacer llorar a la gente con sus ojos de desamparo. Del costillar pendían dos baúles inmensos, apolillados por el tiempo.

Rosario se asomó al pozo. Escuchó el ruido del bote al caer por las profundidades y el rechinado del malacate.

Dame un jarro de agua, mujer -dijo una voz mansa a sus espaldas.

Ella lo vio entonces. Aquella tristeza profundísima en sus ojos, y en su cabeza, un paliacate rojo apretado. Se quedó quieta; no sabía si llorar o reír. Se llamaba Joaquín, dijo, atragantándose con el agua. Venía de muy lejos, de un pueblo de tierra colorada y áspera donde, según le platicó, la gente es mansa como una vaca, y todos los atardeceres salen a las calles empedradas con equipales de esparto para contarse historias fantásticas.

Rosario quedó hechizada con los cuentos de aquel hombre casi niño, que además le mostraba pequeñas maravillas que sustraía de un baúl enfermo de polillas: un pedazo de nube azul que le puso entre las manos para que sintiera la textura del cielo, o una extraña cajita que, al ser frotada, dejaba escapar cantos como de iglesias antiguas.

Atravesaron juntos el inmenso jardín de amapolas, seguidos por un séquito de gallinas silenciosas. Rosario tomó de una pileta de cantera una goma color vino y le ofreció un poco. Joaquín masticó lentamente aquel sabor dulce de miel, y la imaginación ardió, como avivada por una leña madura.

Es el espíritu de la amapola -dijo Rosario.

En ese instante escuchó los centzontles cantar sus cosas de agua. Llegaron a un zaguán de tierra apisonada y techo de carrizo, después, un olor a frijoles recién hechos saturó el recinto. Una mujer grande les daba la espalda, mostrando dos trenzas impecables y canosas.

¿Quién es el muchacho, Rosario? -dijo la madre, sin voltear siquiera, entretenida con la leña y el fogón.

Con manos callosas llenó una tortilla con frijoles de la olla: le ofreció además agua fresca de arrayán. Joaquín se arrimó a la mujer que exhalaba olores tiernos y se acordó de su madre. Dos lágrimas gordas cayeron al piso.

El se quedó por su propio gusto. Se despertaba temprano con los hombres de la casa. Levantaban los bueyes adormilados para ponerles el yugo, removían entonces aquella tierra buena y fértil, que recibía con gusto las semillas que brotaban con abundancia de entre sus manos. Estaría en paz como un año, con su mirada triste y su paliacate ceñido, hasta que un hambre de mundo le mordió las sienas. Se despidió sin preámbulos, con una sonrisa dura que le quemaba la cara por el dolor.

El pueblo volvió a ser el mismo; la gente se dejaba enredar por la maraña de los días, y los más viejos eran arrastrados a las alturas por los remolinos de tierra colorada. Así pasaron los años, hasta su regreso.

Volvió por el mismo camino de la otra vez, con la piel curtida por el sol y las yerbas espinosas. Una barba enjuta de predicador le cubría el rostro. Cuando vimos su paliacate ceñido, nos dimos cuenta. Era Joaquín, no cabía duda. El espíritu se llenó de gozo y de asombro al mismo tiempo, porque detrás de sí marchaba una muchedumbre nunca vista: hombres extraños, de pieles oscuras como el hollín, siete tigres de Bengala, que relucían bajo aquel sol penetrante y áspero. Rosario lo vio venir bajo la sombra de las amapolas, en un estado de gracia que hacía vibrar las hojas del aguacate.

Por la noche tomaron chocolate, en medio de una algarabía casi bíblica. Juntaron ramas secas al centro del patio y les prendieron fuego. A la luz de la luna, las gitanas contaban los secretos magníficos de la baraja; Aquiles el grande arrancaba sin difi-

cultad los frutos de los árboles más altos. Joaquín contaba, entre otras cosas, el estado en el que había encontrado a una extraña mujer que sufría el castigo de sus padres por haber visto lo que no debía. Encerrada en un chiquero, se alimentaba tan sólo de algunas sobras de nixtamal que le arrojaban algunas almas caritativas. La historia hizo llorar a los enanos, que se congregaron a escuchar esa tragedia inhumana, mientras veían de reojo la fealdad de aquella araña gigantesca con cabeza de mujer.

La alegría del regreso peregrinaba de boca en boca, con un fermento descubierto por los ermitaños: abrasaba la lengua pero refrescaba el alma. Joaquín la llamaba "el agua de la vida". Rosario entró en un trance desconocido. Brotó la risa entonces. Una brisa fresca le acarició la cara, mientras un circo entero improvisaba su trabajo inverosímil.

* Arandas, 1967. Médico de profesión, publicó en *Revista Universidad de Guadalajara* en 1993.



El túnel

El abismo está frente a mí. Desde hace tiempo tomó la forma de túnel. En él transito desde hace tres años. Algunas veces olvido la existencia de otros espacios ajenos a este universo de curvas y altas velocidades. Las voces ausentes de rostros, las palabras abandonadas en cada estación, provocan un espacio en donde habita tu silencio.

Fui el discípulo fiel que anotó en un póstumo evangelario el matiz oblicuo de tu mirada perdida a través de la ventana, en la nocturna profundidad de este artificio humano. Desde mi asiento de conductor, un día comencé a notar tu presencia. Ignoro el momento en que te volviste imprescindible a mi camino.

Mi senda nunca varía, sólo la dirección se invierte. A veces pienso que soy como el pequeño dios que conduce en sus rutas a los hombres. Soy el guía puntual de sus destinos. Y aunque éstos varíen en cada estación, todos coinciden en un solo punto: en mí. Bueno, en realidad no en mí, sino en este artefacto mecánico que llaman metro. Sin embargo, él no ha venido a formar parte de mi cuerpo y de mi mente; soy yo, tal vez, quien se integró a la unidad metálica de su estructura. Desde hace tiempo comprendí que todo mi ser ha llegado a formar un ente único con el metro. Cuando estoy solo, lejos de él, me siento incompleto.

No sé cuándo comencé a esperar tu llegada cada mañana. Te observaba cuando ocupabas, casi siempre, el mismo lugar a la ventana. Allí te acurrucabas. Parecías esperar que del asiento brotara una caricia tenue y profunda. Y te veía desde la cabina hundir tu mirada en el nocturno vuelo del breve viaje.

Un amigo me contó que había asistido a la exhibición de un película, en la que comparaban un automóvil con una nave espacial a partir de la definición de una idea del tiempo, que él no entendió. Tal vez yo sí la comprendí. Acaso fuiste tú, sin saberlo, quien me mostró esa filosofía: aclarando que soy parte del metro, viajo a través del tiempo. Siempre voy hacia delante. Mi nave nunca retrocede. En una o en otra dirección, siempre viajo hacia el futuro. Corro tras de él. Cada estación, cada imagen que se esfuma en un instante, constituyen el rostro etéreo del presente. Todos los seres que ingresan en mí y descienden en distintas estaciones, se esfuman como los últimos jirones de un instante pasajero.

Y tú, aún estás en ese rincón, en ese espacio ocupado por otros tantos seres, antes o después que tú descendieras en la séptima estación. Allí tu rostro se perdía entre otros rostros sin edad y sin tiempo. Después de que partías, las horas se volvían largas y frágiles.

Tu rostro tenía la gracia de otro tiempo en la línea del perfil que mi espejo retrovisor capturaba. Tu silencio era tan hondo, tal vez, como tu pasado. Cuántas mañanas te contemplé aferrándote a él. Te sentabas en

sentido inverso de mi dirección. Entonces, tu mirada corría tras las imágenes en fuga. Tu cabeza se apoyaba con mayor intensidad en la ventana, cuando entrábamos en la oscuridad del túnel, para luego alcanzar la claridad de otra estación.

Ahora sólo vuelves a mí en la memoria desnuda del momento. Me vuelves en el grito hiriente de una petición cumplida. Hoy que ya no estás, te siento más próxima al cristal de la ventana. Porque hasta ella se vistió con tu recuerdo. Desde hace meses te miro en cada rostro. Tu silencio me visita cuando los otros pasajeros reposan sus pensamientos en la ventana.

No importa quién fue el culpable. Algunas personas me acusan, otras condenan tu acción bajo el eco de las naves de una iglesia. Otros señalan como responsables, al mundo, a la época, al rostro agreste de la gran ciudad... "Tuvo tiempo para frenar, lo tuvo", escuché a un guardia decir en la oficina. Eso dicen a mis espaldas.

Sí, tuve tiempo. Pero para tomar con fuerza tus palabras apretujadas en mi mano derecha (entre mi piel y las palancas de mando) al verte allí, en el andén, sabiendo que no ingresarías esa mañana en la intimidad de mi vagón, ni en la aparente seguridad del asiento junto a la ventana.

Tengo ante mí el silencioso misterio de tus ojos tristes y el golpe repentino de tus rizos en el parabrisas del metro.

Imagino el eco de tu voz que nunca escuché, leyéndome la carta de sobre azul que depositaste en la séptima estación y que me entregaron al iniciar mi turno, un día antes de tu partida: "Ayúdame a llegar a mi destino"... ¿Cómo negarme a la única petición que me hiciste?

Hasta esa mañana supe tu nombre. Hoy lo he comenzado a olvidar. Tu rostro se torna ausente. Sólo el nardo de tu piel se dibuja en el parabrisas. Sigo en pos de ti. Sé que llegaste a tu destino. Cuando desciendo en la profundidad oscura del túnel, cada estación se torna en promesa de un resplandor momentáneo. Sin embargo, el destello que ilumina mi alma habita en el espacio interior que observo a través del espejo retrovisor. Te busco en los asientos ocupados por otras personas. Estás allí junto a la ventana y en el andén de la séptima estación que me precipita a tu recuerdo.

Me enseñaste a salvar el abismo del tiempo. Sé lo que hay al final de este túnel. El verdadero viaje se iniciará cuando recobre tus pasos y me abrace a las lejanías que habitan dentro de mí. Allí está la eternidad.

Sí. Yo sé que observas. Percibo tu mirada en el breve espacio del espejo retrovisor en que se aloja tu mirada. ¿Acaso no comprendes mis palabras? Tal vez tú puedas ayudarme. Tengo una carta para ti. No me atrevo a entregártela.

Tal vez hoy la deje en la séptima estación... Quizá mañana.



Alimentad toda esperanza

SILVIA QUEZADA*

La ciudad devastada. Ni un solo muro en pie. La primera tarea (en recuerdo de lo grandioso) fue levantar una muralla de mil puertas: a cada una se le colocó un letrero y un hombre, un sanpedro terrenal capaz de discernir lo auténtico. Los mil oficios ya no eran perceptibles en las míseras vestiduras de los sobrevivientes, había que agruparse, reiniciar las minúsculas ciudades que conformaban la polis.

Frente a la puerta médica se reunieron los más: sabios y charlatanes entre los que era difícil decidir a quién dejar entrar y a quién impedirselo.

El portero de la ley no sabía cómo manejar la balanza que tenía como adminículo... envidiaba al censor de la puerta de los carpinteros, porque allí los olorosos a pino y a caoba guardaban con nobleza sus pases de entrada.

Los contadores dieron la noticia: el problema más grave se dio cita a la puerta de la poesía: los inéditos se formaban para la evaluación, pero los ya editados, preguntaban por otras puertas posibles, en aras de una originalidad individual que no admitía las mezclas. Muchos lamentaban la pérdida de sus libros foliados, y los mayormente ansiosos, llevaban como prueba un equipaje verbal de unos quince minutos, argumentando que era ese el tiempo justo que un lector tardaba en leer alguno de sus libros de poesía: panes multiplicados que algún gran poeta había amasado en cada lector.

Trascendió que 999 porteros cumplieron a satisfacción con su trabajo.

* Guadalajara, 1957. Estudiante del doctorado en Letras por la Universidad de Guadalajara; autora de cuatro libros sobre fomento de la lectura. Sus cuentos han aparecido en diversos periódicos y revistas nacionales.

Suicidio

CÉSAR A. RAMÍREZ FREGOSO*

Cuando tiró del agua no se percató de todo lo que había adentro, sumergido. Despertó con un grito suyo. Un grito doloroso y angustiado. Pasó todo el día intentando recordar qué era, qué había sido, pero no fue hasta la noche que se reconoció como un ahogado. Un pestilente, empapado y cadavérico ahogado.

* Guadalajara, 1970. Pasante de la carrera de Derecho, Universidad de Guadalajara; profesor en el nivel medio superior.



Carta de navegación

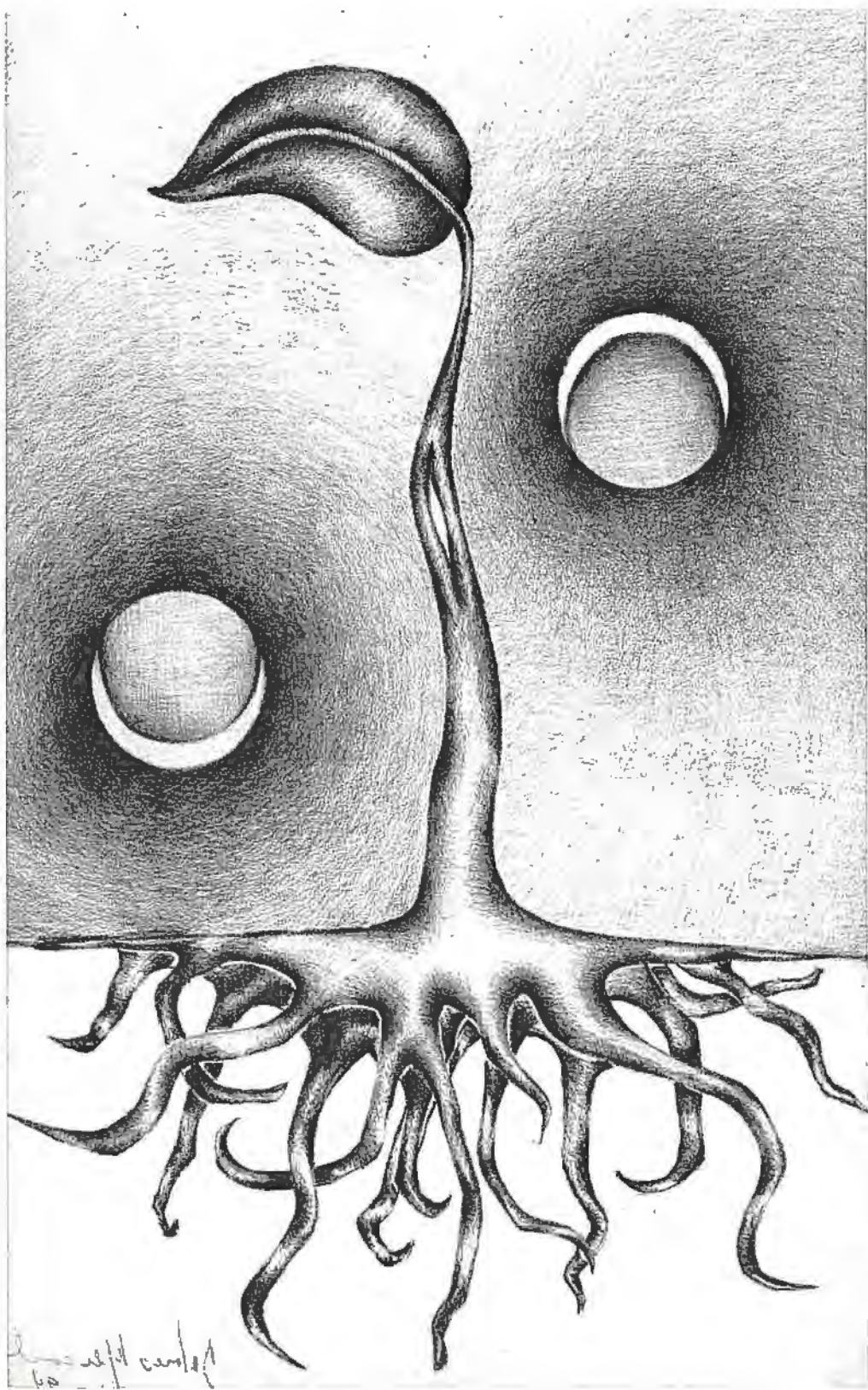
TERESA RIGGEN *

Cuando no hubo más citas con él, ella apuntó la fecha con lápiz en el mismo cuaderno en donde antes había anotado con rojo la hora y el lugar en que lo conoció. Ahí quedó escrita en tinta azul la ternura con que le tomó la mano por primera vez. Para el relato de su primera escapada al mar, eligió un tono más oscuro. Las palabras: "¡Qué suerte perderse, contigo, muchacha!", que él una vez pronunciara tomándola de los hombros, quedaron asentadas en los papeles de la que ya no era muchacha, precisamente por eso.

El nombre de la mujer por la que él había salido de su sextante, lo escribió con un canutero antiguo, de punta tan áspera como el nombre.

Al enterarse que se mudaría a otro país, ella se sobresaltó: "¿cómo?, ¿apenas?". En su carta de navegación había registrado desde hacía mucho tiempo, con plumón grueso y tinta negra, el destino del hombre al que había amado. El lugar era el mismo: la Conchinchina, sólo que las fechas no coincidían y eso sí le pareció extraño.

En la brújula, la aguja se mantenía en equilibrio, como siempre lo había estado cualquiera que fuese la marea, y se sintió tranquila.



* Ciudad de México, 1942. Ha hecho poesía, especialista en haí ku, y traducción. Publicó *Más allá de la aurora* (México: UNAM, col. Ala del Tigre, 1992), poemas.

Entre cuentos anda el cuento

Una

VOZ

ALEJANDRINA TORRES*

Caminaba de prisa, tan insignificante su presencia entre la gente. Un aire de inexistencia perseguía sus pasos; la mirada cautiva en algún lugar oculto, hablaba de una circunstancia indecible. Alguien al escucharlo dijo que su voz era la del miedo.

Cuando me habló, me paralicé, sus palabras llenaron todos mis espacios. La luz empezó a filtrarse en su cabello, en todo su cuerpo hasta volverlo transparente. Quise huir.

Entonces me di cuenta...
Llevaba tanto tiempo muerto.

* Ciudad Guzmán, 1969. Autora del libro de poesía *De brevedad y acercamiento* (Guadalajara: Mala Estrella, 1995).

Cuentas que no te gusta que te cuenten cuentos; leerlos, ¡Dios cuente la hora!, que son sedantes para niños insomnes. Cuentos de viejas. Cuentos chinos. De vaqueros. En todo cuento, ése es el cuento porque a la hora de hora: ablucción/defecación, cuando todos los cuerpos son pardos, una recóndita partícula-fónica/molécula-nigérrima revela a tus oídos y a tus ojos la vigilia del cuento, su sexualidad y que ni los orientales ni el *western* tienen derechos de exclusividad. Entonces traes a cuento el cuento y a fin de cuentas no cuentan tus opiniones sobre el cuento: puro cuento.

Con el corazón en el oído suplicarás a todos los Eustaquios. Buscarás hasta en la última trompa, pero no encontrarás el sonido.

“Háblame nana cuentera, homera espantainsomnios”, pides, entonces a su lengua se le sueltan los recuerdos.

Sacas el libro encierravoces de entre tu costado y tu camisa, lo abres y te das cuenta de que tiene el gatzate torcido y la lengua en la panza del gato. Aguzas las pupilas pero el rabillo del ojo te revela un hilo lechoso que se desliza hacia la izquierda entre los contornos de cada

letra. Tú te arrastras por la derecha, aferrado a la negra voz, negando comas y puntos que pueden envolverte en el sigilio. Huyes del níveo silencio que recupera poco a poco el papel. Empleas una estrategia scherezadiana para que la historia no se te acabe: no mueves la cabeza, mueves el libro. Cuidas que en tu perspectiva sólo quepa una página y no dos: echas hasta atrás cada hoja de modo que el anverso de la recién leída coincida con su precedente para que así, como en un movimiento circular, al final suceda inmediatamente el principio y la lectura se prolongue hasta el infinito (A_1). Hay un punto donde se encuentran tu carrera y la trayectoria que va desdibujando el sonido.

Descansas el libro en tus rodillas y con el corazón en los ojos suplicarás a todas las niñas. Buscarás hasta en la última pupila, pero no encontrarás la figura. “Escribe escritor, viblioteca-ndo tinta a tinta” insistes, entonces a su manó se le suelta la lengua y deja escurrir su voz entre los dedos.

Colocas el papel a trasluz y cierras los ojos para leer mejor. Dejas que las sensaciones te invadan. Tus

d2 (1, índice; 2, pulgar) están húmedos. Tienes las yemas como nueces sin cáscaras. Empuñas la mano para exprimirlas y un chorrillo se detiene en el muslo de tu pierna. Te brota una escama, luego otra y otra y abracadabra: una cola pecesamente larga. Sabes que esa agua no sólo es la saliva con la que untaste tus dedos para facilitar el volteo de las hojas porque cuando vuelves a restregártelos en la lengua, saboreas el mar que cruzó Simbad y en ellos hueles la piel de caperuza. Quieres chasquearlos y no escuchas más que la flauta de Hamelin.

“No oigo ni leo cuentos”, dices, al tiempo que escondes la cabeza entre tus brazos porque están creciendo tus oídos y tus ojos.

* Guadalajara, 1965. Cursa el doctorado en Letras, autora del libro *Apuntes sobre la obra de Fernando Calderón* (Universidad de Guadalajara, 1993).

Acercamientos

(Minicuento que quiso ser cortometraje)

(En una banca del parque del Carmen, por avenida Juárez, de mañana, muy temprano. Tú eres un adolescente de 16 años. Vistes pantalón de mezclilla, camisa a rayas y tenis muy gastados.) Desde hace rato abriste el periódico y te has puesto a revisar la página de los empleos, sentado en ese parque del que ignoras el nombre, pues acabas de llegar la semana pasada de Florencia. En Zacatecas, no Italia.

Una y otra vez repasas cada apartado (la cámara sube y baja por las interminables hileras del anuncio clasificado. Te detienes en algunos que indican "Solicito muchacho para mandados...", etcétera). No pones atención a los domicilios y requisitos porque no sabrías cómo llegar y además no tienes nada de lo que piden: certificados, acta de nacimiento, recomendaciones. Mejor ves la calle, la poca gente que pasa a esta hora. Al fin vencido, doblas el papel y te incorporas. Caminas hacia Alcalde, aunque tú piensas nomás que para abajo. Desde media cuadra vez a la viejita afuera del supermercado con sus bolsas. Sonríe, piensas que es amable. Llegas hasta ella (en primer plano, de frente. De cerca no se ve tan vieja, tiene la boca pintada de rojo intenso). Oye niño, ¿me puedes ayudar? Enrollas el periódico y te lo pones en el sobaco. Tomas las bolsas. Caminan por esa misma calle, no por Juárez, por la atravesada. Miras la placa metálica con la identificación de la calle, te parece chistoso que se llame así, Juárez (flash back: éste de pronto se convierte en un recuadro mal cortado de hojalata con el nombre del prócer escrito en letras irregulares. Avanzas por una calle de pueblo muy oscura. Te acercas a la única puerta abierta, de la que sale una luz amarillenta. Al pasar de largo frente a ella, se acelera tu corazón. Miras las mujeres muy pintadas y con escotes largos. Beben en mesás de madera, algunas solas, otras acompañadas.

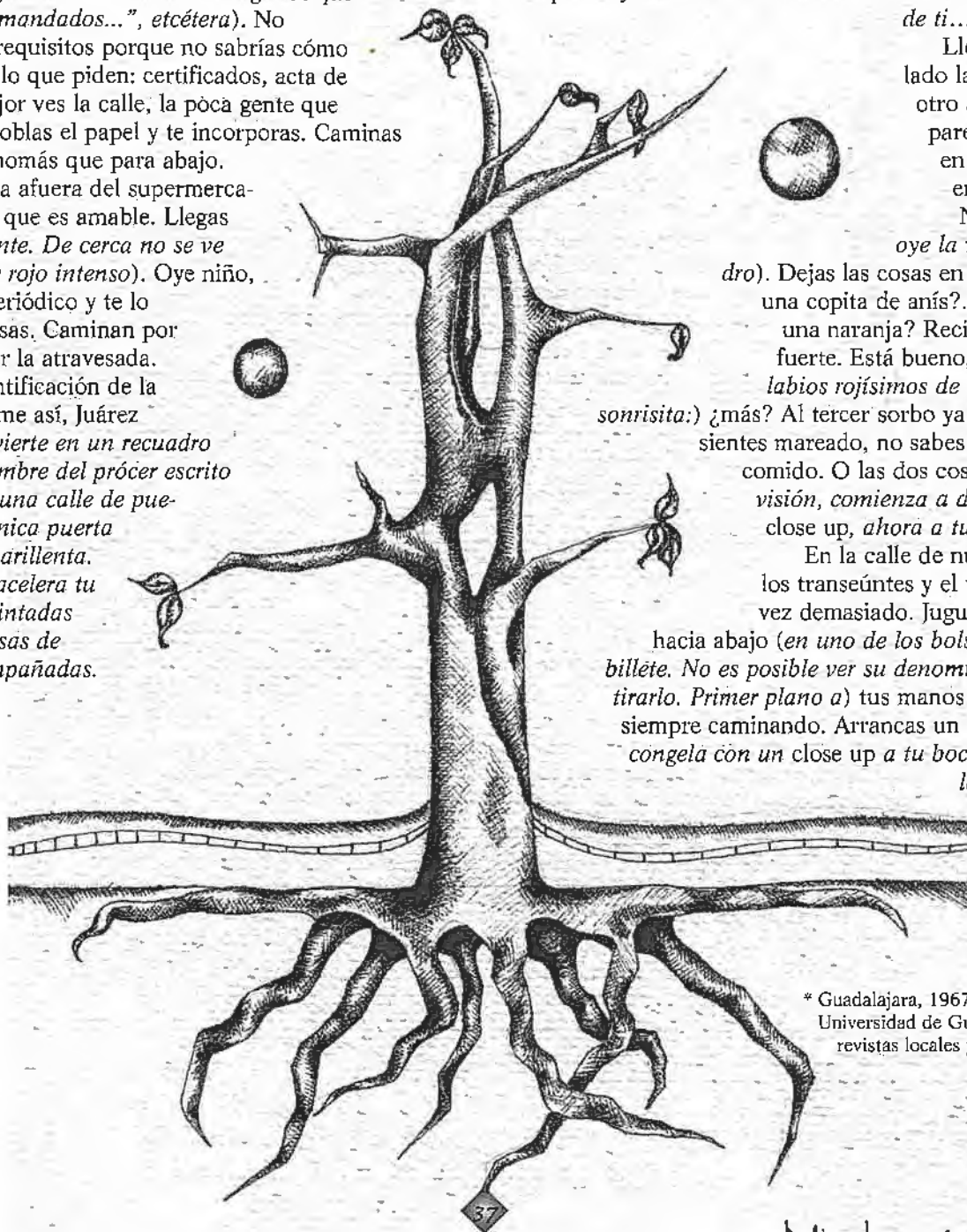
La casa tiene el piso de tierra. En el centro un cuerpo flaco baila, se retuerce dentro de un vestido rojo con lunares blancos. Es un señor).

En cada esquina miras hacia atrás, para ver lo que han recorrido y comprobar que no te vas a perder, que no han dado ninguna vuelta. De vez en cuando la señora te mira y vuelve a sonreír. Ve que apenas soportas las bolsas. (En una esquina, la cámara a ras del suelo muestra los pies de varias personas que esperan cruzar la calle. Llegan un par de zapatos rojos de mujer y unos tenis raspados y sucios. La cámara los observa caminar de espaldas, ella delante de ti...)

Llegan hasta una calle sola, de un lado la pared trasera de una iglesia y del otro algunas casas empolvadas donde parece que no vive nadie. Al entrar en una de ellas, un San Bernardo enorme se acerca a oler tu mano.

No tengas miedo, no hace nada (se oye la voz de la señora, fuera de cuadro). Dejas las cosas en la mesa de la cocina. ¿No quieres una copita de anís?... ándale, te voy a dar. ¿O quieres una naranja? Recibes las dos cosas. El anís es muy fuerte. Está bueno, te va a gustar (close up a los labios rojísimos de la señora, que pregunta con una sonrisita:) ¿más? Al tercer sorbo ya no provoca gesticulaciones. Te sientes mareado, no sabes si es por el anís o porque no has comido. O las dos cosas juntas (la cámara, como tu visión, comienza a dar una imagen borrosa. De nuevo close up, ahora a tus labios. Sonríes).

En la calle de nuevo. Mediodía. El sol pesa sobre los transeúntes y el tráfico. Caminas lentamente, tal vez demasiado. Jugueteas con la naranja. Volteas hacia abajo (en uno de los bolsillos de tu pantalón se asoma un billete. No es posible ver su denominación. Lo metes más para no tirarlo. Primer plano a) tus manos comienzan a pelar la naranja, siempre caminando. Arrancas un gajo y lo comes (la imagen se congela con un close up a tu boca, que se frunce en un gesto, por la acidez).



* Guadalajara, 1967. Estudiante del doctorado en Letras, Universidad de Guadalajara; ha publicado en periódicos y revistas locales y del país.

Nacida para gustar

Estaba harta de ser manoseada durante todo el día. Apenas se deshacía del goloso apretón de una mano cuando otra ya la estaba sobando para cerciorarse de lo duro de sus carnes y de la perfección de sus curvas. Algunos, lo menos, no se atrevían a tanto, se contentaban con observarla de lejos, sin acercarse. Evidentemente pertenecían al grupo de personas que no contaban con dinero suficiente para poseerla, pero no por ello dejaban de darse gusto de propinarle largas e inquisidoras miradas, buscándole alguna imperfección a su saludable figura y con las que, según imaginaba, de alguna manera satisfacían su voraz apetito.

En los raros momentos en que la dejaban en paz, ya sea porque ningún interesado rondaba cerca o debido a que éstos preferían palpar los suaves contornos de sus compañeras, venía a su mente el recuerdo cargado de nostalgia de los días pasados, cuando vivía en el campo en compañía de toda su familia. Añoraba volver a sentir la fresca brisa matinal, que con su suave paso la despertaba dejando los fríos recuerdos de la noche. O experimentar de nuevo en su piel el cosquilleo producido por los vigorizantes rayos del sol, así como bailar alegremente al compás de las refrescantes lluvias de verano y dormir al aire libre arrullada solamente por la voz de la naturaleza.

Pero para su desgracia, fue la propia Natura quien se encargó de marcarla con el sino que la condenaría por el resto de su existencia. Le dio un hermoso cuerpo, provisto de las más sinuosas e incitantes curvas. Unas anchas y sólidas caderas que, junto con sus finamente esculpidos

hombros, constituían el marco perfecto para la breve cintura y el delgado cuello que la coronaba. La suma de todo ello se convirtió en su peor desgracia, pues fue precisamente por reunir estos atributos que fue escogida y arrebatada de su hogar, junto con otras de sus hermanas, por un hombre sin escrúpulos que las llevó al deprimente lugar en el que ahora se encontraban, para ser expuestas y vendidas al mejor postor.

Aunque odiaba su actual situación, sabía que no era lo peor que pudiera sucederle, pues si tenía la mala fortuna de ser elegida por alguno de los muchos potenciales compradores de sus encantos, irremediablemente estaría en el umbral del fin de su existencia. Ninguno de ellos se apiadaría de su belleza, es más, esto los provocaría y urgiría a no esperar para gozarla. Y bien intuía que una vez que hubieran acabado de disfrutarla, se desharían de ella, arrojando sus despojos en cualquier sitio, sin volver a acordarse siquiera del instante de placer que habían experimentado gracias al sacrificio de su virtud.

No obstante sus esperanzas, ella misma se percató de que su destino estaba sellado al ver acercarse decididamente a un hombre maduro y bastante sobrado de kilos, de unos cuarenta y cinco años, que sin molestarse en mirar a ninguna de sus compañeras, centró toda su atención en su curvilínea figura. El muy insolente la

separó del grupo de un manotazo y con total descaro pasó sus gruesos dedos por todo su cuerpo para cerciorarse de que sus ojos no lo habían engañado. Cuando estuvo conforme de su examen se dirigió al patrón para consultar el precio. El encargado, sabedor de su negocio, tasó en una alta cantidad la opción de ceder los encantos de tan apreciable manjar, pero el comprador, aunque sorprendido, no se dejó amilanar y comenzó a regatear el importe exigido.

Tras unos minutos de gesticular y alzar las voces, ambos hombres se pusieron de acuerdo y con un apretón de manos y un intercambio de monedas sellaron el trato. Ahora el obeso individuo era su nuevo dueño y como tal se la llevó consigo. Tenía planeado dirigirse con ella directamente a su casa, para ahí degustar tranquilamente de todas sus bondades, sin embargo a medio camino no pudo más, se le despertó el íntimo apetito y buscó un lugar apartado donde poder aplacar lo sin ser molestado.

* Guadalajara, 1967. Egresado de Ciencias de la Comunicación, ITESO; colaborador ocasional del diario *Siglo 21*.



Encontró el sitio para saciarse en un parque, bajo el follaje de un gran árbol, lo suficientemente alejado de cualquier mirada que pudiera reprobar su acción. Ahí, sin más preámbulos ni miramientos de ninguna clase, el gordo se aflojó el cinturón que con gran dificultad contenía sus carnes. Acto seguido tomó en su mano la bella y exquisita fruta, la acomodó entre sus dedos pulgar y medio y, luego de contemplarla extasiado por un instante, se la llevó a la boca para, de unas cuantas mordidas, acabar con la existencia de quien en su breve vida llevó el nombre de Pera.

El ánimo del carrizo

Angelina enciende dos veladoras y su cuerpo. Hince una rodilla y reza. Concluye el rosario y lo guarda. Busca a El Carrizo entre el calor de unas llamas. Imagina que va entrando al lugar del almanaque donde está pintado el purgatorio.

El camino alumbrado no la quema. Los hombres quietos la contemplan mientras ella camina por un laberinto empedrado. Reconoce los rostros de algunos parientes. Hombres descarados lucen deslumbrantes calaveras. Algunas mujeres medio condenadas sonríen, parecen felices, aunque de pronto gimen.

Al salir su mente del purgatorio, un limo se apodera de ella, una falta de memoria y olvido de rezos. Se pone de pie. Observa los penitentes desnudos mientras se desviste para bañarse en medio del cuarto. Atranca la puerta con un leño y regresa al centro, donde humea el agua de la tinaja. Hince las rodillas en la tierra y con una jícara llena de agua tibia abrillanta su piel para atraer una mirada.

Cientos de ánimas encueradas trenzan el fuego en tanto el agua recorre su cuerpo; tercias de parejas lloran, ríen.

Angelina perfuma su pelo con agua de nardos y sin secarse acerca un espejo para ver el fuego de sus

mejillas. Una mano invisible se desliza con el agua del pelo que desciende. La toca con caricia de muerte. Algo detiene su nuca. Voltea. El vapor de agua pesa en el aire, vuelve a tocarla el frío. Deja el espejo y saca la ropa nueva que había guardado durante veinte años.

“Ánimas Santas del Purgatorio, San Antonio, ¡háganme la caridad!”

Se trenza el pelo con estambres carmines y, desnuda, se envuelve en un rebozo blanco. Por primera vez en su vida mira detenidamente parte de su cuerpo. Empieza a vestirse con la vista fija en el horizonte de retratos y estampas.

Rechaza la mirada tuerta de una imagen y agarra con fuerza el almanaque donde está pintado el purgatorio: “Que no me falle. Que no me deje como novia de rancho”. Tiende la cama. Enciende otras dos veladoras para San Antonio. “¡Te voy a ahogar, maldito! Te voy a poner patas arriba para que me cumplas, tráeme a El

Carrizo, desgraciado, tú me prometiste casorio y mírame, acabaste con mi vida, no me has cumpido. No me falles ahora, no seas malagradecido.”

Ante su santo silencioso, las veladoras y un nardo, hince la rodilla y con cruces a dos manos pide con las ganas del cuerpo y del espíritu: “Hazme el favor, San Antonio”.

El aliento de las ánimas humedece su sexo. Las luces de la veladora pierden tamaño al echar sus sombras en el techo. Ella se acuesta, huele su pelo. Entreabre las piernas y dobla una rodilla para ahuecar más el espacio donde pueda caber un ánimo del purgatorio. La flama de las veladoras se ha posado en su vientre.

“Cuídate, Angelina, nunca te encierres. El ánimo de El Carrizo busca a las mujeres solas. Lo han visto. Es el ánimo en pena de un medio condenado. Dicen que en vida maltrató a cuanta mujer pudo y ahora sus manos pecadoras acarician a otras mujeres para quitarse la culpa y pagar su pecado. Dicen que trae un carrizo duro. A mí, Angelina, un día me llegó a las tres de la tarde. Mi viejo se había ido al Norte y yo estaba sola con aquellas ansias de las que tú sabes. Oí golpes. El polvo del adobe empezó a salirse por un agujero. Luego divisé un pedazo de carrizo que se metía. No quise saber de quién

era el ánimo. No quise verle los pelos de las barbas ni los bigotes picudos. Cerré los ojos con todas mis fuerzas y empecé a palpar sus carnes; él soplaba por un carrizo y

con el aire hacía que mi pescuezo se doblara, me agarró las ancas y su lumbre empezó a metérseme por todas partes. Era El Carrizo. Yo sabía. Si tú sintieras lo que yo sentí. Ojalá y sintieras. Nunca te quedés sola, Angelina, vives condenada a esperar las tres de la tarde. Mírame a mí, estoy muerta en vida y sin un hombre, es que era mucha mi necesidad.”

Angelina recuerda la voz de su amiga: “Era mucha mi necesidad”. A las tres de la tarde escucha el primer golpe del viento en la ventana, oye ruido, el polvo de adobe empieza a salirse por un agujero, luego, entre sus trenzas, el bigote de El Carrizo le cubre la boca. “Bendito sea San Antonio. El Carrizo está entrando. No voy a abrir los ojos para no espantarlo, si le veo la cara nunca más volverá.”

* Milpillás, Jalisco, 1947. Apareció en la antología *Poesía peregrina* (Guadalajara: La Luciérnaga Editores, 1994) y la Universidad de Guadalajara le publicó *Milpillás, poesía* (col. Ornitórrinco, 1995).

El Rey de Oros

Sirvió el caliente, espeso y aromático café turco en una pequeña taza de porcelana translúcida; la clienta lo bebió lentamente, disfrutando el fuerte sabor, al terminarlo, siguiendo las instrucciones de la adivina, agitó la taza con suaves movimientos circulares y la puso boca abajo sobre una

servilleta de papel, de ahí, con ambas manos la tomó Zed Navija, observando

las figuras formadas por los sedimentos del café.

Eres una joven afortunada, pronto conocerás un hombre rico que, perdidamente enamorado de ti, te llevará a viajar por todo el mundo.

La muchacha, que nunca había salido ni a los pueblos de la periferia, se imaginó recorriendo, en todo tipo de transportes, lejanos y exóticos países, como había visto en algunas películas. Queriendo confirmar lo que los posos del café dijeran, pidió que su suerte fuera también leída en las cartas de la baraja.

Ivonne, la mexicana de padres árabes que se decía recién llegada de Líbano, y se hacía llamar "Zed

Navija", aceptó gustosa. Era un dinerito extra, muy útil para comprar los libros que su hija tanto necesitaba en la universidad. De un cajón

extrajo un gastado mazo de naipes, barajó siete veces, como establecen los cánones, indicó a la joven que partiera también siete veces e hiciera después tres montones, advirtiéndole a la muchacha que todos esos movimientos los hiciera únicamente con la mano derecha. La clienta siguió las instrucciones al pie de la letra. La adivina tomó una carta del primer montón: tres de espadas, y comenzó a repetir, ampliando y sazizando con más detalles lo que la joven quería seguir escuchando. Y así, sacando naipes, viéndolos e inventando nuevas mentiras, formó sobre el fieltro de la mesa una línea vertical de seis cartas, dos, un espacio vacío y luego otras cuatro. Los siguientes tres naipes que sacó e interpretó, los puso al lado derecho del hueco, en forma horizontal, tres más fueron colocados del lado izquierdo, formando con las doce cartas una cruz.

Ahora, dijo la adivina, dame de donde tú quieras la carta número trece, para completar y sellar la cruz.

La joven tomó una carta de uno de los montones, ésta era el Rey de Oros. Al verlo, la adivina comenzó a sollozar.

Va a ocurrirme algo malo, preguntó preocupada la muchacha.

No, querida, te espera una vida tan linda que te envidio.

Entonces, ¿a usted le ocurrirá alguna desgracia? -preguntó la clienta con curiosidad, pero ya sin mucho pendiente.

No, mi linda niña, lo que pasa es que estoy hecha una vieja sentimental y esta carta me trajo un recuerdo. Por favor, paga y déjame sola. No te preocupes, tú serás feliz con tu apuesto y

rico galán -esto último lo dijo en medio de un incontrolable llanto.

La joven se marchó, pensando a qué otro augur consultar, pues las lágrimas de Zed Navija la asustaban.

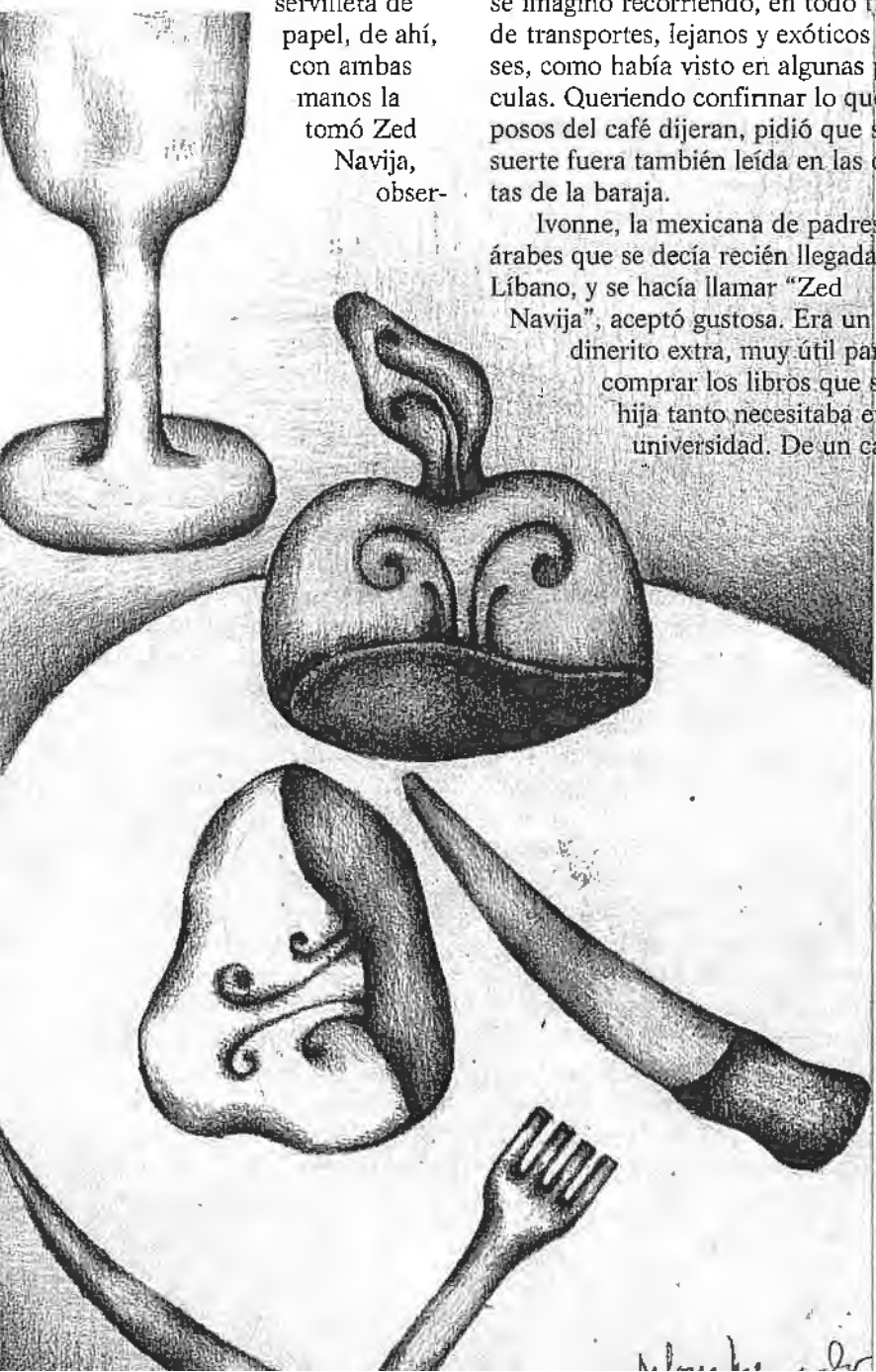
Ya a solas, Ivonne tomó la carta del Rey de Oros y besó con ternura el pequeño rostro. La pose y el gesto de esta figura le recordaban a su padre, cuando, iracundo, a gritos y a golpes, la corrió de la casa.

En mi hogar no quiero *charmutas**, vete a la calle que ahora es tu lugar -dijo cerrándole la puerta en la cara.

En aquel entonces ella era una adolescente asustada, con un embarazo que todos podían notar en su vientre. El padre de la criatura era un amigo de la familia, casado, lo que a los ojos de su papá hacía más imperdonable su pecado.

Ella lloró por horas ante la puerta cerrada. Cuando se convenció de la inutilidad de sus ruegos, se marchó. Para sobrevivir se hizo adivina, no *charmuta*, como erróneamente vaticinara su padre. Éste había muerto, sin perdonarla, sin conocer a su nieta, ella se acababa de enterar la semana pasada; por eso hoy, al ver al Rey de Oros con la misma barba y la misma actitud, se lo recordó. Tendría que quitarlo de la baraja, a fin de cuentas con Rey de Oros o sin él, ella seguiría prometiéndoles a todos dicha, amor, felicidad, viajes y dinero. Cosas que todos soñaban, y por cuyo pronóstico pagaban agradecidos.

* Puta, en árabe.



La muerte desde el principio

¿Es el departamento de James?

No lo sé, en todo caso da lo mismo, todos son iguales; las mismas paredes descascaradas, las mismas puertas sucias, sólo me acuerdo que la última vez que lo vi era viernes y llovía miserablemente.

Me siento muy emocionado. Gracias por enseñarme su cuarto. ¿Usted, era su amigo?

... Mira, regresé no sé por qué, a lo mejor por fatalidad, quién sabe. Sí, fui su amigo, el último. Y yo sé que también el primero que tuvo.

¡Qué interesante! Sabe, para mí es un honor estar en el último albergue del maestro James Arnos, al que considero un verdadero expresionista del espíritu del jazz. Un inspirado. Él fue quien me decidió a vivir en la música sincopada.

Así que la última vez que lo vio era viernes. Cuénteme, ¿cómo era? ¿Cómo vivía?

"El ron ayuda a recordar, muchacho. ¿Quieres un trago? ¡Salud!... Es como si lo estuviera viviendo... El viento helaba la nariz, los basureros rebosaban de latas y comida podrida. Calle abajo rodaban los charcos descompuestos que se habían formado durante la noche. Los borrachos olían la última gota de whisky, se acurrucaban en las esquinas. Los gatos maullaban al ritmo desahogado de la luna. En las pocas ventanas abiertas, las luces parecían desteñirse. Así era la calle por la que todos los días James trastabillaba. A veces, no lo encontraba en toda la mañana; otras, se me aparecía tirado, derramado en el suelo, reventado de asco, boca abajo. Yo me lo colgaba en la espalda, con todo su peso arrastrando, íbamos muy despacio. Nunca perdió la conciencia,

se atoraba en cada cantina, yo nunca tuve corazón para impedirselo. El alcohol y su saxo eran lo único que lo mantenían vivo. Sí... No le conocí mujer, James fue un paria.

"Cuando James no estaba perdido, lo acompañaba todo lo que sobraba de la madrugada, yo, entre otras cosas:

¿No duermes nunca?, le preguntaba. Sí, sí duermo, pero hay noches que siento cómo se mete la muerte y me ocupa. Sí, me ocupa; quizá porque siente lo bien que se está conmigo, pero luego empieza a hurgar y, entonces, me entra el miedo y las pesadillas, los delirios... En el día se me duerme la muerte, o se acomoda y escucha, pero hoy, hoy prefiero estar alerta... por lo que pudiera suceder, así me decía.

"Entonces se ponía a tocar el saxo, yo le seguía el ritmo. De él aprendía a escuchar el bajo antes que la percusión. James casi no hablaba, decía que no todo en la vida tiene que tener palabras, que la música dice mucho más.

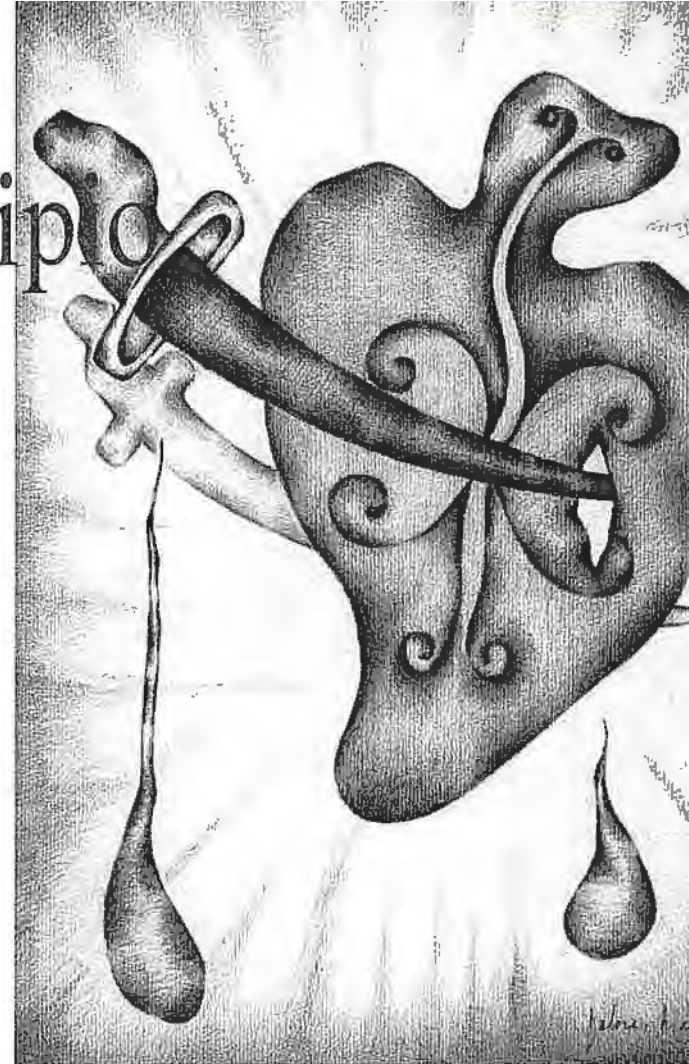
"El cabaretucho donde estaba contratado se abarrotaba para oírlo; al final le pagaban sólo más tragos para que siguiera tocando; eso lo hacía desgraciado. Se quejaba de no tener alguien a quien cuidar. Eso decía, aunque no lo creas. Yo me ponía triste.

"Una vez, tardé un día y la noche en hallarlo; fui al puesto de socorros, recorrí las calles despacio, hasta que di con él en un pasillo del hospital público; arrinconado, lleno de moscas, vomitado, pero despierto; esa vez sí lloré y no se me olvida, me dijo: ¡No llores, nunca vuelvas a llorar por

mí! Le contesté que qué más podía hacer.

"Sabes, aunque sus amigos lo quisieron, él estaba lleno de una melancolía que sólo con su saxo expresaba. Decía que la voz ronca ensordinada, aguardentosa del saxo es como hacer el amor; te acaricia despacio, con cadencia, y sabe donde, te va recorriendo el cuerpo lentamente. Cuando él amaba así, la gente se desfasaba. Ah, era otro mundo, la pura irrealidad.

"Era una melancolía como de estar en otra parte, queriendo escapar de todos lados. Sé que él hubiera preferido permanecer en el mar, estar en el vientre de su madre. Era un sentimiento de desarraigo, desolado. Aspiraba la vida como a través de un espejo. Nunca perteneció a nadie, sólo a su saxo. El único gozo que tuvo fue el jazz. Algo así como ser un escogido de Dios para despertar el alma, con esa soledad.



"Ese viernes, ya tarde, me pidió que no me fuera; estaba más pálido que de costumbre, pero yo no pude esperar más. Él no quería cerrar los ojos, a lo mejor por lo de las alucinaciones. O sería porque lo que vio en mis ojos era aterrador y conocido. El caso es que me fui. Sí, me fui."

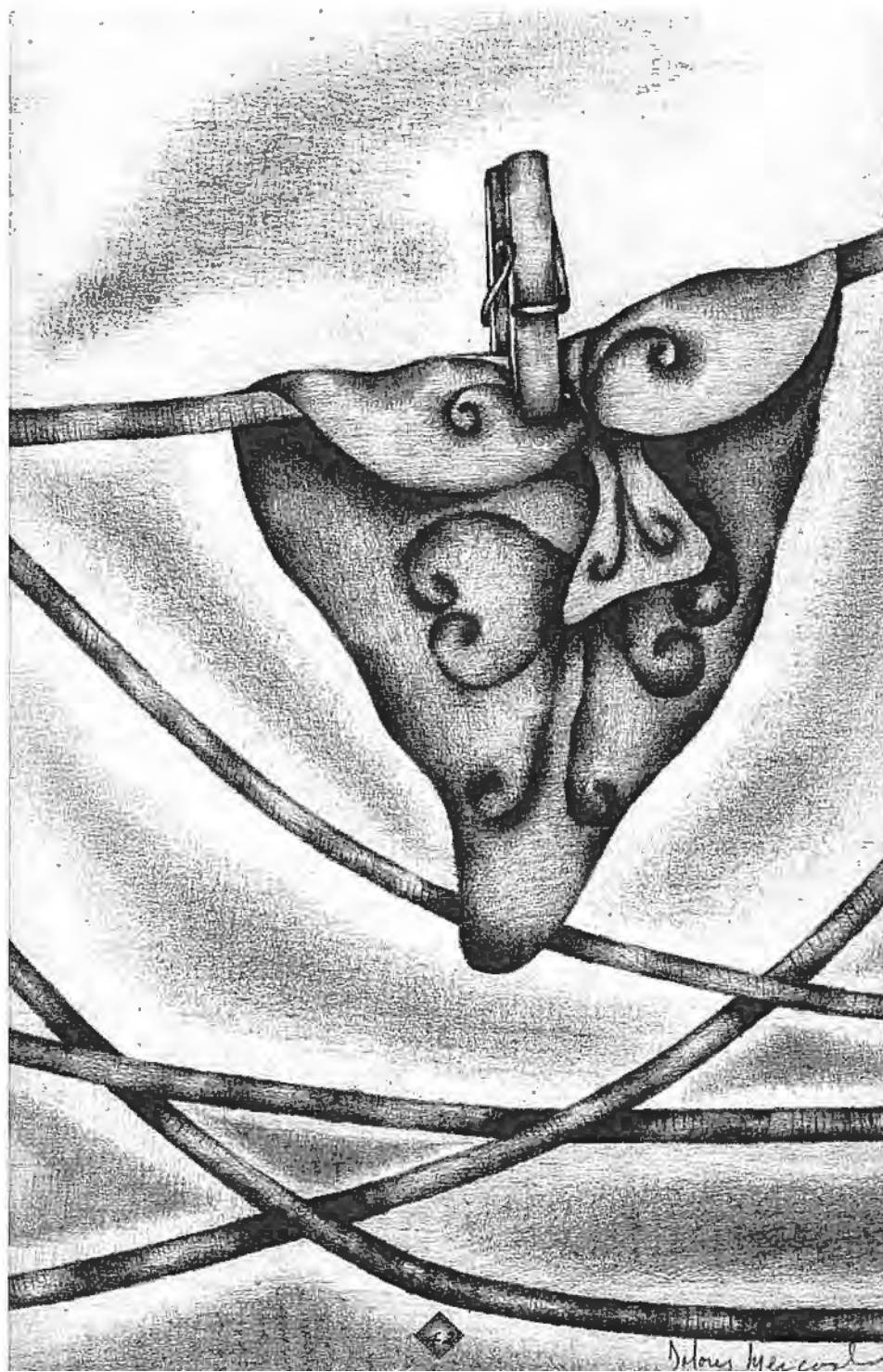
El viejo músico terminó de contar su historia, ya no me veía, desde muy lejos se puso a sincopar su instrumento. Luego, ante mi asombro, como el último canto del cisne se desplomó, vomitó todo el alcohol del mundo, alcanzó a decir: No llores por mí, no... En ese momento empezó a deshacerse, se redujo, se hizo cenizas. Atontado por el olor caí en la banqueta; entonces me fijé en el saxo. Estaba intacto, brillante. Lo tomé, ya no tenía nada que hacer ahí. Me perdí entre la calle interminable escuchando una fuga del saxo, lenta, sensual. Llovía miserablemente. Era viernes.

* México, DF. Maestra en Letras por la Universidad de Guadalajara; ha aparecido en antologías de cuento y de poesía: *Los poemas del colibrí* (Universidad de Guadalajara, 1989) y en *De tanto contar y contar...* (Guadalajara: La Luciérnaga Editores, 1993).

No pudo contenerse, y se besó

El primer amante de Dráculo, antes de salir en busca de la tibia cena, se peinó cuidadosamente frente al espejo. Miró sus rostro opaco, sus ojeras, que resaltaban la mirada nocturna, el largo cuello con las marcas de su amante al lado de la yugular. Se lavó los dientes y enjuagó su boca para mayor pulcritud del beso que daría más tarde. Se miró de nuevo el cuello, acercó el rostro a su imagen reflejada en el azogue; la belleza varonil seguía intacta, las decenas de años sólo habían borrado el escarlata de sus mejillas, los dedos afilados acariciaron el rostro lóbrego. Pasó la punta de la lengua sobre los labios delgados, se acercó más, abrió la boca y sintió el frío cristal entre los labios, hundió sus rostro y los colmillos recién lavados encontraron su propia garganta; los clavó amorosamente, chupó la sangre fría, chupó hasta desvanecerse.

Sólo quedó de aquel beso un montón de cenizas al pie del tocador. Desde esa noche, los vampiros no se reflejan en los espejos.

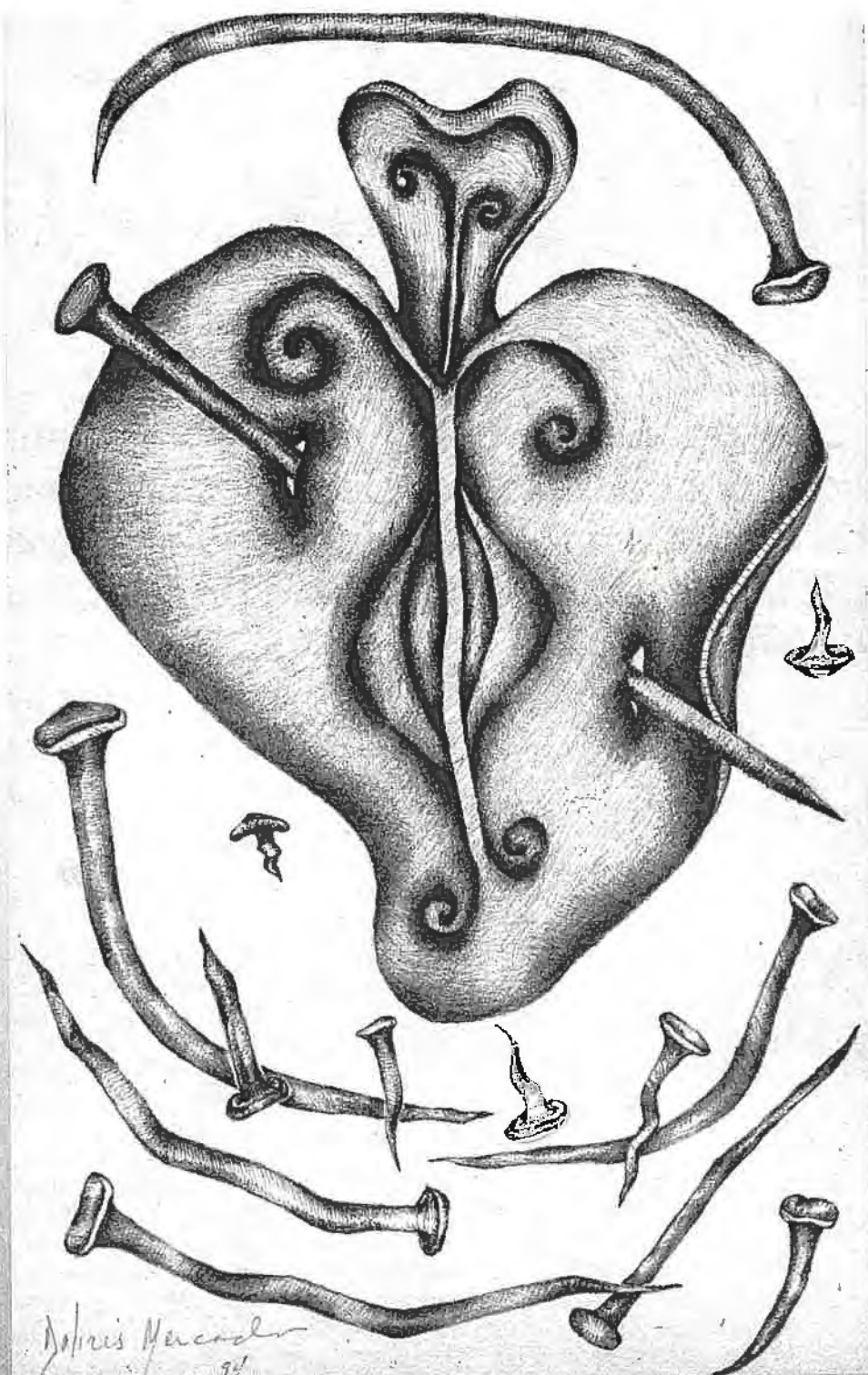


Caídas

Mientras esperaba en el café, se imaginaba a Claudio con un traje gris rata, con relucientes zapatos negros y corbata negra, no, azul marino. Lo que más había llamado su atención de ese muchacho era lo minucioso y pulcro que era. El día que lo conoció llevaba unas mancuernas estupendas, que probablemente serían de plata con una piedra negra engarzada. El día era caluroso, y a pesar de eso, vio a un hombre que corría con un paraguas muy fino en la mano. Empezó a creer que Claudio no llegaría, pagó su café y se dirigió al tren. Llegó justo en el momento en que el hombre del paraguas empujaba a otro a las vías del tren, arrojando después el paraguas. En ese momento se prometió no comprarse nunca un paraguas como ése.

* Colima, Colima, 1947. Autora de dos plaquetas: *Palomas y gaviñanes* (1989) y *El cazador* (1990), y de la colección de cuentos *Con el diablo en ancas* (Guadalajara: La Luciérnaga Editores, 1994).

* Guadalajara, 1972. Pasante de la carrera de Diseño Industrial, Universidad de Guadalajara.



Las ilustraciones que aparecen desde la página 30 hasta ésta son autoría de Dolores Mercado. Las primeras cinco, cuatro tintas y un dibujo, corresponden a la serie "No existe el árbol sin su luna" y los cinco dibujos restantes a la serie "Al corazón lo han herido".

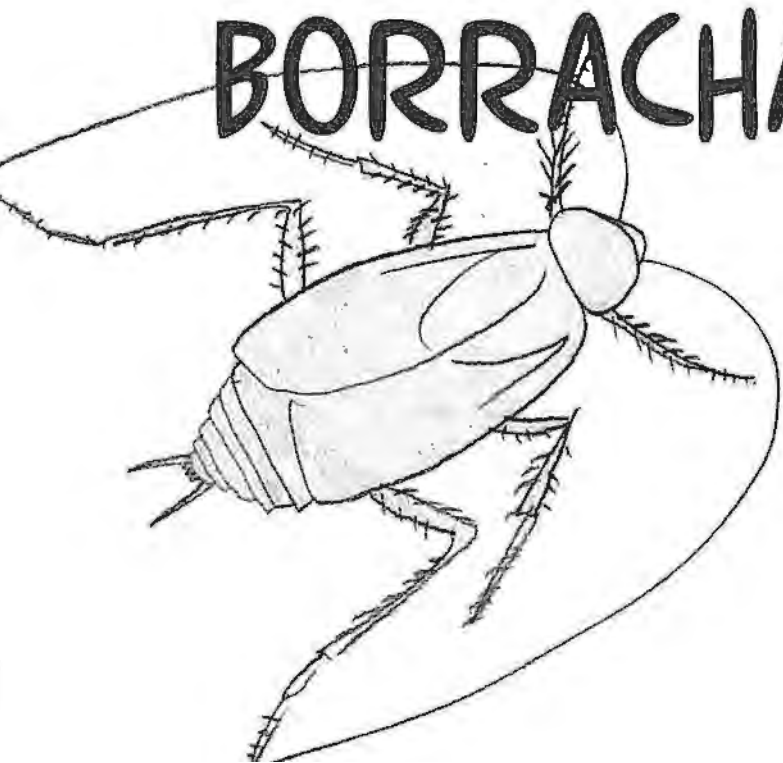
sal tate xto

Laspa labrasbrin cande gustopor quevanaju garcontigo, sefor marán enhile ritas, todases tasfiguritas, ycone llas, taly comonos lasdieron losniños, viaja remos asumun do, queno es o trodi ferenteal nuestro, perodel quedes gracia damentenos hemosa lejado, o jalá tegus ten; dibu josy pala bras, comoflo resoa guafres caparati

Sal tate xto

Gilber toDo mínguez

LA CUCARACHA BORRACHA



A una cucaracha muy borracha le encantaba el vino. Tenía la costumbre de que cada noche, ya que los dueños de la casa se iban a dormir, la cucaracha salía a tomarse lo que sobraba en las copas donde se bebía el vino, o en las botellas de tequila que estaban en el bote de basura.

Pero no se diga

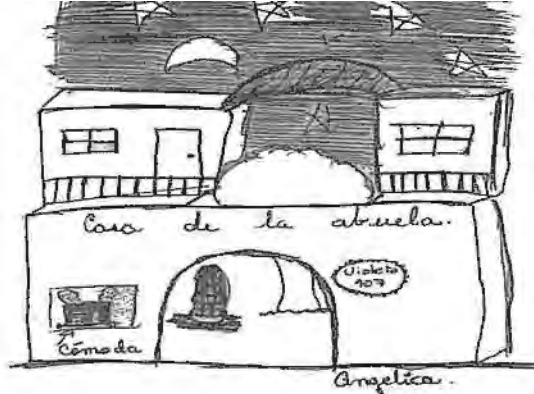
los días de Navidad o de año nuevo, llegaba a su casa borrachísima: no podía distinguir si era su esposa de treinta años o su hija de tres.

Una madrugada de año nuevo, salió a lo acostumbrado, pero como todavía no se le quitaba la borrachera de la otra noche, ni se fijó y crac, un señor la aplastó. Por suerte se

salvó y prometió no tomar más vino como propósito de año nuevo.

¿Tú crees que lo cumpla?

**MARIANA
GUADALUPE DÍAZ
GUERRERO
10 AÑOS**



LOS CINCO SONIDOS DE LA CÓMODA CAFÉ



La casa de la abuela está llena de reliquias, entre ellas una cómoda café, la cual tiene una larga e interesante historia, que es la siguiente:
Un día la abuelita se encontraba muy atareada con la boda de la hija de su comadre –claro que no era la boda de mi abuelita ni de ninguna de sus hijas, pero como no tenía otra cosa que hacer se pasaba el día ayudándola-. En fin, el caso es que vivía en un pueblo en donde todas las casas están llenas de misterio; era una casa grande, antigua y muy interesante la de la abuela, tenía varios corredores y uno de ellos llevaba a la majestuosa cómoda café...
Cuando la abuela se cambió a esa casa con motivo de su boda, les dijeron a ella y al abuelo que esa casa estaba embrujada o encantada pero a ellos no les preocupaba en lo absoluto. La cómoda café estaba desde mucho tiempo antes de que se cambiaran los abuelos y como les gustó quisieron conservarla. Cerca de allí vivían unos niños que eran muy inteligentes y curiosos, así que iban a la casa de la abuela –quien además tenía dulces- a ver todas las cosas que había... Siempre, al llegar a su casa, la abuela muy contenta los invitaba a pasar, luego se iba con su comadre y los niños se quedaban allí, jugando en la recámara de la cómoda café. ¿jugando? –no- contemplando esa cómoda que tenía en las patas dibujos grabados de la misma madera, era grande y con muchos cajones. Los niños siempre jugaban en esa

habitación –tal vez la cómoda les diera cierta seguridad-. A veces se ponían a cantar y a jugar a ser músicos haciendo ¡mil sonidos!, no, perdón, cinco sonidos exactamente con la cómoda; la puerta más grande daba el sonido más agudo por ser la más delgada, arriba, por ser más gruesa la madera, daba el sonido más grave, e intermedios en los cajones pequeños, la parte trasera y la inferior. Esto no tenía nada de raro, porque todos los muebles pueden dar cierto sonido.
Un buen día llegaron sorpresivamente los nietos de la abuelita, y sus papás los dejaron allí durante las vocaciones. Entonces la abuelita decidió invitar a sus pequeños vecinos a jugar y a cenar con sus nietos, como eran de la misma edad se la pasaron muy bien, aparte de que tenían gustos muy parecidos.
Después de cenar se fueron a jugar un rato al cuarto de la cómoda que usaron de instrumento cuando jugaron a ser músicos.
Luego, uno de los amigos dijo:
J:

Pasadomañana voy a cumplir ocho años y me gustaría tener una bonita sorpresa en mi cumpleaños.

Y otro de ellos dijo:

J: Pues entre todos te vamos a regalar algo, pero no creo que pueda ser muy grande porque no tenemos mucho dinero.

J: No se trata de que me compren algo –dijo Juanito-, yo pensaba en algo diferente, algo que tuviera que ver con la música.

J: Pues entonces, diremos a la abuela que te contrate un mariachi.

J: No, tampoco es eso, no se los puedo decir porque a veces ni yo mismo lo sé, pero ya verán que voy a tener mi sorpresa sin que ustedes tengan que comprarme nada. Es algo así como un fantasma...

Los demás niños quedaron un poco extrañados, pero esperaban que fuera como lo decía su amigo.
Pasó un día, y otro y llegó el cumpleaños de Juanito. Le hicieron una fiesta temprano en su casa y le llevaron muchos regalos, todos los agradeció, pero ninguno era lo que él esperaba. Una

vez terminada la fiesta fueron a jugar a la casa de la abuela, esta vez jugaron en el patio, pero Juanito quiso ir solo al cuarto de la cómoda café. Los demás niños se extrañaron un poco pero luego siguieron jugando.

Entonces Juan entró al cuarto. Estaba muy oscuro y al prender la luz... ¡Cientos de globos y serpentinas brincaban al compás de la música que era tocada por la cómoda café!, pero lo maravilloso era que nadie la tocaba, sino ella sola y cuando se acercó Juan le dijo:

C: Este premio te lo has dado tú mismo gracias a tu imaginación y al deseo que habías pedido. Juan estaba tan emocionado que durante unos momentos no pudo decir nada, pero cuando pudo llamó a todos sus amigos para que vieran el maravilloso espectáculo. Ellos subieron en seguida, pero cuando llegaron, el cuarto había vuelto a su normalidad y todos se miraron desconcertadamente a los ojos. Pero a Juan eso no le importaba y pensó para sí: –Es el mejor regalo que nunca he tenido y lo guardaré en el cajón de mi imaginación para siempre.

ANGÉLICA INIGUEZ PÉREZ
9 AÑOS

Los cinco sonidos de la cómoda eran:



(DO, RE, MI, SOL, Y LA)

CUENTO DE NAVIDAD



Hola! Hay te voy a contar un cuento, pero no muy común, en el que siempre pasan las cosas fantásticas, porque en mi cuento van a pasar súper fantásticas, así que prepárate a leer algo totalmente fuera de lo común.

Esta era una vez un niño llamado Pablo que era ultra, súper, moxi o como le quieras decir: muy rico. Pero como en el clásico cuento era muy malo y se le aparece un hada, le dice pórtote bien y ese niño malo y egoísta al instante se vuelve bueno, en mi cuento no es así, era un niño súper, súper

buena onda, amable y fiero. Él era muy feliz con su familia, con sus papás, y no te puedo decir que con sus hermanos también pues era hijo único. Pero como la vida no es de color de rosa, se sentía muy solo pues no tenía amigos, pues a sus papás les daba miedo que saliera solo a la calle y además pensaban que por ejemplo no ocupaba ir al parque por los grandes jardines que existían en su casa. Además no tenía amigos en la escuela porque no iba, tenía maestros que iban a su casa. Y por fin llegó la ansiada Navidad. Él (Pablo nuestro heroín) oía jugar afuera de su casa a

todos los niños y le daban muchas ganas de también él salir a jugar y divertirse pero ya conocemos su problema de no poder salir ¿o no? El 24 de diciembre se acercaba más y más, muy pronto iba llegando y la hora de elegir los regalos se acercaba. En la casa de Pablo pusieron un enorme árbol de Navidad y de pino natural lleno de esferas y focos y se veía muy bonito. La mamá de Pablo le dijo: hijo ve haciendo tu carta de los juguetes que quieres que te traiga el niño Dios. Y él sólo pidió una sola cosa: un amigo. Sus papás al verlo único que había pedido su hijo comprendieron que

así le daban muchas cosas materiales y no tuviera un amigo Pablo no podría ser feliz. Esa Navidad lo dejaron salir con todos los demás niños y fue a una escuela como todos los demás niños y conoció a su mejor amigo: Toño. En la Navidad tuvo su primer y único amigo y fue el mejor regalo que le pudieron haber dado en toda su vida. Y fue muy muy feliz con toda su familia y con su amigo Toño.

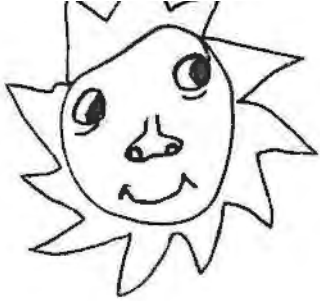
**GABRIELA ELIZABETH WOOD
MEDINA
13 AÑOS**

LA NAVIDAD DE LA "SUERTE"

Hace mucho tiempo, había una familia muy pobre, y no tenían mucho dinero como para comprar un árbol de "Navidad". Y a los niños de esa familia Santa Claus les llevaba juguetes, pasaron los años y esos niños crecieron, y sus padres murieron. El hermano mayor se casó y sus hermanos se fueron a vivir con él, luego tuvieron hijos y la mamá como sí estudió se fue a trabajar a USA. Y como nadie sabía escribir en un pedazo de papel no escribieron lo que los niños querían. ¡Regalos y más regalos había en la sala! ¡Había tantos regalos que los niños no sabían con cuáles jugar!

**ENRIQUE JAVIER WOOD MEDINA
10 AÑOS**





TIEMPO

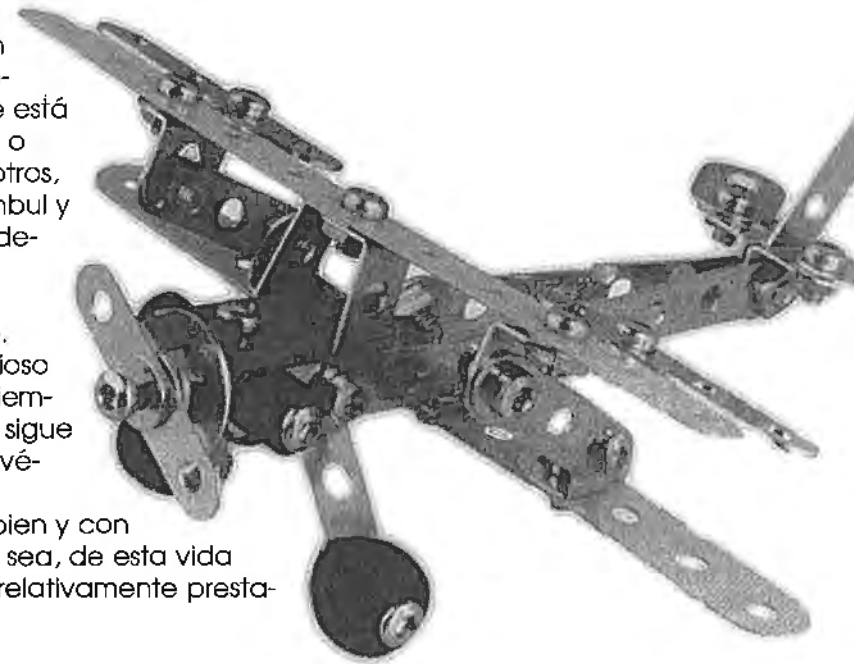
Tiempo, tiempo, ¿cuál es el significado de esta palabra tan usual, tan común?

Todo el mundo lo sabe: el tiempo es una unidad de medida que se utiliza para medir el período de duración de ciertas cosas o gentes..., pero realmente, cotidianamente ¿de qué nos sirve el tiempo?

Al tiempo todas las personas lo perciben diferente, lo ven desde el punto de vista físico, matemático, práctico, filosófico, poético, y sin embargo creo que es una especie de enfermedad, pues cada momento te está gastando, te está acabando, te va comiendo hasta que tu largo o corto, precipitado, aburrido existir, a todos nosotros, a ti y a mí, al perro y a la lombriz, aquí en Estambul y en China el tiempo es eso, una especie de epidemia que termina con todo sin importarle raza, sexo, religión, clase social ni nada. El tiempo es todo y nada. Es complejo, raro hasta misterioso.

Pero también es muy importante, es tan valioso como la salud, la amistad, el amor y el oro, el tiempo siempre va hacia adelante, siempre sigue y sigue y si no para jamás menos regresa, así que aprovéchalo porque el tiempo se va y nunca regresa.

¿Qué podemos hacer? Pues hacerlo todo bien y con ganas y disfrutar cada momento por difícil que sea, de esta vida que es como el tiempo según Einstein relativo, relativamente prestado.



TOCHTLI OSORIO
14 AÑOS



HEMOS HABLADO POR RADIO

Hola, soy el narrador y los quiero llevar al emocionante mundo de la radio en su interior y exterior. ¿Quieren saber cómo?, sólo sigan el cable de su radio, prendan su cerebro e imaginen que están en el interior. Seguramente verán cosas que nunca habían visto, si oyen un sonido muy bajito son los locutores que están grabando o están al aire, sigue el cable amarillo y llegarás a cabina, entra y agarra un micrófono. Empieza a hablar.

Tal vez te preguntarás por qué se llama este cuento "Hemos hablado por radio", te lo explicaré: la palabra que se dice en el micrófono, se oye en un aparato eléctrico. Esta vez, como tú entraste a la radio, lo que tú dices se oye en el aparato donde te metiste, es como un micrófono; así que si quieres salir en radio pero no puedes ir a una estación, usa tu imaginación y entra a tu radio, eso sí, no se valen vaciladas y no creer que con tu imaginación puedes hasta levantar un cerro y no dejarlo caer.

Lo que lees está escrito, verdad, si no estuviera escrito que harías, ni modo de inventarlo.

Para que exista la lectura tiene que existir la escritura. Te contaré una pequeña leyenda para que entiendas lo que un locutor debe saber:

Sabio- Debemos inventar un modo de comunicación para no hablar.

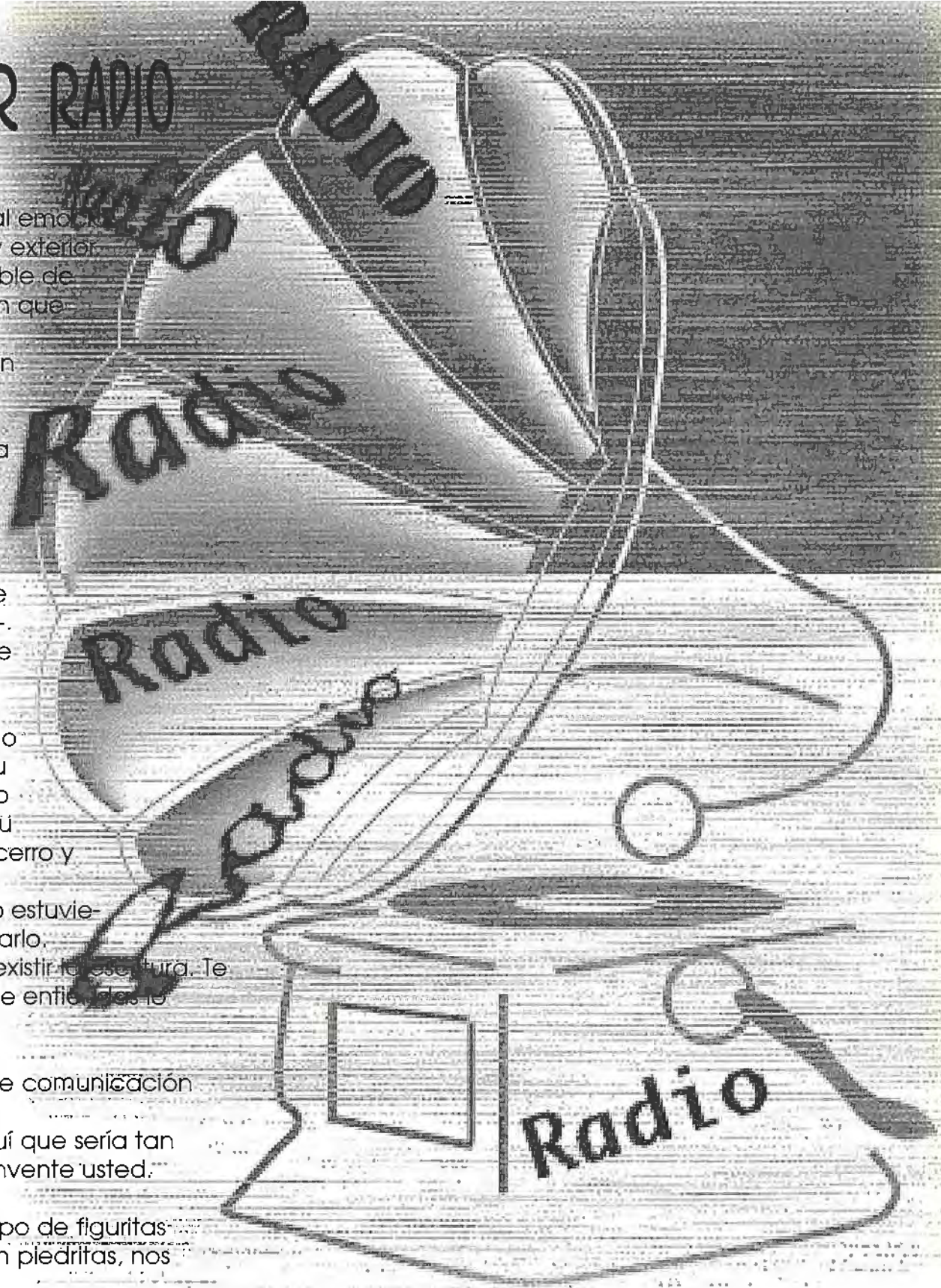
Niño- No es posible no hay nadie aquí que sería tan listo como usted y nadie quiere que lo invente usted.

Sabio- ¿Quién será el capaz?

Joven- Yo lo haré. Si inventamos un tipo de figuritas que signifiquen algo y lo escribamos con piedritas, nos comunicaremos.

Así se inventó la lectura que se lee en radio.

AMAYA ROSA CASTELLÓN PONCE
9 AÑOS



EREBUS

Lo que somos

Erebus es el nombre de una cumbre volcánica de la Antártida, también así llamaron los antiguos griegos a una subcategoría del infierno; jamás hemos estado en la Antártida, y tampoco en el infierno, por lo menos no que nos hallamos dado cuenta, aun ahí suponemos que de existir el infierno, ya sea en el centro de la tierra o en la punta de un volcán, debe ser un completo desorden. Quienes escogimos este nombre somos jóvenes con edades entre los diecisiete y veinticinco años y constantemente arriba o abajo, no importa la posición, vivimos un completo desorden, con el nombre de Erebus buscamos identificarnos con lo que hacemos y tal vez proyectamos.

Nosotros somos Tierra Media, que es un programa de Protocultura —organización de promoción cultural para los jóvenes— hecho por un grupo de

chavos (nosotros) que tiene entre sus objetivos rescatar, apoyar e impulsar el arte fantástico en el estado.

En esta sección vamos a tratar lo que tenga que ver con arte fantástico. Éste lo entendemos como la expresión plástica o literaria en la cual las reglas de causalidad del mundo real se rompen en virtud de efectos sobrenaturales; dentro de tal definición puede agruparse el terror, la ciencia ficción, la narración hecha con palabras o imágenes de mundos apocalípticos, postapocalípticos, donde reine la anarquía medieval, las supersticiones y se cuenten historias sobre duendes, enanos o dragones, o de mundos fantásticos como el creado por J. R. R. Tolkien en el Hobbit o en el Señor de los anillos o por Michael Ende en la Historia interminable.

Los temas que va a tratar Erebus son de literatura, juegos de rol (explicados

más adelante), videojuegos, cómic, cine, música y plástica. Los encargados son:

Literatura (Rogelio

Cárdenas y Luis Alberto Baltazar)

Rol (José Juan Domínguez)

Videojuegos (Gildardo Ascencio y Elías)

Cómic (Gilberto Izquierdo)

Cine (Luis Alberto Baltazar)

Música (Elías)

El diseño es de Jaime Saucedo

Nuestra asesora es Blanca Brambila

Para nosotros es muy importante tu opinión, puedes hacérsola llegar a Protocultura, Programa "Tierra Media". Apartado postal 39-152, Guadalajara, Jal., c. p. 44100.

¿Qué de mejor Tendrá el cielo?

Yamsha torció el cuello en dirección al bosque por centésima vez. Tenía que cerciorarse de que no se acercara nadie que pusiera en peligro a los moradores del castillo del clan Minamoto; de él dependía la seguridad de los hijos de Amaterasu, diosa del sol. Después de una delicada y exhaustiva revisión visual del terreno (un valle rodeado por un bosquecillo de cerezos y moreras, cubierto por cientos de crisantemos y con un lago artificial en el centro), Yamsha se convenció que aparte de varias ratas no había nada que amenazara el castillo. Suspiró aliviado y volvió a encerrarse en sus pensamientos hasta que empezó a sentir comezón en la espalda; el kimono de lana que le cubría el torso le rozaba la piel a pesar de la camisola que llevaba debajo. Intentó ignorar el molesto picor, pero era demasiado insistente como para no hacerle caso, así que pasó la mano izquierda por la parte de arriba de la espalda para rascarse, pero le fue imposible. La armadura samurai tenía demasiados arcos, tachas y placas para permitirle. De pronto, por el raballo del ojo vio moverse algo cerca de las enormes rocas que había en la ladera del valle. Fijó la mirada en esa zona por un momento... Nada se movió, entonces volvió a enfrascarse en su lucha contra la armadura. Tras varios intentos, Yamsha se dio por vencido, si no se quitaba el peto o utilizaba alguna herramienta para rascarse, jamás se desharía de esa molesta comezón. Decidió que quitarse la

armadura sería demasiado trabajo y consumiría mucho tiempo, tiempo que no podía desperdiciar, ya que la comezón no lo dejaba ya ni pensar; así que optó por la segunda opción. Eso significó otro problema: lo único que tenía a mano era su katana, y utilizarla para algo tan mundano como frotarse la espalda era faltarle al respeto a todos sus antepasados. Miró primero a la izquierda, y luego a la derecha rápidamente; miró, después, hacia atrás con los ojos bien abiertos, se sacó el casco, desfundó la katana, la tomó por la hoja y la introdujo entre la camisola de algodón y su piel. Cualquiera que lo hubiera visto en ese momento habría jurado que el muchacho estaba a punto de morir de placer. En aquel momento, Yamsha experimentó la sensación más deliciosa que jamás hubiera tenido. Sólo rezó porque su padre y el resto de los samu-

rais que habían llevado esa katana estuvieran mirando hacia otro lado desde su morada celestial. Cuando terminó de rascarse, guardó la katana en su funda y se puso el casco de modo apresurado para que ningún otro guardia lo viera. Mucho más aliviado, Yamsha volvió a vigilar el valle, el viento nocturno sacudía ligeramente las copas de los árboles y apenas si hacía temblar la superficie del lago. De pronto, una sombra brincó de un árbol a otro, al querer alcanzar una rama del segundo árbol, la ágil figura se dio cuenta de que había tomado demasiado impulso y fue a dar contra un montón de rocas varios metros más allá de su objetivo con el característico ruido seco de huesos al quebrarse. Pero Yamsha ni siquiera se dio cuenta del instante en el que la sombra se levantaba reacomodándose las costillas y soltando una silenciosa maldición, ya

que se había dado la vuelta para examinar detenidamente su katana. La miró con los ojos de respeto durante largos segundos y después, con una sonrisa divertida, la desfundó mientras decía:

-No creo que mi padre se moleste si me vuelvo a rascar, aunque, pensándolo bien, si se enoja ni modo, él está muerto y yo no.

Volvió a quitarse el casco y a pasarse el mango de la katana por la espalda. El rascarse con una espada que había pertenecido por setenta y dos generaciones a su familia y que había derramado la sangre de más de seiscientos enemigos era algo exquisito; definitivamente una deshonra a la tradición familiar, pero algo exquisito al fin y al cabo. Además, pensó, alguno de los setenta y dos portadores de la katana había tenido que darle comezón alguna vez, tenían que entenderlo; pero en todo caso, si no lo entendían ni

modo; al igual que su padre, ellos estaban algo más que bien muertos. En eso pensaba Yamsha cuando la sombra volvió a moverse, esta vez en dirección a la puerta que él guardaba. Al intentar deslizarse sin ser



vista, la sombra pisó en mal forma una piedra cubierta de musgo que lo hizo resbalarse por la ladera del valle hasta el centro de éste, junto al lago. Nuevamente, la sombra soltó una silenciosa maldición y Yamsha no lo escuchó en el éxtasis de rascarse la espalda.

El joven samurai enfundó su katana y al volverse para revisar el valle, no tuvo que esforzarse en localizar a algún posible enemigo del clan; esta vez, con la más absoluta falta de precaución, la sombra se acercaba a él. Odio y frustración leyó Yamsha en los ojos del que ahora reconocía como un ninja; ojos, que de no haber estado iluminados por las antorchas del castillo, brillarían con fuego propio en la más oscura de las penumbras. Su cuerpo delgado y bajo de estatura, enfundado en un traje negro que lo cubría de pies a cabeza, estaba tenso por las ansias reprimidas de matar.

-¡Hola! ¿Qué se le ofrece?, atinó a preguntar cándidamente Yamsha recibiendo por respuesta un helado silencio.

-¿Viene con intenciones agresivas? El ninja contestó esta vez de una forma igual de silenciosa pero mucho más dinámica: con un rápido movimiento de la mano izquierda despojó a Yamsha del casco y con la derecha extrajo de su uniforme un pequeño cuchillo que a la luz de plata de la luna se manchó con sangre de la garganta del joven guerrero.

Yamsha torció el cuello en dirección al bosque por centésima vez. Tenía que cerciorarse de que no se acercara nadie que pusiera en peligro a los moradores del castillo del clan Minamoto, de él dependía la seguridad de los hijos de Amaterasu, diosa del sol.

-¿Lo ves Goku?, preguntó una voz infantil desde el fondo de la arboleda.

-Sí, lo veo, pero ¿qué estás haciendo, Osuka?

Después de una dedicada y exhaustiva revisión visual del terreno (un valle rodeado por un bosquecillo de cerezos y moreras, cubierto por cientos de crisantemos y con un lago artificial en el centro), Yamsha se convenció que aparte de varias ratas no había nada que amenazara el castillo.

-Está cuidando las puertas del castillo, contestó Osuka a su amigo.

-¡¿Qué?!, pero si...

-¡Shhh...! Fíjate y cállate, atajó

Osuka al otro niño nerviosamente, temeroso de que los oyera el samurai. Yamsha desfundó su katana con una sonrisa en los labios que le iluminó el rostro, y a punto estuvo de sacarse el casco cuando escuchó ruido en la arboleda que rodeaba el castillo. Se volvió justo a tiempo para ver cómo un niño de diez años golpeaba en la cabeza a otro de menos edad. Iba a gritarle a la pareja que se alejaba de aquel sitio cuando el menor de los niños salió corriendo internándose en el bosque.

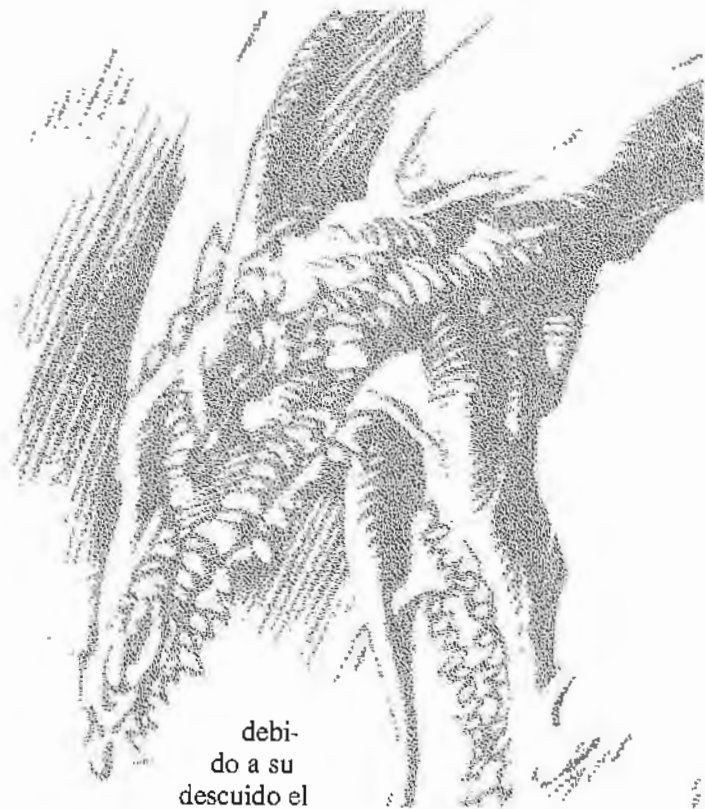
Osuka corrió detrás de Goku entre los árboles que cubrían las ruinas del castillo mil años después de su caída.

-¡Eres un tonto, Goku! Por tu culpa nos escuchó.

-De acuerdo, contestó el otro niño mientras se detenía a tomar aire y amarrarse una agujeta suelta del tenis.

-Pero, ¿qué estaba haciendo?

-Es el espíritu de un guerrero samurai que murió frente a las puertas del castillo Minamoto hace mil años,



debi-
do a su
descuido el
clan entero pere-
ció a manos de los mon-
goles.

goles.

-¿Y qué hace ahora?

-Trabaja de fantasma. Amaterasu lo castigó negándole el descanso eterno, y ahora debe penar hasta que se acabe el mundo cuidando las ruinas del castillo.

Yamsha escuchó la plática de los niños escondidos detrás de un árbol y no pudo evitar sonreír. Si bien Amaterasu le había negado el descanso eterno se había olvidado de quitarle la katana con la que, mientras existieran las estrellas, se rascaría la espalda en un eterno éxtasis de placer.

Y Yamsha se preguntó:

-¿Qué de mejor tendrá el cielo?



Videojuegos

Un pasatiempo entretenidísimo son los videojuegos, desde los juegos de estrategia, de simulación RPG (Role Playing Games), de fighters (peleas), hasta muds (juegos de rol por computadora), todos teniendo en común la fantasía o la ciencia ficción. Por lo tanto, en Erebus presentaremos reseñas, críticas, comentarios y tips, tanto de clásicos como de novedades en todos los sistemas de juegos: Nintendo, Sega, Neo Geo, o de computadoras, y también direcciones de muds.

En esta ocasión vamos a hablar de un clásico: la leyenda de Zelda "Link en el pasado", este programa fue hecho

por la compañía Nintendo on America Inc. (P. O. Box 975, Redmond wa 98073-0917 USA).

"Link en el pasado"

De acuerdo con los pergaminos yllianos, los místicos dioses descendieron al mundo, crearon en él orden y vida; el Dios del Poder creó la Tierra; el Dios de la Sabiduría, la ciencia y la magia, y trajo orden a la naturaleza, y el Dios de la Valentía, junto con justicia y vigor, creó la vida (los animales andarán en la tierra y las aves planearán por los cielos). Cuando terminaron su trabajo dejaron el mundo, pero antes crearon un símbolo de su poder, un triángulo dorado conocido como la Trifuerza; esta pequeña pero poderosa

porción de la esencia de los dioses fue depositada en un artefacto, el cual fue guía de la vida inteligente en el mundo de Hyrulia, este artefacto tiene, además, el poder de hacer realidad los deseos de quien lo posea.

Este objeto fue escondido en la tierra Dorada, muchos lo buscaron sin éxito hasta que un grupo de ladrones comandados por "Ganon" lo encontraron y convirtieron la tierra Dorada en el mundo oscuro. Al ver esto el Señor Hyrulia le pidió a los siete sabios y a sus caballeros cerrar el paso al mundo oscuro, estos sabios forjaron la espada maestra, que era capaz de repeler la magia de la Trifuerza; hubo una guerra que cobró muchas vidas y fue recordada por los siglos como la guerra del encarcelamiento.

Muchos siglos han pasado desde aquella guerra y la gente de Hyrulia vivía en paz, pero de repente llegaron a esas tierras pestes y sequías que ni la magia podía controlar; entonces el rey de Hyrulia mandó revisar el sello que hicieron los siete sabios, el cual fue encontrado intacto. Llegó un extraño llamado Agahnim, quien controló los desastres con un tipo de magia nunca antes vista; en recompensa el rey lo convirtió en vigilante del sello.

Después empiezan a correr rumores acerca del hechicero ese que gobierna las tierras, que una magia extraña emana por las noches de la torre del castillo donde se hospeda el hechicero.

El mundo oscuro está corrompido por los malos deseos de Ganon, quien quiere apoderarse de toda Hyrulia para, pero para que esto suce-



da
debe
romper
el sello de

los siete

sabios. Él no puede

hacerlo solo, ocupa la fuerza vital de los descendientes de los siete sabios; con Agahnim, el hechicero, como peón hace esto realidad.

Tu eres Link, el héroe legendario de Hyrulia, debes encontrar la espada maestra, entrar en el mundo oscuro, salvar a las doncellas descendientes que Agahnim tiene prisioneras y después de muchas aventuras y misterio regresar la paz a Hyrulia.



AVAHLAAR

QUERDO 95

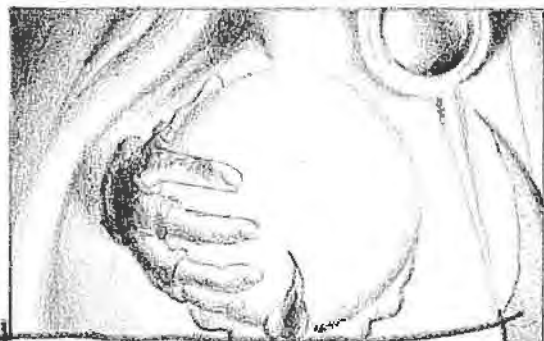
AVAHLAAR, EL CONQUISTADOR, OBSERVA EN SILENCIO SU ETERNO REINO. EL VASTO CIELO Y LA INMENSA TIERRA QUE SE FUNDEN EN EL HORIZONTE. ESTE MUNDO ES SUYO.



SIN EMBARGO, VIVE EN SOLEDAD... SOBREVIVIO A SU CIVILIZACIÓN 2 MIL AÑOS ATRÁS.

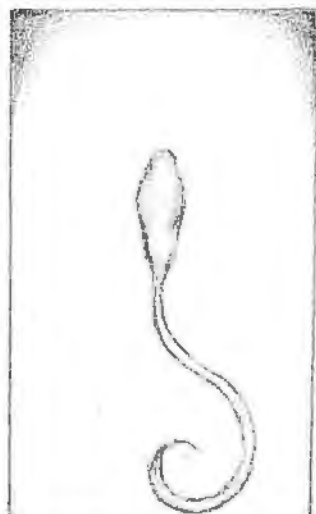


EN SU PALACIO MANTIENE EL TESORO MÁS PRECIADO QUE ALGÚN REY LLEGARA AÑORAR.



LA SALVACIÓN PARA SU PUEBLO PERDIDO. UNA ERA DE PROSPERIDAD.

LA GLORIA DE SU ETERNO IMPERIO...



UN REGALO.



UN DESEO QUE JAMÁS SE CUMPLIÓ



SU PRIMER HIJO VARÓN.

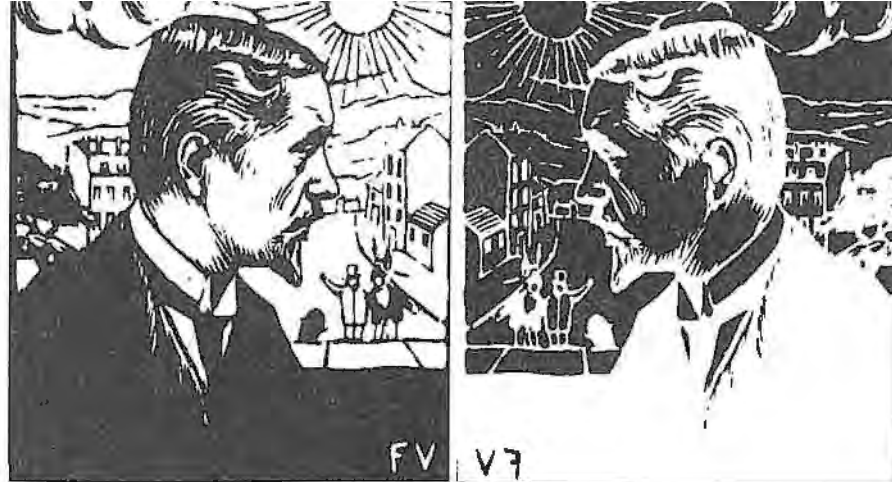


SU PRIMOGÉNITO.

Entrecejos

Artes plásticas

FRANCISCO ARVIZU HUGUES



Líneas y sombras en el ojo avizor de Félix Vallotton

Inusual exposición ha permanecido en varias salas del Museo de las Artes desde finales de noviembre de 1995: *Félix Vallotton Prints and preparatory Drawings*, patrocinada por la Embajada de Suiza en México, Pro Helvetia, Fundación para la Cultura, Galería Paul Vallotton de Lausana, Suiza y la Universidad de Guadalajara, por medio de la Coordinación General de Extensión.

Son varias las estaciones de Vallotton (1865-1925) por el arte del buril. Desde el tránsito por la "imitación", no dudamos del fondo academicista del objetivo, también podríamos llamarlo registro cuasifotográfico de lo habido, como obra culminada o el tránsito de momentos de la realidad por el ojo del artista. Estancia donde la capacidad de captación y la pericia de Félix Vallotton convierten tanto las impresiones de autores anónimos (*El hombre que ríe*, aguafuerte de 1888) como los rostros célebres, por propia mano de Rembrandt, genial ejercicio en punta seca, sin que se pier-

dan cualidades del original ni que aquello devenga en pastiche de segunda mano o con ánimos simplificadorios, hasta la genialidad de la incisión sencilla que hace del medio una propuesta de espacialidad emotiva, rasgo de sus posteriores obras, o al menos las logradas en los inicios del presente siglo.

Pues lo asimilable de la naturaleza "al natural" fue llevado por nuestro autor a los rangos de la línea y la sombra conjuntada, nunca la simplificación o el convertir el trazo de un sucedáneo de la realidad. Sus estampas, diversas, del Mont Blanc o de otros paisajes orográficos de Europa así lo consignan. Como la intimidad de sus escenas familiares, donde el grosor de la incisión (xilografías y litografías) evoca inmejorablemente perspectivas y volúmenes a través de una singular economía en medios. Aunque también ciertos esquemas nos remitirían a otros nombres

ahora célebres para la historia iconográfica de las ideas, como la cercanía a Aubrey Beardsley en *La pereza*, xilografía de 1896, aunada a su apunte terminado a tinta china. Singularidades del instante íntimo que llega a los extremos de la picardía asumida en *La emoción*, xilografía de 1894, notable estampa digna de aparecer en las mejores colecciones de arte erótico gráfico.

Pasajero de su tiempo, Vallotton dejó impronta de ello, bajo un cariz de serena ironía. Por ejemplo, sus obras de 1896 *Art Nouveau*, litografía, la serie *Instrumentos musicales*, xilografías. Sin embargo, son sus escenas "de calle" las que alcanzan un nivel de crónica cristalizada, por sus pertinencias en la captación del instante y el logro de volúmenes transidos por la mutabilidad del tiempo; ejemplo de ello, *La manifestación*. Pero, en especial, la serie dedicada a la guerra nos muestra el Vallotton a la altura de los célebres registros sociales de la gráfica (*C'est la guerre*, *Llegó la*

guerra, de 1916, es materia elocuente de ello), asimilable a las memorias de Otto Dix (el verdadero rostro de la caricatura social) y Georg Grosz, José Guadalupe Posada —por su capacidad para convertirse en el ojo urbano avizor que no cualquier grabador lleva dentro— y la prefiguración de toda una Käthe Kollwitz, cuando el expresionismo estético constituyó la marca de una época que todavía no se cierra.

Hay otras cualidades en esta exposición: la no contrariedad entre el boceto, por lo general a tinta, y el grabado final, momentos creativos perfectamente hermanados por la calidez del trazo de Félix Vallotton, que supo sobrevivir, con su perfil propio, a los indistintos ismos que se sucedieron a lo largo de su existencia. Constituyen las dos caras de un mismo objetivo, como el darnos a conocer el arte —en un extremo periplo creativo— de este artista grande que, por ciertas razones u otras, en el papel nos nos suena tan familiar o reverenciado.

Félix Vallotton

PRINTS AND PREPARATORY DRAWINGS



ARNULFO EDUARDO VELASCO

La ciudad de los niños perdidos

Un filme es un todo. Si dices: "los actores eran buenos", o "la música estaba genial" o "el manejo de la luz es extraordinario" es que algo salió mal.

Marc Caro

En contra de lo que en ocasiones muchas personas parecen o pretenden creer, el cine no se limita a las cosas más comerciales que se producen en Estados Unidos. También existe en otras partes del mundo, y también ese cine vale la pena ser visto (a pesar de los aparentes esfuerzos de los distribuidores para impedirlo).

Ciertamente, en México se puede ver algún cine francés, pero en forma espo-

rádica y por lo general a través de la distribución de alguna gran compañía estadounidense. Cuando la película no tiene la suerte de atraer la atención de un consorcio americano, los mexicanos nos quedamos sin verla. Sin embargo, es posible que en algún cercano futuro podamos ver *La Cité des enfants perdus*, la película más reciente de la pareja de cineastas Jean-Pierre Jeunet y Marc Caro, dado que la cinta estaba ya com-



prometida para su distribución internacional (por la compañía Sony Classic) desde antes de terminar su realización.

Esta película es una obra que merece recibir toda la atención posible. Ya con *Delicatessen* (1991) estos realizadores habían logrado impresionarnos con su notable sentido del espacio fílmico y su capacidad para crear universos paralelos perfectamente creíbles. *Delicatessen* impactaba por la forma como lograba utilizar una cámara en constante movimiento y técnicas provenientes del cine de animación, sin caer por ello en la mera pirotecnia de imágenes.

Caro y Jeunet son dos personajes particulares. Formados en el cine de animación, comenzaron a colaborar a partir de 1974, realizando cintas con marionetas animadas. Marc Caro había adquirido un cierto prestigio como dibujante gracias a ciertas historietas (bastante pesimistas) publicadas sobre todo en la revista *Metal Hurlant*. En 1981, realizan un cortometraje de acción viva, *Le Bunker de la dernière rafale*, que logra una fama particular entre un público advertido, y en el que ya aparecen los elementos de "ciencia ficción retro" que van a definir su estilo. Con *Delicatessen* obtienen reconocimiento internacional, pues la cinta tiene un notable éxito tanto en Francia como en el extranjero. En Estados Unidos su trabajo es equiparado al de un Terry Gilliam.

Desgraciadamente, esa película sólo ha podido ser vista en México en funciones casi privadas y a través de una edición estadounidense en *laser-disc*.

La Cité des enfants perdus es, quizás, una obra con un sentido estructural diferente al de *Delicatessen*, pero lo que pierde en el aspecto narrativo lo gana en delirio visual e imaginativo. Por otra

parte, el contenido poético de este nuevo filme no se queda atrás. El relato, construido a partir de una búsqueda, se ambienta en un universo marino que evoca la imagen de los muelles nórdicos en la iconografía del siglo XIX. El personaje principal, una especie de gigante bonachón que recuerda al Zampanó de *La Strada* (1954) de Fellini (al principio de la cinta se gana la vida rompiendo cadenas en un circo callejero como el personaje fellinesco), es interpretado por el mismo Ron Perlman de *Quest for Fire* (1981) y *The Name of the Rose* (1986) de Jean-Jacques Annaud, y *Cronos* (1992) de Guillermo del Toro, en una más de sus caracterizaciones camaleónicas (vale la pena señalar que Marc Caro decidió contratar a Perlman después de haberlo visto en esta última película mexicana). La búsqueda lo lleva a entrar al universo delirante creado por un científico loco (el Dominique Pinon de *Delicatessen*) que, además de un extravagante conjunto de sosias suyos y un cerebro parlante (la voz de Jean-Louis Trintignant) ha creado un ser incapaz de soñar que se dedica a robar los sueños de niños que rapta (Daniel Emilfork). Todo eso aderezado por un juego constante de referencias, que van desde los cuentos de hadas hasta el cine de terror, pasando por el de animación (sobre todo Tex Avery y el *Pinocchio*, 1940, de Walt Disney), la pintura de Chirico, y la historieta francesa contemporánea (principalmente Moebius, Tardi y Bilal). A eso hay que agregar un trabajo visual que crea imágenes que parecerían propias sólo de una dimensión onírica. Esta cinta rompió un récord en Francia, por ser la obra con más trucajes realizada hasta el momento en ese país (al parecer no hay un solo plano en la película que no contenga algún truco, la mayoría de ellos producidos por medio de computadora). Pero, al contrario de lo que ocurre con muchas películas estadounidenses, los efectos visuales en esta cinta no son el atractivo principal, y están presentados de tal

forma que a menudo pasan desapercibidos al espectador, que se interesa más por el resultado final de las imágenes en la pantalla que por la forma como éstas fueron producidas. El efecto puede ser delirante a veces (como en todo lo relacionado con la pulga asesina, que es una imagen digitalizada que produce un efecto en tercera dimensión de funcionamiento perfecto, y que da el pretexto para las maravillosas tomas en que se ven las cosas desde su punto de vista, con una cámara dando gigantescos y fluidos saltos), pero siempre controlado por un deseo de comunicar más que de impresionar.

La colaboración entre Caro y Jeunet se estructura sobre una eficiente distribución del trabajo. El primero se ocupa del aspecto visual; el segundo, de las cuestiones del relato. Técnicamente, el primero asume las funciones de un director artístico, pero ambos insisten que el resultado final es producto de la interacción de su trabajo respectivo.

Los temas básicos de esta película son, por supuesto, la idea del doble (o la reproducción) y (como un resultado de lo anterior) la mutilación o separación. Los personajes forman grupos constantemente o se mueven en parejas, y muchas de las motivaciones de éstos vienen a concretarse en un deseo de integración (de formar parte de algo, o completar una realidad fragmentada o incompleta desde su origen). Al lado de ello tenemos la sorprendente historia de amor entre el protagonista y una niña de nueve años (Judith Vittet), que es quizás

el mejor manejo que se ha visto en el cine de un tema que por lo regular deriva en el tremendismo o la complacencia.

También es notable el manejo del color, pues en la cinta se explota inteligentemente (pero sin exhibicionismo) una paleta cromática simbólica, en la que dominan los tonos oscuros (con una preponderancia del azul), pero en constante oposición a ciertos tonos brillantes en el vestuario (sobre todo de los villanos), que fue diseñado por Jean-Paul Gaultier.

El resultado final es una obra que produce en el espectador la sobrecogedora pero siempre grata impresión de estar viviendo un sueño ajeno, o de entablar conocimiento directo con los elementos más elaborados de nuestro inconsciente.

La Cité des enfants perdus (1995)

Director: Marc Caro y Jean-Pierre Jeunet

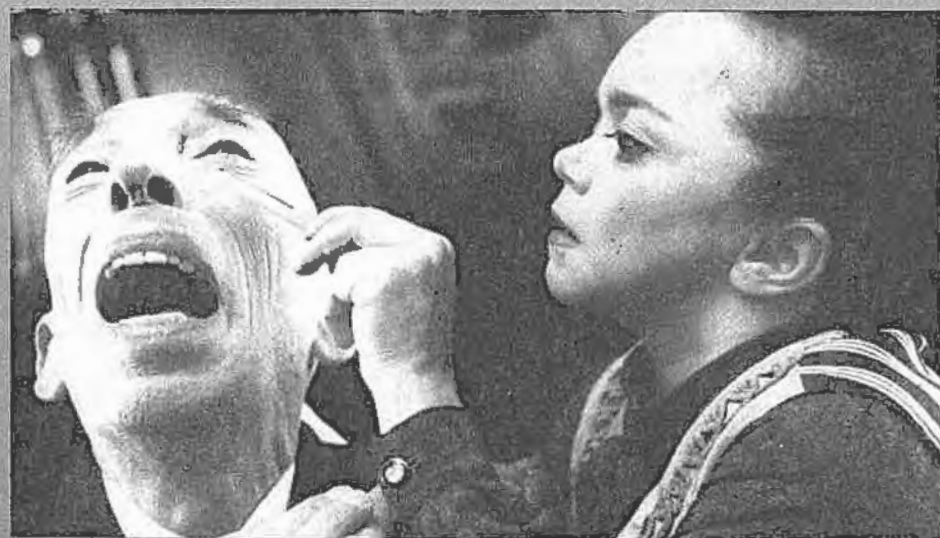
Intérpretes: Ron Perlman, Daniel Emilfork, Dominique Pinon, Judith Vittet, Jean Claude Dreyfus

Fotografía: Darius Khondji

Maquillaje: Angelo Badalamenti

Producción: Claudie Ossard

Duración: 112 minutos



La sabiduría de los placeres idos

Entre
Libros

La novela es una meditación sobre la existencia vista a través de personajes imaginarios.

Milan Kundera

La lentitud, novela más reciente de Milan Kundera, hace desear un regreso al siglo XVIII, a otra dimensión del cuerpo, el tiempo y los placeres. Kundera cuestiona a dónde vamos con el aceleramiento, qué pretendemos avanzar con tanta rapidez, se pregunta y nos pregunta de qué estamos huyendo. Nos lleva a reflexionar acerca del mundo, la velocidad y el ruido, que parecen tener bloqueados nuestros sentidos primarios; se suple la calidad por la cantidad, lo exterior y periférico por lo interno, y la lentitud por la rapidez.

Un proverbio checo define la dulce ociosidad mediante una metáfora: contemplar las ventanas de Dios. Los que contemplan las ventanas de Dios se aburren; son felices. En nuestro mundo, la ociosidad se ha convertido en desocupación, lo cual es muy distinto: el desocupado está frustrado, se aburre, busca constantemente el movimiento que le falta.

Kundera narra un viaje que hizo con su esposa a un antiguo palacio en Francia, y es en este lugar donde se reúnen presente y pasado. La portada nos introduce a los opuestos: una motocicleta del siglo XX y el carruaje del siglo XVIII en el mismo espacio, el mismo cielo a punto de amanecer.

Kundera reflexiona y cita principalmente dos novelas dedicadas a los placeres, *Point de Lendemain*, de Vivant Denon, y la otra, *Las amistades peligrosas*, de Choderlos de Laclos. Kundera cuenta la aventura de Vivant Denon, que la disfruta para recordarla después en silencio y aun cuando la escribe guarda la mayor discreción acerca de sus personajes; en cambio, en *Las amistades peli-*

grosas todo lo que viven sus personajes lo viven para contarlo, transmitirlo; su búsqueda ya no es el placer en sí mismo, sino la conquista, el tener aventuras que contar.

El campo, y un palacio francés, es el puente que pasa a través de los siglos para unir el pasado y el presente. El palacio todavía guarda el eco de los amores de Madame T., "amable amiga del placer, dulce y protectora, guardiana de la felicidad". Madame de T. es inteligente y previsora, el escenario está dispuesto para su aventura nocturna en la que la lentitud, la suavidad de movimientos son esenciales para prolongar la excitación. El carruaje, sus movimientos lentos, son el pretexto para el goce de los cuerpos, los invita a la intimidad. Madame de T. es una experta en crear ambientes, en preparar el acto del amor como una puesta en escena; cada uno de los actos está más o menos previsto: el paseo por el jardín; el juego y el duelo de palabras, de inteligencia para conducir, ella lleva las riendas todo el tiempo; guiar y dejarse guiar; dejar despiertos todos los sentidos; prever ritmos, pausas, que prolongan la excitación hasta llegar al tercer acto, "allí es donde hacen el amor, larga y lentamente, hasta el

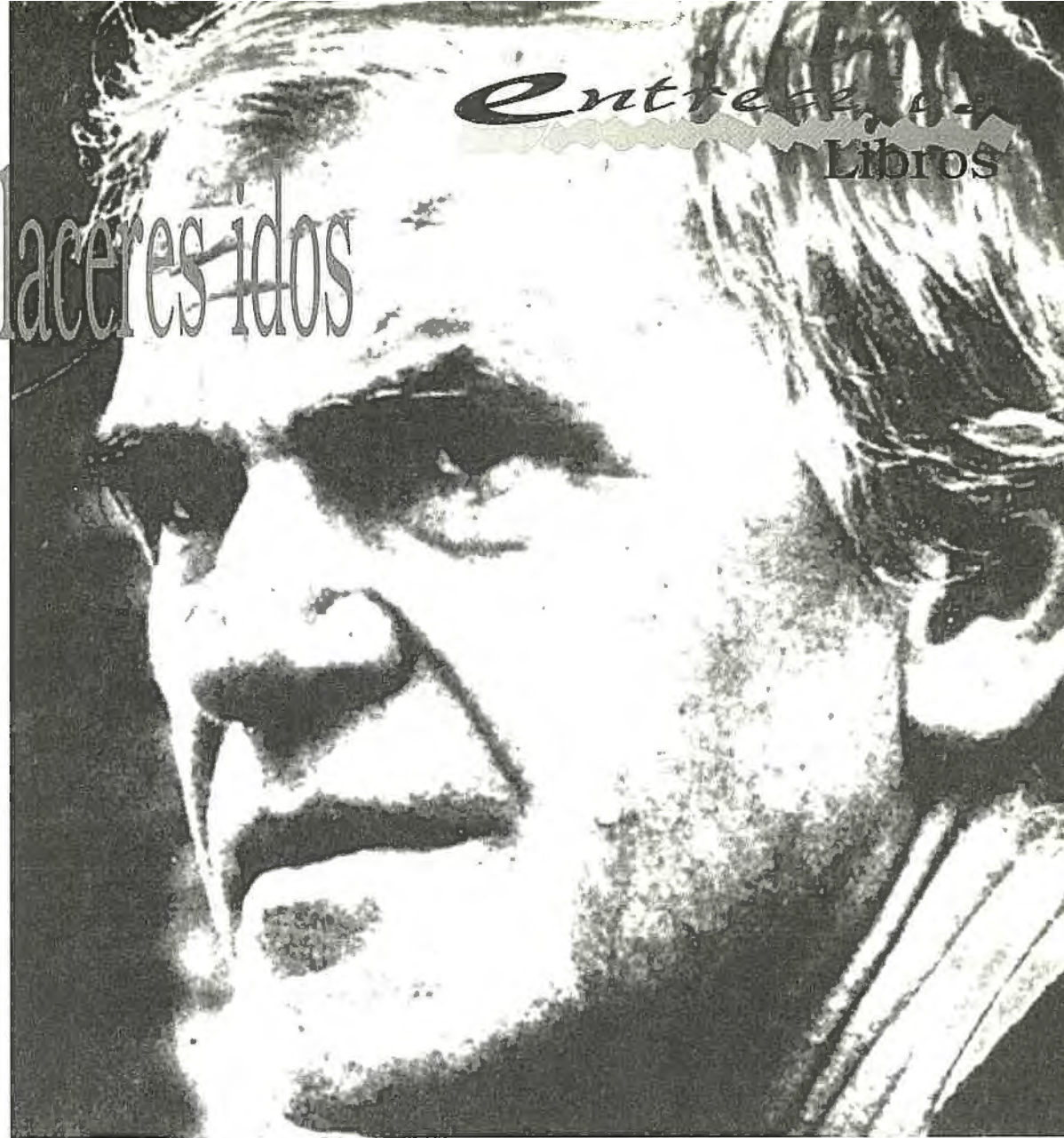
amanecer. Madame de T. supo hacer que el lapso de tiempo que les estaba destinado pareciera una pequeña pero maravillosa construcción arquitectónica, como una forma".

El autor dice que la lentitud ayuda a la memoria, te mantiene consciente, te facilita el estar en contacto contigo mismo. Madame de T. se toma todo el tiempo para preparar el ambiente adecuado para sus amoríos con Denon, para entrar en contacto con su cuerpo, sus sensaciones. En cambio, la rapidez, la velocidad, te concentra en el éxtasis del movimiento, del momento. Una pareja representa lo que sería el acto amoroso para un público anónimo; ambos actúan pero su finalidad no es el placer que puedan proporcionarse uno al otro. Él vive una aventura solamente para tener

algo que contar a su grupo de amigos; como una forma de reivindicar su ego mal herido; ella está sola y desea la relación, pero se conforma con seguirle el juego a su acompañante. Ellos fingen el máximo placer sin conseguirlo, sin entregarse.

Al salir del palacio, ambos caballeros se encuentran; uno se refugia en la velocidad, no quiere sino olvidar, subir a su moto para no tener que pensar en nada, mucho menos en él mismo, en lo que acaba de ocurrir. El otro, mucho más afortunado, sube a su carruaje y se entrega a la lentitud de sus movimientos, al recuerdo.

La novela de Kundera no es una línea vertical que corra de principio a fin, el autor se sirve de varios textos para plantearnos historias paralelas; para



El imaginario novelado de Homero Aridjis

hacernos reflexionar sobre la rapidez como saturación de los sentidos, como un punto de fuga, y la lentitud, sus implicaciones en nuestra vida, el placer y la sensualidad son temas centrales. Cita varias veces a Epicuro, a quien califica de idealista:

La sabiduría epicúrea tiene un trasfondo melancólico: arrojado a la miseria del mundo, el hombre comprueba que el único valor evidente y seguro es el placer que él mismo puede sentir, por pequeño que sea: un sorbo de agua fresca, una mirada hacia el cielo (hacia las ventanas de Dios), una caricia. Comprendió que la vida dichosa de un modo extremo escéptico: siente placer aquel que no sufre. Así, pues, es el sufrimiento la noción fundamental del hedonismo: se es feliz en la medida en que no se sufre; y, como los placeres traen muchas veces más desgracias que felicidad, Epicuro sólo recomienda placeres prudentes y modestos.

Milan Kundera duda de que esto pueda llevarse a cabo, por eso califica a Epicuro de utópico, pero al mismo tiempo apuesta por el placer de la lentitud, por otra forma de disfrutar que no tiene nada que ver con el éxtasis del movimiento, sino de las cosas simples; la gama es tan amplia, desde un abrazo hasta un baño perfumado, saborear un durazno por la textura de su piel, su olor, su tamaño y, finalmente, su sabor. Aunque Madame T. nos transporta a placeres más sofisticados, al *Elogio de la madrastra*, de Mario Vargas Llosa, al recordar sus ritos de limpieza, la costumbre de ir preparando el cuerpo, todos los sentidos del lavado de las orejas a la limpieza del intestino, del cuidado de los pies a la música previa a la cita amorosa, a la preparación de sus cuerpos escenarios y partícipes del amor.

Uno de los temas laterales en la novela es el de los personajes públicos que no viven sino para mantener su imagen lustrosa y resplandeciente en pantalla; viven en una eterna lucha, cuestionando a todos, tratando de hacer de su vida una obra de arte, iluminada y absurda; pierden su vida para entregarla a las cámaras, no buscan la virtud sino a cambio de la gloria.

Todo tiene sus costos y sus gratificaciones.

Milan Kundera. *La lentitud*. México: Tusquets (col. Andanzas), 1955.

Considerada por su autor y por la crítica como novela histórica, esta obra escapa a esta clasificación al recuperar una de las tradiciones textuales literarias y religiosas más ceñidas al imaginario social, a lo fantástico, lo sobrenatural y lo simbólico: las visiones.

Las visiones constituyeron, durante la Edad Media, uno de los más importantes medios a través de los que la fantasía y las figuras míticas del pasado pervivieron. El racionalismo moderno rechaza los relatos maravillosos vertidos en las visiones de los monjes medievales y considera como absurdas y desbordadas patrañas muchas de las anécdotas y tradiciones contenidas en esos textos. Sin embargo, un análisis de la hagiografía del antiguo cristianismo revela datos muy valiosos acerca de los conflictos ideológicos y la mentalidad medieval.

San Atanasio, en su célebre *Vida de San Antonio*, refiere historias sobre los demonios que atormentaban al Padre de los monjes: demonios que "llegaban hasta el techo" (cap. XXIII) o "hasta las nubes" (cap. LX), o se transformaban en tentadoras mujeres. Sus relatos constituyen un paralelo antitético de las visiones salvadoras, también abundantes durante el medievo. En unas y otras visiones habla el lenguaje de los sueños que inspira y genera gran cantidad de textos iconográficos hasta bien entrado el Renacimiento y en las épocas posteriores a éste, lenguaje de símbolos y tradiciones que se hayan presentes en la literatura mística y en los propios "sueños"



considerados como género literario, ya en los llamados siglos de oro, y de los que tenemos ejemplos valiosos, en prosa y verso, producto del trabajo de autores tan brillantes como Francisco de Quevedo y Sor Juana Inés de la Cruz. Aridjis ha rescatado estas tradiciones que, en épocas agitadas por ideas mesiánicas y apocalípticas, proliferaron y dieron nueva vitalidad a figuras simbólicas, ya caducas, pero cargadas de aspectos y motivos propios de un imaginario popular sumamente sincrético, desdeñado por las vertientes realistas del arte y ajeno a las narraciones históricas del siglo pasado.

Los autores hispanoamericanos modernos, que vuelven a las tradiciones míticas y se valen de ellas, incluso en las obras en que el aspecto histórico es fundamental, irán cada vez más lejos en su exploración de ese tipo de recursos narrativos en los que la fantasía más pródiga y la realidad testimonial se fusionan y confunden.

Las informaciones históricas aparecen en el texto narrativo moderno de Aridjis integradas a la anécdota como puntos de anclaje que constituyeron iudicadores espaciotemporales, principalmente, pero domina una perspectiva mitificadora, con frecuencia marcada por los aspectos religiosos, respecto a los cuales se percibe una focalización distanciada, hiperbólica o paródica, o bien se busca reconstruir, pero también establecer distancias en relación con un conjunto de ideas y concepciones que estuvieron vigentes y abundaron durante la segunda mitad de la Edad Media europea, en vínculo estrecho con una amplia e importante cultura sobre lo escatológico. En este ámbito de idea, *El Apocalipsis*, de Juan el Teólogo, constituyó una referencia obligada, pero fueron abundantes los escritos que vinieron

a enriquecer las tradiciones sobre el fin de los tiempos y las relaciones entre el mundo terreno y el sobrenatural. *El Pastor*, de Hermas (a mediados del siglo II), constituyó el monumento más importante de la primitiva literatura apocalíptica cristiana. Este tipo de obras y las ideas en ellas contenidas se revitalizaban en períodos de hambruna, guerra, peste y, particularmente, al final de cada centuria. Su existencia fue muy importante hacia el año mil, época que coincide con el desarrollo de algunas "lenguas locales", ya diferenciadas del latín vulgar, caso del castellano.

Homero Aridjis le ha rendido un homenaje tanto a esa literatura centrada en el imaginario y que desdeña los aspectos verosímiles, como a esa lengua que es una de las más utilizadas del planeta y en la que se han escrito algunas de las más importantes obras literarias de la humanidad.

Aridjis ha dividido su novela en veintisiete capítulos, cada uno de los cuales lleva por título "Visión", y va enumerado en orden creciente, pero no corresponde en su contenido, de modo estricto, al concepto que designa cada una de las partes de la narración. La novela está relatada totalmente en primera persona por un narrador protagonista, Alfonso de León, quien se presenta a sí mismo sin modestias y como un monje:

[...] alto y delgado de cuerpo, de rostro fino y gracioso, mi cabello es negro y cae sobre mis orejas como cejas. Tengo hombros bien proporcionados y manos delicadas. Soy hombre de buen seso y amena conversación, mesurado y llano en la palabra, discreto y alegre, cuerdo y osado, bien regido en el comer y beber, aunque un poco triste y enojoso. Soy limpio en el vestir y en mi persona, amo mucho los libros y me doy a las mujeres con soltura. Más de lo que a un monje conviene. Cuando era niño, por engaño de los sarracenos toméme islamita, pero reconocí mi error y rompí con ellos marchándome de Córdoba, no sólo para defender mi vida, sino para salvar mi alma. Mi linaje es

antiguo, de parte de mi padre es de califas o judíos (sólo Dios sabe), del lado de mi madre es de reyes. Tengo un hermano gemelo moro (*op. cit.*, p. 32.).

Este retrato no es el único que se nos ofrece del personaje principal. Por medio de sus propias palabras tendremos conocimiento de otras perspectivas y otras imágenes del protagonista. Estas otras visiones de la figura del personaje constituyen cuadros paródicos en perspectiva y de la imagen que el propio narrador brinda, introducen la pluralidad de enfoques y cuestionan la veracidad de las palabras del narrador, creando un juego de distanciamientos que evita la monofonía de la narración.

El dualismo, la figura de los dobles antitéticos y complementarios, la erotización de las tradiciones religiosas cristianas, la mitificación de los personajes y la reelaboración de relatos que proceden de antiguas culturas, recurrentes en las obras de Aridjis, reaparecen en esta novela en la que la dualidad conflictiva no sólo está marcada por concepciones éticas peculiares y no totalmente convencionales del Bien Supremo y del Mal Absoluto, sino también están relacionadas con aspectos raciales, religiosos y culturales que tienden a subrayar la diferenciación entre seres y pueblos que son, pese a sus diferencias, similares y han compartido una misma historia y un mismo espacio territorial.

Alfonso de León encarna en la novela un Mesías apocalíptico que se opone al odio y la fuerza de Abd Allah, su hermano gemelo y especie de anticristo que se transforma en el caballero negro de Al-Mansur ibn Abi Amir, gobernante del Al-Andalus en la península ibérica, durante los últimos años del siglo VIII y los primeros del siguiente. En la novela, la narración de los encuentros y desencuentros de los dos hermanos se entrelaza con descripciones de batallas, seducciones de monjas, anécdotas de harem, infidelidades y relatos pícaros al estilo de Boccaccio, pasajes en los que participan seres sobrenaturales, ritos heréticos, bodas fúnebres e his-

torias de amor y traiciones. Todo ello es relatado con un lenguaje arcaizante que recupera vocablos, construcciones, refranes, sintaxis y ortografía del castellano medieval, y en el que los giros poéticos y recursos literarios diversos, de gran belleza y musicalidad, hacen de la escritura de Aridjis un ejemplo del arte de la palabra, ejemplo de un arte que sabe nutrirse con los logros del presente sin olvidar las prodigiosas herencias del pasado.

Hay varios puntos análogos entre la historia referida en *El señor de los últimos días* y el argumento de la novela de Italo Calvino *El vizconde demediado*. En la obra de Aridjis, el mito escatológico —ausente en la narración del autor italiano— juega un papel fundamental y remodela los elementos que provienen de otras obras del presente y el pasado. Francisco Javier Ortiz ha observado que el uso de los mitos supone, en la narrativa hispanoamericana contemporánea, una forma de reacción contra el mundo “científico”, cuyo fracaso parece evidente ya a finales de este siglo. Aunque semejante afirmación tendría que ser matizada y puede cuestionarse en tanto resulta precisa sólo en ciertos casos, la utilización de los mitos como materia literaria es algo muy notable en las

obras de algunos de los más destacados autores hispanoamericanos contemporáneos, en donde se ha convertido en uno de los medios para tratar los temas relativos a la identidad y para dar cuenta de una sociedad tecnificada o rígidamente jerarquizada que exige cambios.

Graciela Maturó, en *De la utopía al paraíso*, indica que uno de los temas centrales de la moderna narrativa de nuestro continente alude a esa necesaria transformación y surgimiento de un “tiempo nuevo” que acabe con los errores y desigualdades del pasado y ofrezca al hombre otra oportunidad. Llama la atención que en numerosas obras hispanoamericanas abundan los símbolos apocalípticos y mesiánicos, que en muchos casos ya se perciben desde los títulos mismos de las obras, pensemos, por ejemplo, en textos como *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa, *Terra Nostra*, de Carlos Fuentes, las narraciones de Ernesto Sábato o en varias de las novelas del propio Homero Aridjis, como *Hacia el fin del mundo*, *Espectáculo del año dos mil* y *La leyenda de los soles*. La importancia que el mito apocalíptico y los elementos mesiánicos tienen en la obra de Aridjis es en realidad notable y se hace presente en casi todos sus textos, más de 22



excelentes libros de poesía y prosa (algunos de ellos traducidos a ocho idiomas), en los que abundantes elementos y referencias míticas (en una primera instancia de origen griego y precolombino mexicano) juegan también un papel sobresaliente.

René Jara ha establecido una clasificación en la que busca recoger las distintas formas de plasmación del mito en la novela hispanoamericana moderna. Señala que hay textos de estructura intramitológica que siguen en su construcción un mito procedente de su área cultural de elaboración, otros de estructura paramitológica, que tendrían como correlato un mito perteneciente a otra cultura y, finalmente, los de estructura mitopoyética, que, sin seguir un mito o esquema mítico determinado, recogen en su interior elementos del relato mitológico. Aunque la tradición que figura en *El señor de los últimos días* forma parte de la cultura de México, heredera de las culturas europeas y las prehispánicas, en forma estricta la novela debería considerarse como de estructura paramitológica por recrear en una ficción una serie de tradiciones que surgieron y se desarrollaron en la España medieval y por seguir en su organización el esquema de uno de los mitos que caracterizaron ese imaginario social.

El señor de los últimos días es un texto en el que la problemática de la usurpación, el enfrentamiento con el Otro (agresor y parte integral del Yo), la alquimia, la brujería y la gestación de un lenguaje se confabulan para producir una fascinadora narración, en donde la más arriesgada aventura es el gozo del lenguaje.

Homero Aridjis. *El señor de los últimos días*, “*Visiones del año mil*”. Barcelona: Edhasa, 1994, 262 p.



Only an echo a few days ago, today *Luvina* begins its own life for the pleasure of those readers who understand the necessity of literary creation in these uncertain times and share with us a hunger for cultural richness. As well as other considerations.

It's been ten years since the death of Juan Rulfo, who continues to be in some sense the spiritual guide of our literary and journalistic efforts, gathered together over the past ten years in the pages of the *Revista Universidad de Guadalajara*.

Today we have the mission to continue, but under our own banner and a fixed objective: literary expression. It would be impossible without the direct support of the University of Guadalajara's Coordinación General de Extensión.

In this number we have kept sight of our goals. The more so when we are not bound by the false and imaginary limits between small town and cosmopolitan center, between province and nation. Rather, we are the more convinced that literature is a grand and entire world of discoveries

and encounters, marked by its openmindedness and fearlessness.

We begin with the visual become written language: "The Workshop", a brief section under the direction of Baudelio Lara, carried over from its previous existence in the *Revista Universidad de Guadalajara*. There follows the main section of the magazine, which will bring together in monograph each of the literary genres, beginning in this issue with the short story. We include the section "Story Jumper", dedicated to children and their imaginations, in both text and image. "Erebus" brings together text and the plastic arts in a project called "Middle Earth", dedicated to cultural review. Engravings and photographs will have place as well.

Translated by
**Stephen W.
Gilbert**

A Few Lines of Relief

The Jalisco short story, far from decreasing in fame, and in spite of the advancing bright lights of technology and the smell of fast food, seems to have its presence in whatever publishing project comes along; official or not, independent or not.

The authors here gathered (in equal assembly rather than categorized according to some academic discipline or axiological optic,) respond to the blank page as a territory not lost to the imagination, to memory, to story, to many stories. Something to be hung from the garment of literary time, or simply a tellable space.

It might sting the official eye to bring together well-known writers with writers unheard of, or even—heresy of heresies—writers who may, through some stroke of luck, never return to the profession of letters again. Which would add yet another shame to the unfortunate customs of the Motherland. No matter. What we have here is an anthology in name only. Strictly speaking, it would be called a "compilation". But we prefer to keep to the charm of seeing writers united who have given so much for and to literature. The production is of the here and now—our writers respond not to any archeological interest, but the realities of this vital universe called Jalisco. There are writers who come to us from other climes, but who have made Guadalajara their own, have taken up its habits, concerns, beliefs and injuries.

Deserving of special mention are Jorge Orendáin, Gloria Velázquez and Víctor Manuel Pazarín. Without them, and their friendship, this

anthology/compilation would not exist. Thanks to their patience and assistance in gathering together much of the material here presented—most of it previously unpublished—we are able to present these texts. The final edition is my responsibility. They share the credit, and none of the blame.





**Si su problema es la edición,
acuda con nosotros.**

CATÁLOGOS • FOLLETOS • LIBROS • REVISTAS



**Enrique Díaz de León sur 514-2
Tel. 827-21-05**

Museo de las ARTES

mundos de color



MUSEO DE LAS ARTES
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Juárez 975, planta baja

Universidad de Guadalajara
Coordinación General de Extensión